UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN CRISTÓBAL DE HUAMANGA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

ESCUELA PROFESIONAL DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL

TESIS:

Ritual de la perrada y construcción de masculinidades en jóvenes del servicio militar voluntario, cuartel Fuerte los Pockras 2021-2023

Para optar el título profesional de:

LICENCIADO EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

PRESENTADO POR:

Bach. Juan RAMOS LOPEZ

ASESOR:

Dr. Lucio Alberto SOSA BITULAS

AYACUCHO - PERÚ

2026

A mis padres Antonio Ramos y Cristina López, asimismo a mis hermanos(as) que son ejemplo de superación, cuyo amor y apoyo constante han sido el motor detrás de mis palabras y acciones.

AGRADECIMIENTO

Expreso mi profundo agradecimiento a mi alma mater, la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga, en especial a la Facultad de Ciencias Sociales y a la Escuela Profesional de Antropología Social, por brindarme la formación académica y un pensamiento crítico. De manera especial a mi asesor, el Dr. Lucio Alberto Sosa Bitulas, por el apoyo en la orientación del proceso de investigación.

Asimismo, quiero extender mi gratitud a quienes siguen apostando por la continuidad y fortalecimiento de la institucionalidad. Dr. Walter Pariona Cabrera, Mtra. Ángela Pilar Béjar Romero, Dr. Lurgio Gavilán Sánchez, Mtro. Juan Benigno Gutiérrez Martínez, Dr. Luis Carlos Paraguay Vilcas, Dr. Félix Rojas Orellana, Mtro. Mario Maldonado Valenzuela, Mtro. Mariano Aronés Palomino, Mtra. Yolanda Juárez Choque, docentes, y entrañables amigos(as), quienes han sido una fuente inagotable de aprendizaje y reflexión. De manera muy especial a Rosmery Jayo Cuadros y Bhin Palacios (por darme las primeras obversaciones de la tesis), cuyo entusiasmo y compromiso inspiran la construcción de nuevos caminos en el conocimiento.

Expreso mi reconocimiento al Ejército Peruano – IV División del Ejército – Agrupamiento de Ingeniería "Teniente Coronel Pedro Ruiz Gallo", cuartel Fuerte Los Pockras, espacio donde forjé un cuerpo simbólico de *"cachaco",* que estuvo marcado por un encuentro de idas y vueltas. Mi gratitud se extiende a los jóvenes del servicio militar voluntario, así como a los soldados, mis promociones, cabos, sargentos, suboficiales y oficiales, por la experiencia invaluable que construimos colectivamente durante mi paso por el servicio militar.

Expreso mi sincero agradecimiento a los profesores: Mtro. Nekson Pimentel Sánchez, de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos; a la Dra. Maria Eugenia Ulfe Young, de la Pontificia Universidad Católica del Perú; y a la Dra. Mariana Maricela Padilla Gómez, directora Académica de la Universidad Metropolitana de Jalisco – México. Por la generosidad con la que aceptaron leer esta tesis, así como la rigurosidad de sus comentarios, observaciones y sus críticas constructivas, las cuales enriquecieron de manera sustantiva el contenido de la tesis. Permitiéndome reflexionar críticamente sobre mis propios planteamientos, afinar mis interpretaciones y profundizar en los alcances teóricos y

metodológicos de la investigación.

Expreso mi reconocimiento al semillero de investigación HAMUTARUNAKUNA – UNSCH, por el apoyo brindado durante el proceso de investigación, así como por el acompañamiento académico y el intercambio crítico que enriquecieron el desarrollo de este trabajo de investigación.

Asimismo, expreso mi profundo agradecimiento a la Escuela Feminista: Círculo Universitario de Estudios de Género, desarrollada entre abril al diciembre de 2025, este espacio amplió mi comprensión teórica sobre género y masculinidades, además, que permitió reflexionar de manera directa mi propia experiencia como soldado. En ese proceso aprendí a cuestionar las formas en que la institución militar modela subjetividades masculinas, naturaliza jerarquías y legitima prácticas de violencia simbólica. Agradezco especialmente a Liz Ivett Meléndez López, directora ejecutiva del Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán, por su compromiso con la formación crítica y la producción de pensamiento feminista. Asimismo, reconozco al Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán y a Brot für die Welt.

Finalmente, expreso mi reconocimiento al Programa Nacional Warmi Ñan del Ministerio de la Mujer y Poblaciones Vulnerables por la oportunidad de participar desde el 2021 hasta la actualidad. Esta experiencia, desarrollada en el marco de la prevención y erradicación de la violencia contra las mujeres e integrantes del grupo familiar, y profundizó mi comprensión crítica sobre las dinámicas de la violencia de género. Contribuyendo significativamente al enfoque de esta tesis y contribuyó a interpretar mi propia experiencia como soldado, permitiéndome analizar las masculinidades militares desde una perspectiva más reflexiva y comprometida con el enfoque de género. Agradezco asimismo a Mtra. Katherine Isabel Galindo Mejía por ser la líder del Colectivo de Hombres por la Igualdad del distrito de San Juan Bautista.

RESUMEN

La investigación analiza el ritual de la *"perrada"* como dispositivo central en la construcción de la masculinidad hegemónica en jóvenes del servicio militar voluntario acuartelado en el cuartel Fuerte Los Pockras (2021–2023). El **objetivo** fue comprender cómo, a través de este rito de paso, se reconfiguran identidades masculinas, se validan relaciones jerárquicas y se impone un modelo viril disciplinario. Mediante una **metodología** etnográfica y autoetnográfica, se recogieron experiencias directas y testimonios que evidencian la función normalizadora de la violencia simbólica y corporal en el proceso de enculturación militar. Los **resultados** evidencian que el ingreso al cuartel transforma la subjetividad del recluta mediante la represión emocional, el desprecio por lo civil y la interiorización del poder autoritario. Se **concluye** que la *"perrada"* no es solo una práctica violenta, sino una tecnología de poder que regula la pertenencia, reproduce jerarquías y encarna una masculinidad funcional a la orden castrense. La tesis **propone** repensar los procesos formativos militares desde un enfoque que cuestione la naturalización de la violencia y reconozca la pluralidad de experiencias masculinas.

Palabras clave: Masculinidades; ritos de paso; violencia simbólica; instituciones militares; identidades de género.

ABSTRACT

The research analyses the ritual of the "*perrada*" as a central mechanism in the construction of hegemonic masculinity among young men undertaking voluntary military service and stationed at Fuerte Los Pockras barracks (2021–2023). The aim was to understand how, through this rite of passage, masculine identities are reconfigured, hierarchical relations are validated, and a disciplinary model of virility is imposed. Through an ethnographic and autoethnographic methodology, first-hand experiences and testimonies were gathered, revealing the normalising function of symbolic and physical violence in the process of military acculturation. The findings show that entry into the barracks transforms the recruit's subjectivity through emotional repression, contempt for civilian life, and the internalisation of authoritarian power. It is concluded that the "*perrada*" is not merely a violent practice, but a technology of power that regulates belonging, reproduces hierarchies, and embodies a form of masculinity functional to the military order. The thesis proposes rethinking military training processes from an approach that challenges the naturalisation of violence and recognises the plurality of masculine experiences.

Keywords: Masculinities; rites of passage; symbolic violence; military institutions; gender identities.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTO iii
RESUMEN v
ABSTRACT vi
ÍNDICE vii
LISTA DE FIGURAS x
INTRODUCCIÓN 11

CAPÍTULO I 17
MARCO TEÓRICO 17
1.1. Antecedentes **17**
1.1.1. Internacional *17*
1.1.2. Nacional *20*
1.1.3. Local *22*
1.2. Teorías **23**
1.3. Definición de categorías **25**
1.3.1. Masculinidad *26*
1.3.2. Patriarcado *29*
1.3.3. Poder *30*
1.3.4. Ritual y ritos de paso *33*
1.3.5. Virilidad *42*
1.3.6. Joven *44*
1.3.7. Cuartel *44*

CAPÍTULO II 46
MATERIAL Y MÉTODOS 46
2.1. Enfoque de investigación 46
2.2. Tipo y diseño de investigación 48
2.3. Población y muestra 48
2.4. Técnicas e instrumentos de recolección de datos 49
2.5. Procedimientos 50

2.6. Técnicas de análisis de la información 52
2.7. Consideraciones éticas.....52

CAPÍTULO III 53
RESULTADOS Y DISCUSIÓN.....53
3.1. Procedimientos para aprender a ser soldado durante el rito de paso de la *perrada* 53
3.1.1. Fase de separación: el despojo de la identidad civil.....53
3.1.2. Fase liminar: entre el uno y el otro 70
3.1.3. Fase de agregación: el nacimiento del soldado 77
3.1.4. Reintegración a la vida civil.....86

3.2. Cambios socioculturales en las masculinidades de los jóvenes acuartelados a través del ritual de la perrada.....91
3.2.1. Primer día en el cuartel, un civil ahuevado a perro militar.....91
3.2.2. El quehacer de los jóvenes del SMV antes de entrar al cuartel 95
3.2.3. Instrucción militar de etapa básica 97
3.2.4. Los desertores 100
3.2.5. Masculinidades de cuerpo "miserable" a cuerpo militar; de estudiante a perro militar 103
3.2.6. Construyendo un odio de esquirlas hacia lo "no masculino".....113
3.2.7. La construcción de la masculinidad a través del cuerpo simbólico 118
3.2.8. El armamento en relación al cuerpo de la mujer 124

3.3. La construcción de la virilidad y poder en los jóvenes del servicio militar 128
3.3.1. Construcción de la virilidad 128
3.3.2. Presión social para la validación de la masculinidad.....129
3.3.3. Represión emocional para reforzar la hombría.....132
3.3.4. Forjando "hombres de acero": los castigos y sanciones que refuerzan la virilidad 134
3.3.5. La autoridad del sargento: entre el agotamiento y la disciplina....138
3.3.6. La moral.....144
3.3.7. ¡Soldadito primero se cumple la orden y luego se reclama! 147
3.3.8. Un soldado no duerme, solo descansa.....150

CONCLUSIONES 153
RECOMENDACIONES 154
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS 155
ANEXOS 161
7.1. Matriz de Consistencia Cualitativa 162
7.2. Instrumentos de investigación 163
7.2.1. Guía de entrevista 163
7.2.2. Guía de historia de vida 164
7.2.3. Guía de observación 165
7.3. Glosario 166

LISTA DE FIGURAS

Imagen 1: El soldadito de la mano con los derechos humanos. 56

Imagen 2: Revista militar para la inspección del ropero. 58

Imagen 3: Instrucción militar en los desfiles y los desplazamientos sobre mismo eje..... 61

Imagen 4: El porte y saludo militar. 62

Imagen 5: Primer disparo de los reclutas. 69

Imagen 6: Equipamiento para llevar en la marcha militar. 75

Imagen 7: Mochila equipada con el armamento y municiones. 76

Imagen 8: Entrega del parche y el grado militar. 82

Imagen 9: Entrega de armas. 79

Imagen 10: Último día en el cuartel. 87

Imagen 11: Último día en el cuartel, despido con la bandera..... 90

Imagen 12: La construcción de un odio de esquirlas hacia los cuerpos “no masculino”. 114

Imagen 13: La relación simbólica de entrega del armamento “cuerpo de la mujer”. 125

Imagen 14: La presión social para la validación de la masculinidad. 130

Imagen 15: Castigo de chinches individual..... 135

Imagen 16: Castigo de chinches colectivo. 136

Imagen 17: Representación del grado vs con la antigüedad. 140

INTRODUCCIÓN

La presente investigación se originó a raíz de mi propia experiencia en el servicio militar acuartelado voluntario (SMV). Durante este periodo, tuve la oportunidad de escuchar las voces y vivencias de mis compañeros de promoción, así como de soldados, cabos y sargentos del cuartel Fuerte Los Pockras, situado en San José de Quicapata, distrito de Carmen Alto, provincia de Huamanga, departamento de Ayacucho, donde cumplí mi servicio militar voluntario desde julio de 2021 hasta julio de 2023. Esa experiencia despertó en mí un interés por el rito de paso conocido como la "*perrada*", un proceso que marca la iniciación de los nuevos soldados en el cuartel.

Me interesé en el estudio de la construcción sociocultural de las masculinidades en el contexto del ritual de la "*perrada*", porque evidencié en primera persona todas las actividades cotidianas y rituales de un recluta. En ese sentido, adquirí un capital cultural y un bagaje lexical, que incluía el uso de insultos, groserías, jergas, apodos, entre otros. Mi interés por las masculinidades se originó, además, durante mis estudios de formación académica en Antropología Social en la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, en el curso de Antropología del Género. Comencé a profundizar los discursos y experiencias de amigos en el ámbito militar. En ese sentido, decidí presentarme al servicio militar de forma voluntaria. El servicio militar acuartelado implica que los jóvenes voluntarios permanezcan en una base militar bajo el mando de un superior. De acuerdo con la Ley del Servicio Militar Voluntario (Ley N.° 29248), los ciudadanos mayores de 18 años pueden optar por esta modalidad, la cual establece los derechos, deberes y la organización del servicio. Lo que observé durante mi servicio militar proporcionó la base etnográfica del recuerdo de mis memorias felices y dolientes.

El servicio militar acuartelado, habilitado para los jóvenes de 18 a 30 años en nuestro país, introduce por completo a la vida militar en un ámbito donde la jerarquía impone un orden sobre el poder. En este contexto, la acción de agresión se trata de un ritual con significado que conserva el orden de jerarquías, además de "reforzar" la construcción de la masculinidad. En este estudio de caso, los insultos y groserías son dispositivos que construyen la cohesión grupal y la adaptación a un nuevo sistema de normas y valores.

El ingreso a las Fuerzas Armadas del Ejército del Perú consiste en convertir a los jóvenes en nuevos sujetos, mediante el uso de discursos que defenderán la patria como "verdaderos hombres" o *"machos militares"*. En este sentido, los discursos de virilidad

funcionan como dispositivos de poder simbólico que distinguen entre quienes dominan y quienes son dominados. Este proceso se inicia con el ritual de la "*perrada*", que tiene un rol fundamental en la transformación de un sujeto civil a un sujeto militar y en la construcción colectiva de la identidad masculina dentro del ejército. El ritual de la "*perrada*" funciona como un filtro cultural en las Fuerzas Armadas del Ejército del Perú, ya que no todos los reclutas logran soportarlo o superarlo. Aquellos que no se ajustan a este patrón cultural suelen abandonar el ejército y son considerados como desertores.

En este contexto, el proceso obligatorio de la virilidad se convierte en un medio para ejercer poder simbólico y se emplea principalmente para establecer una clara distinción entre aquellos que dominan y quienes ocupan la posición de subalternos. Este proceso implica, simbólicamente, un *"volver a nacer"* a través del ritual de la *"perrada",* el cual cumple una función central en la transición del estado de *"civil"* a la condición de militar. En ese tránsito se redefine la pertenencia institucional, y se configura, frente a los pares, una forma específica de identidad masculina legitimada dentro del espacio castrense. El proceso de la formación de los militares implica que los reclutas, a menudo llamados "perros", "*zorros*", "*bolos*", "*pelados*", "*sarnas*" y "*pus*", pasen exitosamente el ritual de la "*perrada*", además de ser un filtro cultural. Es decir, aquellos que no encajen en este patrón cultural son obligados a desertar. Por ende, actúa como un instrumento simbólico, que moldea y regula las dinámicas de poder entre los compañeros de promoción.

La investigación aborda la construcción sociocultural de las masculinidades durante la inserción al ritual de la "*perrada*" en los jóvenes del servicio militar voluntario acuartelado. La importancia de esta investigación radica en entender las masculinidades desde un enfoque *emic* de Harris (1982) y estando allí, que me permitió desentrañar el canon cultural de la construcción de las masculinidades "verdaderas" y "únicas", es decir de los "cachacos" frente a la masculinidad de un "civil".

El servicio militar voluntario representa un espacio de transformación sociocultural para los jóvenes que se incorporan a la vida castrense. A través de diversos ritos de paso, los jóvenes acuartelados experimentan una realidad distinta a la civil, caracterizada por la imposición de una masculinidad hegemónica y un proceso de homosocialización que moldea su comportamiento según los valores y normas de la institución militar. Este proceso conlleva la internalización de estructuras jerárquicas que refuerzan la heterosexualidad normativa y exigen el abandono de conductas asociadas con masculinidades subordinadas o subalternas, representadas simbólicamente en la figura del "civil ahuevado".

Desde una perspectiva sociocultural, los ritos de paso en la vida militar configuran un escenario donde el poder simbólico se emplea para consolidar un modelo de masculinidad que distingue al militar del civil. En este contexto, las imposiciones normativas establecen una clara separación entre ambos mundos y propician un proceso de des-identificación con los patrones de comportamiento previos de los reclutas. La "mística del buen militar" emerge como una meta a alcanzar, consolidando un ideal de disciplina, virilidad y lealtad institucional que relega y reemplaza las identidades previas de los jóvenes acuartelados.

El significado de la virilidad dentro de este contexto se traduce en modelos homogenizadores que refuerzan la masculinidad hegemónica como un ideal indiscutible. En este sentido, las relaciones entre masculinidades hegemónicas y subalternas estructuran un proceso de sustitución identitaria, en el que la figura del civil[1] es dejada atrás para dar paso a la formación de un "militar de verdad"[2]. Este estudio analiza cómo estas estructuras y procesos impactan en la construcción de la identidad masculina de los jóvenes dentro del servicio militar voluntario, así como las implicaciones socioculturales de este cambio en su percepción de la masculinidad y la disciplina militar.

El problema de investigación radica en que el servicio militar voluntario es un espacio donde los jóvenes acuartelados experimentan un proceso de socialización basado en la reproducción de una masculinidad hegemónica, la cual se legitima a través de prácticas disciplinarias que incluyen violencia física, psicológica y simbólica. Dentro de este contexto, el ritual de la "*perrada*" opera como un rito de paso en el que los reclutas deben demostrar resistencia y obediencia absoluta para ser aceptados dentro del grupo. Este proceso no solo normaliza la violencia como un mecanismo formativo, sino que también refuerza jerarquías de poder que excluyen o sancionan a quienes no encajan en el ideal de virilidad impuesto.

Aparte, otro factor que convierte a este fenómeno en un problema de investigación es que la violencia que contiene la *"perrada"* no sólo conlleva unas consecuencias inmediatas (lesiones físicas, traumas emocionales...), sino que además da forma a cómo los soldados

[1] Un civil es una persona que no pertenece a las fuerzas armadas ni a cuerpos de seguridad, y que ejerce su vida bajo normas civiles comunes, sin obligaciones militares ni policiales. Esta información lo escuche de un sargento segundo en el cuartel.

[2] Ser "militar de verdad", para los soldados, significa haber pasado por un proceso de transformación física, emocional y simbólica que los separa del mundo civil y los integra a una comunidad regida por la disciplina, la obediencia y la virilidad. Ser militar implica demostrar fuerza, resistencia y lealtad a través de rituales como la *perrada*, donde se legitima la pertenencia al grupo y se "nace de nuevo" como soldado. Mientras que, para la sociedad, en cambio, ser militar representa la figura del ciudadano disciplinado, protector y patriota; un ideal de masculinidad forjado en el sacrificio y el control del cuerpo. Sin embargo, esta visión también reproduce jerarquías y modelos hegemónicos de poder que asocian la autoridad y la violencia con la identidad masculina. Esta información lo escuche de un sargento segundo en el cuartel.

perciben y despliegan la masculinidad en el contexto del cuartel y fuera de ellos. Kimmel (1997) argumenta que la masculinidad en contextos militares se define por la negación de la debilidad y la demostración de fuerza, lo que genera un ambiente donde las expresiones de vulnerabilidad son sancionadas con insultos o agresiones. De esta manera, los reclutas aprenden a reprimir sus emociones, lo que puede derivar en problemas psicológicos, dificultad para establecer relaciones empáticas y una reproducción de la violencia en otros espacios de su vida, como en la familia o en la comunidad.

Además, el problema se agrava porque la violencia ejercida en estos rituales no es percibida como un abuso por parte de los propios reclutas, sino como una tradición que deben aceptar para ser parte del grupo. Bourdieu (1997) explica que la violencia simbólica se ejerce cuando las estructuras de poder se internalizan hasta el punto en que los dominados las aceptan como naturales. En este caso, los jóvenes soldados, en lugar de cuestionar el maltrato, lo replican cuando ascienden en la jerarquía, asegurando la continuidad del sistema. Esta dinámica impide que el problema sea visibilizado o denunciado, ya que quienes han atravesado el proceso consideran que es una parte inevitable de la institución castrense.

El estudio de este problema es relevante porque permite analizar cómo las instituciones militares siguen reproduciendo modelos de masculinidad rígidos y violentos, los cuales tienen implicaciones no solo dentro del cuartel, sino en la sociedad en general. Al legitimar la violencia como una herramienta de instrucción, el ejército refuerza un modelo de socialización masculina basado en la agresión, la dominación y la negación de la vulnerabilidad, lo que perpetúa relaciones desiguales de género y estructuras de poder autoritarias. Comprender este fenómeno desde una perspectiva antropológica permitió evidenciar los efectos de estos rituales en la subjetividad de los soldados cuestionar las prácticas institucionales que continúan promoviendo la violencia como parte de la construcción de la identidad masculina en espacios militares.

En ese sentido, las siguientes preguntas guiaron esta investigación: ¿Cómo se manifiesta y qué matices presenta la masculinidad hegemónica en los jóvenes del servicio militar voluntario acuartelado durante el ritual de la perrada? Preguntas específicas: ¿Cuáles son los cambios socioculturales que impactan en las masculinidades de los jóvenes del servicio militar voluntario acuartelado durante los ritos de paso de “la perrada” durante 2021 al 2023? ¿Qué significado tiene la virilidad para los propios jóvenes del servicio militar voluntario acuartelado durante los ritos de paso del servicio militar voluntario? ¿Qué rituales de paso atraviesan los jóvenes del servicio militar voluntario acuartelado en su proceso de integración

al servicio?

Mis objetivos fueron: Comprender y explorar los matices de la masculinidad hegemónica en los jóvenes del servicio militar voluntario acuartelado, durante el ritual de la perrada. Objetivos específicos: Analizar los cambios socioculturales que impactan en las masculinidades de los jóvenes del servicio militar voluntario acuartelado, durante los ritos de paso de la perrada durante 2021 al 2023. Analizar el significado tiene la virilidad para los propios jóvenes del servicio militar voluntario acuartelados durante los ritos de paso del servicio militar voluntario. Describir los rituales de paso que atraviesan los jóvenes del servicio militar voluntario acuartelados en su proceso al servicio.

El contexto temporal de la investigación se desarrolla en el contexto del ritual de paso de la "*perrada*" que abarca tres meses y se reconoce como la fase más *"dura"* y desafiante dentro de los dos años de SMV en el cuartel. Este período es caracterizado por los reclutas como extremadamente desafiante y constituye el meollo central de la investigación.

La metodología empleada en esta investigación fue de carácter cualitativo, etnográfico y autoetnográfico, orientada a comprender las masculinidades desde un enfoque emic, siguiendo el planteamiento de Harris (1982) y la mirada interpretativa de Geertz (2003), lo que permitió desentrañar el canon cultural en torno a la construcción de las masculinidades "verdaderas" y "únicas", representadas por los "cachacos" frente a la masculinidad de un "civil". Para ello, se utilizaron técnicas como la observación participante, entrevistas semiestructuradas y el registro de experiencias propias en el servicio militar voluntario, apoyándome en herramientas como el cuaderno de campo y guías de entrevistas. La recolección de datos se llevó a cabo en el cuartel Fuerte los Pockras durante el periodo 2021-2023, priorizando espacios de interacción cotidiana como la cuadra y el comedor, donde las relaciones eran más abiertas. Posteriormente, los datos fueron organizados y categorizados temáticamente, permitiendo su análisis crítico desde perspectivas antropológicas sobre la masculinidad y el poder, logrando así un abordaje integral de la masculinidad hegemónica en el contexto militar.

La tesis se organiza en tres capítulos. El primero analiza los procedimientos mediante los cuales los jóvenes aprenden a ser soldados durante el rito de paso de la *"perrada",* describiendo las fases de separación, liminalidad, agregación y reintegración a la vida civil. El segundo examina los cambios socioculturales en las masculinidades de los jóvenes acuartelados, abordando las transformaciones en sus prácticas, discursos, corporalidades y

relaciones sociales a partir de la experiencia militar. El tercero analiza la construcción de la virilidad y las relaciones de poder dentro del cuartel, poniendo énfasis en la disciplina, la represión emocional, los castigos, la autoridad y la obediencia como mecanismos que sostienen la estructura castrense y la masculinidad hegemónica.

CAPÍTULO I

MARCO TEÓRICO

1.1. Antecedentes

Tras la revisión exhaustiva de la bibliografía y repositorios académicos, se constata que no existen investigaciones específicas sobre el ritual de "la *perrada*" y su vínculo con la construcción de masculinidades en jóvenes del servicio militar voluntario acuartelado. En el ámbito nacional, si bien no se han identificado estudios que aborden directamente este ritual, sí se registran algunos trabajos, aunque escasos que analizan la construcción de masculinidades en jóvenes que realizan el servicio militar voluntario.

1.1.1. Internacional

Rodríguez (2016) en su artículo titulado *"La problemática del servicio militar obligatorio en Colombia y el derecho a la objeción de conciencia",* tuvo como objetivo estudiar el impacto del servicio militar obligatorio sobre la juventud colombiana y el derecho a la objeción de conciencia. Su metodología fue la investigación acción participativa, tomando como base el contexto histórico y legal del servicio militar en Colombia. Los resultados mostraron que, a pesar de la legislación del derecho a la huelga militar como un derecho fundamental se presentaron detenciones arbitrarias y violaciones de derechos en el proceso de reclutamiento. Se concluyó que, a pesar de las leyes y las sentencias de la Corte Constitucional las leyes no tienen una buena implementación obligando a que la sociedad civil y las organizaciones de derechos humanos hagan más visibles los derechos de la objeción de conciencia.

Vásquez y Téllez (2017) en su artículo titulado *"Del servicio militar obligatorio a la voluntariedad"*, su objetivo fue evidencian la necesidad de transformar el servicio militar en Colombia de obligatorio a voluntario y profesional. La metodología que utilizaron incluyó un análisis comparativo de experiencias en otros países que ya habían realizado esta transición, mostrando que la abolición del servicio militar obligatorio no afectó la seguridad nacional y que, por el contrario, la profesionalización podría mejorar la eficacia en la defensa. Los hallazgos corroboraron la existencia de un servicio militar en Colombia que es inequitativo, que perjudicaba sobre todo a los sectores más vulnerables, y se llegó a la conclusión de que la instalación de un sistema de reclutamiento voluntario y profesional no solo es viable, sino también necesaria para la salvaguarda de los derechos humanos y para garantizar la defensa del Estado.

Ros (2020) en su artículo titulado *"El soldado que no fue: interrogando el ejército, la obediencia debida y el nunca más",* estudió el documental chileno que explora el pasado autoritario desde los soldados conscriptos en el contexto del golpe de Estado. La intención fue reflexionar sobre la responsabilidad y complicidad de los jóvenes en esta institución militar y su relación con las violaciones a los derechos humanos. La metodología consistió en el análisis de testimonios de ex conscriptos y entrevistas realizadas a oficiales retirados, estructura que le permitió identificar las dinámicas de la obediencia, así como el impacto emocional de los participantes. Los hallazgos demostraron que muchos conscriptos, a pesar de estar al final de la cadena de mando, sostenían la estructura del régimen autoritario y mantenían conflictos internos respecto del papel que ocupaban. En conclusión, pone de relieve la necesidad de interrogar el papel del ejército en la actual sociedad chilena y la necesidad de reflexionar en la actualidad las lecciones del pasado para no repetir la historia.

Patiño et al. (2021) en su artículo titulado "*Emocionalidades en tensión: From Militarized Masculinity to Forms of Relationship among Genders that Build Cultures of Peace",* tuvieron como objetivo comprender el horizonte histórico de los sentimientos relacionados con el servicio militar y las resistencias antimilitaristas en el contexto de la construcción de paz en Colombia. La metodología fue hermenéutica y con enfoque construccionista, se usaron técnicas como la observación participante y las entrevistas con jóvenes antimilitaristas de diferentes ciudades. Los resultados evidenciaron que las subjetividades de los jóvenes están determinadas por una socialización militarista y por la masculinidad hegemónica. Y se evidenciaron prácticas de resistencia de los jóvenes que se fundamentan en los valores de paz y solidaridad. Concluyeron que el antimilitarismo y la no violencia favorecen la construcción de las relaciones humanas, cimentadas en el respeto y la equidad, en oposición a la cultura patriarcal y militarista.

Duarte (2021) en su artículo titulado *"Elementos para comprender la construcción de la masculinidad militar paraguaya en el siglo XX",* analiza cómo fue configurándose la masculinidad militar en Paraguay y cuál fue su relación con el nacionalismo. La intención fue la de visibilizar la construcción de la masculinidad mediante su expresión simbólica, su protagonismo en el campo de la práctica política y su reproducción en el ámbito de la educación, al tiempo que la fuente de esta información fue el enfoque historiográfico crítico.

La metodología se sustentó en la revisión de investigaciones acerca de experiencias castrenses y en el análisis de discursos y prácticas culturales. Los resultados concluyeron el sentido de que la masculinidad militar había sido uno de los tipos de masculinidad hegemónicos

en Paraguay, impulsada desde el Estado y estrechamente relacionada con el discurso nacionalista. Por último, se introdujeron las consideraciones necesarias para profundizar en la masculinidad militar y su relación con el desarrollo de relaciones de género más equitativas en la sociedad paraguaya.

Castelblanco y Niño (2022) en su artículo titulado *"Subjetividad y socialización política en objetores de conciencia al servicio militar obligatorio"*, analizan el proceso de la subjetividad política que las y los jóvenes objetores de conciencia desarrollan en un contexto marcado por relaciones de poder. La metodología fue la entrevista a personas jóvenes que fueran parte de la organización Acción Colectiva de Objetores y Objetoras de Conciencia (ACOOC) y se facilitó tener historias ricas en significados que dan cuenta de sus experiencias de vida. Los resultados muestran que estos adolescentes cuestionan las normas hegemónicas a las que se enfrentarán y elaboran identidades éticas y políticas alternativas. En conclusión, se enfatiza que la figura de los objetores de conciencia, además de ser un cuestionamiento al militarismo, se puede comprender como un tratamiento de introducción al cambio social y a la construcción de una ciudadanía activa y fundamentada.

Mizrahi (2022) en su artículo titulado *"Invisible propaganda política: la conversión del "afeminado" en hombre nuevo y ciudadano soldado en el discurso dialógico (o paródico) de "Juan Manso" de Miguel de Unamuno",* investigó cómo se construyen los discursos y las representaciones de la masculinidad en la obra de Unamuno. El objetivo de la investigación fue el de analizar la parodia que hace Unamuno de la figura de Juan Manso y su vinculación con los mitos de la masculinidad tradicionales en la sociedad española del siglo diecinueve. El enfoque de la investigación ha sido el literario que recuerda la tradición testimonial, aplicando, pero herramientas hermenéuticas propias de las ciencias sociales. Los resultados revelaron que la burla de Unamuno no se limitaba a ridiculizar a Juan Manso sino que ponía a la luz una propaganda política encubierta que pretendía la legitimación de un modelo hegemónico de masculinidad militar y patriarcal. En el último apartado se destacó la importancia de desvelar estas dinámicas que permiten entender cómo la cultura patriarcal ha comportado la construcción de identidades masculinas y de relaciones de poder en la sociedad.

Gigante (2023) en su artículo titulado *"Desconstrução de mitos homofóbicos no Exército Brasileiro e mapeamento de repercussões históricas a partir do testemunho "Soldados não Choram": Deconstruction of homophobic myths in the Brazilian Army and historical repercussions on testimony "Soldados não Choram"",* exploró la construcción de discursos y representaciones de la masculinidad del Ejército Brasileño desde el testimonio de

un exsoldado, analizando de qué forma las dinámicas de exclusión y prácticas homofóbicas hacían parte de los mitos acerca de la masculinidad en la sociedad brasileña. Detalló cómo la metodología utilizada en ese trabajo se basó en un análisis literario del testimonio (en este caso, el testimonio de un exsoldado) cruzado con herramientas hermenéuticas de las ciencias sociales; esto fue lo que permitió vislumbrar las transformaciones históricas y reconfiguraciones sociales. Los resultados revelaron que el contexto militar naturalizaba una masculinidad violenta, patriarcal, mientras que el testimonio señalaba estas nociones. En la conclusión, se abogó por la necesidad de repensar los matrices de género, por una sociedad más diversa, inclusiva y respetuosa de las diferencias.

Barragán (2023) en su artículo titulado *"De varones y masculinidades: apuntes para una agenda de investigación en construcción. Masculinidades y autoridad militar en el Astillero Río Santiago (1953-1973)",* exploró la construcción de discursos y representaciones de masculinidad elaboradas por la oficialidad de la Armada Argentina en el contexto del astillero. El objetivo fue analizar cómo estas masculinidades se proyectaron en la gestión de espacios productivos y las relaciones entre oficiales y obreros. La metodología incluyó el análisis de entrevistas a oficiales y documentos publicados en diversas revistas y boletines navales. Los resultados indicaron que el astillero se constituyó en un espacio masculinizado, donde los oficiales promovieron un modelo de masculinidad vinculado a la autoridad militar y al valor físico. En conclusión, se destacó que esta construcción de masculinidades no solo reforzó jerarquías sociales, sino que también perpetuó dinámicas de violencia y desigualdad en el ámbito laboral y más allá.

1.1.2. Nacional

Grompone (2022) en su artículo titulado *"Ser masculinos para ser modernos (y al revés). Las narrativas sobre la civilización y género en las élites intelectuales peruanas, 1884-1915",* su estudio tuvo como objetivo analizar los discursos que articularon los imaginarios sobre masculinidad y modernidad promovidos por las élites intelectuales peruanas entre 1884 y 1915. Para ello, empleó una metodología cualitativa de análisis histórico-discursivo basada en la revisión detallada de revistas culturales (*El Perú Ilustrado*, *Variedades* y *La Crónica Médica*), homenajes fúnebres, obras literarias y escritos de representantes de la élite intelectual, con el fin de interpretar las representaciones sobre género, civilización y progreso. Los resultados evidenciaron que las élites intelectuales construyeron una narrativa que vinculó la modernidad

occidental con un ideal de masculinidad hegemónica caracterizado por la virilidad, la racionalidad, el heroísmo y la energía, utilizando estos atributos para legitimar su proyecto de nación, reforzar su posición de poder y presentar al Perú como un país civilizado, mientras reprodujeron discursos raciales y de exclusión hacia quienes eran considerados alejados de ese ideal.

Muñoz (2022) en su artículo titulado *"La masculinidad subalterna y racializada en las memorias de Lurgio Gavilán Sánchez",* estudió la forma en la que se configura la masculinidad en la escritura autobiográfica de Gavilán Sánchez, para lo cual solo abordó los títulos de Lurgio Gavilán dicha "Memorias de un soldado desconocido" y de "Carta al teniente Shogún". De ese modo, el objetivo fue buscar cómo se reproducen las narrativas en remitir el sistema de géneros y una masculinidad racializada subordinada del periodo del conflicto armado interno del Perú. La forma como se abordó a la manera de metodologías del estudio fue el análisis textual y hermenéutico de los títulos de Gavilán Sánchez, lo cual permitió ver desde el lugar de enunciación y como discursos de poder se realizaba su escritura. Los resultados permitieron ver como Lurgio Gavilán procuraba recuperar su identidad junto con sus compañeros de la exsoldadesca, la forma como relata un discurso que se produce bajo el patriarcado colonial moderno y que subordinan la masculinidad indígena lo que ocurre que despolitiza a las mujeres. En la conclusión, se remarcó que hace falta una crítica en las formulaciones del género desde tales memorias precisamente para configurar las relaciones complejas de poder y la masculinidad de la sociedad peruana.

Morilla y García (2023) en su artículo titulado *"Estilos de personalidad y sintomatología ansiosa en jóvenes que realizan el servicio militar en Chorrillos y Rímac",* tuvieron como objetivo determinar la relación entre los estilos de personalidad y la sintomatología ansiosa en una muestra de 109 soldados de 18 a 25 años. La metodología fue un estudio correlacional de corte transversal, utilizando el Inventario de Estilos de Personalidad de Millon y el Inventario de Ansiedad Rasgo/Estado para la recolección de datos. Los resultados mostraron que había una relación significativa entre el conformismo y la ansiedad estado, así como entre las expectativas del servicio militar y ciertos estilos de personalidad, como la sensación y la sistematización. En conclusión, se estableció que el conformismo se relacionaba con la ansiedad estado, dado que los jóvenes soldados requerían disciplina y respeto a la autoridad para adaptarse a la vida militar, y que los estilos cognitivos de sensación y sistematización contribuían a un alto compromiso y satisfacción en sus actividades, lo que les permitía adaptarse mejor a las exigencias del servicio.

1.1.3. Local

Pariona (2005) en su tesis titulado "*Dominación simbólica y formas rituales que reproducen las inequidades de género en el espacio privado de las liderezas de la FEDECMA – Ayacucho",* tuvo como objetivo analizar los factores que condicionaron la persistencia del predominio masculino en las relaciones de género dentro del ámbito doméstico de dichas lideresas *de la FEDECMA*, identificando los mecanismos simbólicos y rituales que reprodujeron la desigualdad de género; metodológicamente, se desarrolló desde un enfoque cualitativo de orientación etnográfica, empleando métodos como la historia de vida y el análisis inductivo, con técnicas de entrevistas en profundidad, observación sistemática y recopilación de testimonios a cuarenta lideresas y sus parejas, además de informantes clave, lo que permitió triangular la información; los resultados evidenciaron que, pese a la participación activa de las mujeres lideres en el espacio público, en el ámbito privado persistieron relaciones marcadas por la dominación masculina, sostenidas por estereotipos de género, un régimen sentimental androcéntrico y prácticas ritualizadas cotidianas que naturalizaron la subordinación femenina. Este proceso responde a la estructura política social, económica e ideológica que predomina en el Perú, por eso la escuela, la iglesia, refuerzan con sus enseñanzas un dominio masculino que los pobres socializan las diferencias de género asumiendo por ejemplo que los varones no deben llorar. Concluyó que la dominación simbólica opera de manera sutil pero efectiva en la reproducción de las inequidades de género, articulándose con procesos culturales e históricos que se actualizan constantemente, lo que mostró que los avances en liderazgo femenino no implicaron necesariamente transformaciones profundas en las relaciones de poder dentro del hogar.

Ramos (2022) en su tesis titulada "*Qaris, machos y cachacos: Masculinidades de los jóvenes acuartelados posguerra en Ayacucho",* describe la construcción de masculinidades y las formas de ser hombre-militar en jóvenes del Servicio Militar Voluntario del cuartel Fuerte Los Cabitos, analizando las relaciones de poder que se establecían entre masculinidades hegemónicas y subalternas. Metodológicamente, se desarrolló desde un enfoque cualitativo y etnográfico, sustentado en el análisis antropológico de la cotidianeidad militar y en la experiencia de jóvenes acuartelados durante los periodos 2012-2014 y 2018-2019. Los resultados evidenciaron que las masculinidades civiles eran transformadas mediante rituales institucionales, procesos de homosocialización, prácticas de violencia y disciplinamiento corporal, destacando el ritual de la "*perrada*" como un mecanismo central en la transición hacia la identidad militar. El autor concluyó que el cuartel funcionó como una institución productora

de subjetividades masculinas, donde la masculinidad hegemónica militar se consolidó a través de relaciones de autoridad, subordinación y legitimación de la violencia, configurando una hipermasculinidad asociada al poder, la virilidad y el control social.

Boesten y Gavilán (2023) en su artículo titulado "Intimidades militares: Veteranos peruanos y narrativas sobre sexo y violencia", tuvieron como objetivo analizar y reflexionar sobre las formas en que el sexo y la violencia se entrelazan en la experiencia cotidiana de las y los soldados dentro de las Fuerzas Armadas peruanas, así como en sus trayectorias durante el conflicto armado interno (1980–2000). La metodología combinó entrevistas en profundidad con veteranas y veteranos, analizando los relatos sobre violencia sexual, coerción para conseguir el sexo, y sobre cómo vivieron su intimidad en el contexto militar. Los resultados mostraron que muchos soldados entendieron sus experiencias de abuso como formas válidas de satisfacción sexual, lo que dificultaba diferenciar entre violencia y deseo. Las conclusiones apuntaron a que las relaciones de poder y las normas culturales del ejército promovían la normalización de la violencia sexual y la necesidad de entender cómo contribuyeron a la violencia de género durante periodos de conflicto armado y postconflicto.

1.2. Teorías

La teoría de las masculinidades de Connell (1995) permite comprender cómo, en contextos militares situados histórica y espacialmente, se configura una forma dominante de masculinidad que organiza las jerarquías internas entre varones. En esta perspectiva, la masculinidad no es una esencia, sino un sistema de relaciones de poder en el que ciertas expresiones como la exaltación de la fuerza física, la valentía combativa, el autocontrol emocional, la disposición al riesgo, la disciplina férrea y la heterosexualidad normativa se erigen como modelo legítimo y superior. Frente a ellas, otras formas de ser varón asociadas al cuidado, la expresión abierta de afectos, la vulnerabilidad, la disidencia sexual o la negativa a ejercer violencia quedan subordinadas, marginalizadas o deslegitimadas dentro del orden castrense. En el interior del cuartel, esta jerarquización puede recogerse en los contrastes entre la masculinidad hegemónica, que irrumpe asociada a la fuerza, la disciplina y el liderazgo, por una parte, y los tipos de masculinidades subordinadas, que son objeto de risas o bien de castigos a raíz de ritos como el de la "*perrada*". Kimmel (1997) coincide al señalar que la masculinidad se produce contraria a lo femenino, y contraria a cualquier tipo de comportamiento que pueda percibirse como "débil".

Bourdieu (1997) introduce el concepto de violencia simbólica para explicar las estructuras de dominación, pero que no es necesario recurrir a una fuerza física de manera explícita. En el caso del servicio militar, la "*perrada*" opera como un dispositivo de violencia simbólica, en el que el subalterno construye la jerarquía militar y reproducen los mecanismos de dominación sin cuestionarse las normas. Para Bourdieu el poder es un aspecto que no se impone, sino que se otorga como natural a través del *habitus*, es decir el grupo de disposiciones interiorizadas que construyen la manera de comportarse de las personas a partir de un determinado campo social. En contraposición, Foucault (1975) trata sobre el poder de las instituciones a partir de la disciplina y la normalización de los cuerpos. En este sentido, la "*perrada*" se plantea como un dispositivo de control que no solo regula la conducta de los reclutas, sino que es ser capaz de determinar la forma que tienen que asumir sus cuerpos como demandan las capacidades y posiciones del orden militar. A través de la vigilancia permanente y los castigos ritualizados, los soldados se van volviendo sujetos que acepten las normas del ejército como si fuesen naturalizadas.

Los ritos de paso, en términos de Van Gennep (1909), ordenan el tránsito que atraviesa un individuo a medida que pasa de un estado social a otro. Después, en lo que concierne al servicio militar, la "*perrada*" es un rito de paso mediante el cual los reclutas dejan atrás su identidad civil para volver a ser identificados como soldados. Turner (1988), por otro lado, explora el concepto de liminalidad es decir, ese espacio intermedio en el que los sujetos se encuentran como en un estado de ambigüedad e incertidumbre, antes de ser reintegrados a la sociedad con un estatus renovado. Ya en este tiempo, se banalizan la violencia simbólica y la violencia física, y el sufrimiento se convierte en una forma de prueba, de pertenencia, y quienes resisten este proceso se arriesgan a ser excluidos o estigmatizados; a través de ello, se materializa la cohesión del grupo, se restablecen la disciplina y la virilidad como reglas que se deben aceptar.

La afirmación de Judith Butler (2001) nos invita a repensar la identidad de género como una performance, como una práctica reiterativa que se va reproduciendo y reafirmando incesantemente, a través de actos que se encuentran regulados por las normas sociales. En el campo del cuartel, la masculinidad se "actúa" alrededor de la resistencia al dolor, y la subalternidad a la autoridad, las formas agresivas de comportamiento. La "*perrada*", por tanto, no solo es una prueba de resistencia física, sino que se erige como una performance de la masculinidad militar; en la cual el cuerpo del soldado va siendo disciplinado, lo que nos ofrece imágenes provenientes de la masculinidad en la institución militar, debiendo encontrar su

cuerpo así regulado, modelado según esos ideales castrenses. Aquellos que no logran cumplir con esta performance son descalificados como "*poco hombre"* y marginados dentro de la jerarquía del grupo.

Kaufman (1997) introduce el concepto de homosocialidad para explicar cómo la masculinidad se refuerza en espacios exclusivamente masculinos. En el cuartel, las dinámicas de camaradería están atravesadas por la competencia y la violencia, donde los hombres buscan validarse ante sus compañeros a través de actos de resistencia y dominio. La violencia física y simbólica dentro del grupo no solo fortalece los lazos de fraternidad, sino que también establece una jerarquía en la que algunos hombres dominan a otros. Boesten y Gavilán (2023) exploran cómo la violencia en los espacios militares es un elemento estructural que refuerza la masculinidad hegemónica. En su estudio sobre veteranos peruanos, muestran cómo la cultura castrense normaliza la coerción y el abuso como parte del proceso de formación. En este sentido, la "*perrada*" no es un fenómeno aislado, sino parte de un sistema más amplio que busca eliminar cualquier expresión de vulnerabilidad y consolidar una identidad masculina rígida y disciplinada.

Desde la teoría de la subalternidad, Gramsci (1971) sostiene que el poder no solo se impone mediante la fuerza, sino también a través de la construcción de una hegemonía cultural en la que los subordinados aceptan su posición dentro del sistema. En el contexto del servicio militar, la masculinidad hegemónica se impone como un ideal incuestionable, y los reclutas recién ingresados ocupan una posición subalterna dentro de la jerarquía castrense. Spivak (1988) amplía esta idea al señalar que la subalternidad no solo implica una posición de marginalidad, sino también un proceso de silenciamiento. En el ritual de la "*perrada*", los reclutas no solo son físicamente sometidos, sino que también ven limitada su capacidad de agencia y expresión. Su integración al grupo no ocurre mediante el reconocimiento de su individualidad, sino a través de un proceso de asimilación forzada que los convierte en sujetos subordinados. De esta manera, la masculinidad militar no solo se impone, sino que se naturaliza como el único modelo legítimo de ser hombre dentro de la institución castrense.

1.3. Definición de categorías

En la presente investigación, las categorías abordadas son masculinidades, poder, ritos de paso y virilidad.

1.3.1. Masculinidad

Kimmel (1997) considera que la masculinidad no es algo estático, sino “un conjunto de significados que siempre cambian”, los cuales se desarrollan en la interacción con uno mismo, con los demás y con su entorno cultural y social. Esta concepción de la masculinidad resalta su carácter cambiante, por cuanto las normas que construyen lo que significa ser "masculino" cambian en el tiempo y según las circunstancias. Con esta forma de entender la masculinidad, esta última será construida no solo por las relaciones sociales, sino que también se situará en la idea que el mismo hombre se haga de sí mismo y que viene determinada por las normas culturales y sociales.

Desde otro punto de vista, Butler (2001) desarrolla esta idea contextualizada, con lo cual insinúa que la masculinidad puede ser considerada como una "repetición estilizada del cuerpo", podría ser una serie de actos que se vuelven regulados y se van repitiendo, generando ahí una ilusión de estabilidad. Cuando se habla aquí de "masculinidad" no hay un concepto de ser aprendido, sino que se da por la repetición de actos irregulares, es decir, "los mismos actos cotidianos" tal como expresa Butler (2001).

Por su parte, Connell (2003) enfatiza que la masculinidad posee una "materialidad", refiriéndose a una manera específica de vivir, sentir y utilizar el cuerpo. Esta perspectiva sugiere que la masculinidad no solo es un concepto abstracto, sino algo que se encarna en el cuerpo y se expresa a través de comportamientos cotidianos. Además, esta materialidad de la masculinidad está influenciada por instituciones culturales y sociales, como el ejército, que moldean la identidad masculina de los individuos a través de normas y prácticas estrictas. Así, las masculinidades no son fijas ni impuestas de manera unívoca, sino que los hombres participan en su construcción, ya sea aceptando o adaptando estas normas, lo que indica que las masculinidades son dinámicas y sujetas a interpretación.

En la misma línea, Connell et al. (2021) conciben la masculinidad como un conjunto de prácticas y características que se han ido construyendo y que, al mismo tiempo, son los mismos medios que permiten el mantenimiento de la dominación masculina sobre las mujeres. Se manifiestan diferentes masculinidades de forma jerárquica y relacional. La masculinidad hegemónica no se fundamenta en la fuerza, sino que encuentra su legitimidad en el propio consenso cultural que define el papel de la mujer como un rol subordinado. Sin embargo, este consenso sobre los mandatos de género no es inmutable, sino que está condicionado por las transformaciones sociales e históricas y puede ser puesto en cuestión y resistido tanto por los

hombres como por las mujeres.

Pariona (2005) afirma *que "Cuando el varón hace gala manifiesta de su fuerza física, refuerza estereotipos patriarcales que en el plano de la dominación simbólica retroalimentan, no sólo, el ego del padre sino también del hijo varón"* (p. 44), de modo que, la exhibición pública de la fuerza constituye una práctica cultural que reproduce jerarquías de género y consolida la dominación masculina en distintos espacios sociales; en el caso del ritual de la *"perrada",* esta lógica se reacomoda cuando la resistencia física, la tolerancia al castigo y la negación del dolor se convierten en pruebas de hombría que otorgan reconocimiento dentro del grupo, ya que la fuerza opera como capital simbólico que legitima la autoridad de los superiores y moldea la identidad de los reclutas, quienes aprenden que su pertenencia y valoración dependen de su capacidad para encarnar ese ideal viril, naturalizando así relaciones de poder que, aunque se experimentan como disciplina formativa, reproducen esquemas patriarcales de subordinación y validación masculina.

La masculinidad se plantea como un concepto de recorrido cambiante, bajo la dependencia de las normas familiares, sociales y culturales. Agreda (2023) indica que la masculinidad hegemónica, que propugna por la fuerza y la competitividad, es fuente de tensión para los hombres, aunque existan posibilidades de deconstruir modelos masculinos en la dirección de masculinidades equitativas. Poo y Vizcarra (2020) afirman que hay muchas maneras de ser hombre, y a su vez resaltan que los nuevos roles y mandatos sociales que emergen generan fuertes contradicciones en la identidad masculina, si bien las generaciones más jóvenes son las que asumen una mayor apertura a la inclusión y diversidad. Pineda et al. (2019) traen a la mesa que la masculinidad hegemónica perpetúa roles de género tradicionales, los cuales son nocivos para hombres y mujeres, a la vez que se encuentran asociados con la violencia estructural.

La construcción de la masculinidad hegemónica en el servicio militar no constituye un fenómeno exclusivo de la institución castrense. El cuartel representa un espacio donde se condensan, intensifican y legitiman formas de relación que ya están presentes en la estructura histórica de la sociedad peruana. En ese contexto, las disposiciones masculinas que los jóvenes incorporaron previamente en la familia, la escuela, la comunidad y otros espacios de socialización son reorganizadas bajo una lógica disciplinaria que premia la obediencia, la fuerza física, el control emocional y la subordinación a la autoridad. De esta manera, la masculinidad militar constituye una expresión de un orden social más amplio, donde la dominación masculina se articula con otras relaciones de poder, como las desigualdades de

clase, las jerarquías étnico-raciales y las prácticas autoritarias que históricamente han caracterizado a la sociedad peruana.

Pariona (2005) menciona:

> En los espacios privados (los hogares) (…) la interrelación con el varón está teñida de inequidad y, los factores que permiten explicar el predominio masculino son: a) las conductas machistas estereotipadas, b) el régimen sentimental masculino, y, c) el mito de la supremacía varonil que se da a través de la dominación simbólica y formas rituales que impone la cultura. (p. 16).

De modo que, la masculinidad hegemónica tiene sus raíces en procesos de socialización temprana donde los hombres aprenden a ejercer autoridad y a validar relaciones desiguales como parte de su identidad masculina.

En consecuencia, las prácticas observadas en el cuartel no representan una ruptura con la experiencia previa de los reclutas, sino una continuidad de aquellas estructuras culturales que organizan las relaciones de género en la sociedad. Muchos jóvenes han crecido observando formas de autoridad paterna sustentadas en la obediencia, el control y, en algunos casos, la violencia física o simbólica hacia las mujeres y los hijos. Estas experiencias contribuyen a configurar esquemas cognitivos sobre la masculinidad que posteriormente encuentran en la institución militar un espacio donde se refuerza la masculinidad hegemónica. Pariona (2005), quien indica que *"La dominación simbólica del varón en el espacio privado (...) se recrea y refuerza mediante conductas teñidas de inequidad como: prescribiendo, imponiendo y legitimando los roles domésticos (...). Así, el dominio masculino moldea las estructuras cognitivas sobre lo que es ser varón y lo que es ser mujer"* (p. 89). Así, la masculinidad no constituye una condición natural ni biológica, sino una construcción social que se reproduce mediante prácticas cotidianas de dominación y subordinación.

La masculinidad militar tampoco puede entenderse al margen de las desigualdades históricas de la sociedad peruana. El servicio militar voluntario concentra principalmente a jóvenes procedentes de sectores populares, rurales y urbano-populares, mientras que los hijos de los sectores con mayores recursos económicos rara vez incorporan esta experiencia dentro de sus trayectorias de vida. Esta distribución desigual evidencia que la producción de la masculinidad militar se encuentra atravesada por relaciones de clase, exclusión social y jerarquías racializadas. En consecuencia, los procesos de disciplinamiento corporal y las prácticas de violencia que caracterizan al ritual de la "*perrada*" recaen principalmente sobre determinados grupos sociales y no sobre la totalidad de la juventud peruana.

De este modo, la institución militar funciona como un espacio para la construcción de la masculinidad hegemónica, pues retoma disposiciones previamente adquiridas y las reconfigura mediante rituales, castigos, jerarquías y mecanismos disciplinarios. La figura del *"verdadero hombre"* promovida en el cuartel encuentra espacio para reforzar dichos comportamientos, porque los reclutas ya han sido socializados en una estructura que valora la fuerza, la autoridad y el control emocional como atributos legítimos de la masculinidad hegemónica tales como *"solo una niña llora, tú eres varón".* Por ello, el problema no radica únicamente en la institución militar, sino en una estructura social patriarcal y masculinista que arraiga la familia, la escuela, las comunidades y otras instituciones sociales. El cuartel aparece entonces como un escenario donde dichas disposiciones se radicalizan y adquieren una forma institucionalizada, contribuyendo a la reproducción de relaciones de poder que legitiman la dominación masculina y refuerzan los ideales de la masculinidad hegemónica.

1.3.2. Patriarcado

Segato (2003) sostiene que *"el patriarcado, nombre que recibe el orden de estatus en el caso del género, es, por lo tanto, una estructura de relaciones entre posiciones jerárquicamente ordenadas***"** (p. 15), en las que los hombres ocupan un lugar central y las mujeres son subordinadas. Las masculinidades de los jóvenes del servicio militar voluntario se construyen dentro de un orden patriarcal que jerarquiza las relaciones de poder y privilegia atributos como la autoridad, la fuerza, la disciplina y la virilidad. En el ritual de la *perrada*, este orden patriarcal se materializa mediante prácticas de subordinación, obediencia y demostración de hombría, a través de las cuales los soldados interiorizan, legitiman y reproducen modelos de masculinidad promovidos por la institución militar.

Kaufman (1997) también menciona la palabra patriarcado, dice que no es sólo un "sistema de poder que pone a los hombres por encima de las mujeres", sino un "esquema" que lleva a una construcción de grupos de hombres y de tipos de masculinidad" en el que las relaciones de poder están presentes. Esto nos enseña que hay diferentes masculinidades y que pueden existir unas que se dominan sobre otras en función de las normas hegemónicas, de tal forma que en lugar de hacer referencia a una única forma de ser hombre, hay más de una, definidas a partir de su relación con el poder y el contexto social que las rodea.

1.3.3. Poder

La noción de poder ha sido abordada a fondo por diferentes autores, quienes aportan una valiosa perspectiva para entender las relaciones de dominación y resistencia en distintos lugares concretos. Foucault (1975) apuesta que el poder no es una propiedad, sino una relación ejercida a través de prácticas y discursos que conforman los comportamientos; en el servicio militar voluntario acuartelado esta idea queda plasmada dentro del proceso de interiorización de las normas impuestas y la jerarquía dentro del cuartel; el ritual de la *perrada* es el dispositivo de disciplina, que, lejos de ser una simple práctica de iniciación, se convierte en una manifestación de normalización del ejercicio del poder que, por un lado, normaliza la violencia simbólica y por el otro, la violencia física.

En términos de Bourdieu (2000), la dominación masculina se configura como "*un gesto amortiguado, insensible, e invisible para sus propias víctimas (...) que se ejerce esencialmente a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento o, en último término, del sentimiento"* (p. 12), y se manifiesta como *"una forma de poder que se ejerce directamente sobre los cuerpos y como por arte de magia (...) apoyándose en unas disposiciones registradas (...) en lo más profundo de los cuerpos y sentimientos"* (p. 121); desde esta perspectiva, el ritual de la "*perrada*" es un conjunto de prácticas disciplinarias visibles, además de ser un proceso de inculcación que sedimenta disposiciones corporales y afectivas en los reclutas, quienes aprenden a naturalizar la humillación, el insulto y la obediencia como pruebas legítimas de virilidad, internalizando una estructura de poder que no necesita recurrir permanentemente a la coacción física porque ya ha inscrito en el cuerpo y en el lenguaje las jerarquías que ordenan la vida castrense, de modo que la fuerza simbólica actúa como principio organizador de identidades masculinas que reproducen, casi sin advertirlo, la dominación que los constituye.

No obstante, Bourdieu (1997) cuestionaría la idea de Foucault en tanto su centralidad en el discurso no deja un espacio para la dimensión estructural que también tiene el poder. A modo de ejemplo, para Bourdieu el poder se encuentra dentro de un campo de relaciones sociales que definen jerarquías y capitales específicos. En la institución militar, la autoridad no sólo deviene impuesta mediante disciplina, sino que, como allí se explica, se articula una estructura simbólica que hace que unos sean legitimados en su dominio sobre otros. Para Bourdieu el poder simbólico se traduce en la capacidad de ciertos actores en imponer significados y clasificaciones del mundo que, no obstante, una vez las imponen, son tomadas como válidas, como ocultando sus condiciones de producción. Este poder, por tanto, se expone

mediante la violencia simbólica que se inscribe dentro de la complicidad de los subordinados que se apropian y legitiman los Estados de orden social. En esta línea, el ritual de la *perrada* se interpreta como un modo en que los soldados con mayor antigüedad acumulan y reproducen capital simbólico en el cuartel, en cuanto que nos exponen su posición dominante en relación a los de reciente ingreso. No era sólo un ejercicio de imposición exógena, como diría Foucault, sino un juego de poder donde los propios subordinados también forman parte de él y a veces asumen su legitimación.

Mientras Coser (1976) sostiene que el poder se refiere a la capacidad de influir o controlar la conducta de otros en función de los propios deseos. En el contexto de los conflictos sociales, el poder no es solo una cuestión de fuerza bruta, sino que también está ligado a la habilidad de los actores para movilizar recursos, crear alianzas y establecer normas que regulen las interacciones. En el ámbito militar, donde el ritual de la *perrada* no siempre va en la línea de ser aceptado, pasivamente, por los soldados, sino que puede ser fuente de resistencia, negociación o ruptura de la jerarquía oficial. Para la estructura militar, la obediencia se erige en la forma de hacer a la que debe ser sometido el cuerpo en la estructura, pero el conflicto forma parte de cualquier relación de poder; en este sentido puede considerarse que estos rituales vengan a ser lugares donde se reconfiguran y se imponen las normas de masculinidad y poder.

Weber (1993) introduce una nueva perspectiva en la discusión al comprender la idea del poder, como la capacidad para imponer la propia voluntad, aún en contra de la oposición. En esta dirección, la autoridad que se genera y se sostiene en el cuartel no es únicamente fruto de la aceptación que hacen los subordinados (como plantea Bourdieu), sino que también debe cimentarse sobre la coerción y con la aplicación de relaciones formales de control que la sostienen en pie. Esto supone un conflicto con las consideraciones de Coser, ya que, si bien pueden aparecer los conflictos, a su vez, la más correcta de las estructuras militares posibilitará que aquéllos sean aniquilados o bien encauzados a través de sanciones o del uso de unas estrategias de integración forzada. En este sentido, el ritual de la *perrada* no sólo reproduce el poder simbólico que se da y se reproduce en la jerarquía social, sino que además crea un dispositivo de control social en cuanto reduce las posibilidades de desafío frente a la autoridad que impone la relación de fuerzas incluida la estructura militar.

Desde la psicología, el poder de acuerdo con Margarita (2020), se refiere al conocimiento de cómo estas dinámicas de poder inciden sobre la conducta de las masas y la subjetividad de los individuos, pero especialmente en épocas convulsas tales como la pandemia provocada por el COVID-19 en el que se pone hincapié en emplear dicho poder no solamente

como un mecanismo de imposición, sino también como un instrumento a favor de la solidaridad, de la igualdad y del bienestar social, esto es, de que haya ese cambio de mentalidad que haga olvidar los intereses individuales en pro de valores éticos relacionados con la responsabilidad social.

Desde la hermenéutica, el poder es una red de relaciones dinámicas que configuran lo subjetivo y lo que cada uno hace (Gómez, 2024). En el sentido que aquí se le otorga, la crítica tiene una función fundamental y se convierte en la práctica apropiada para "hay que intentar desvelar los poderes" y de este modo poner en cuestión las estructuras de dominación. Desde esta perspectiva, el poder no es ni un hecho, como una cosa que se tiene o se es, ni una simple represión, sino que el poder es una práctica que se ejercita y se transforma continuamente, una práctica que manifiesta el ejercicio de la autorreflexión, del cuidado de sí, y de esta manera, a partir de la crítica y los procesos de transformación, va permitiendo la liberación y la recreación de las identidades producidas en el curso del ejercicio ético político. Para Straccia y Pizarro (2019) la categoría de poder es entendida en la ecología política como una relación dinámica y conflictiva de las interacciones que establecen los diferentes agentes sociales a partir de la apropiación y utilización de la naturaleza. La consideración de esta categoría implica que lo que, en último término, se establece como "natura" es, en cierto modo, una construcción social mediada por relaciones de poder asimétricas. Así, el poder no se expresa únicamente a través de las estructuras e instituciones existentes; también se expresa en los conflictos que emergen de los espacios de lucha cotidiana y, por último, a través de los discursos legitimadores o crítica, tanto los que legitiman como los que cuestionan las formas de control y de acceso a los bienes que proporciona la naturaleza. Así, el estudio de estas relaciones de poder es fundamental para comprender los conflictos ambientales y las diferentes perspectivas sobre la naturaleza.

El poder, lejos de convertirse en una noción abstracta, se produce cuando se ponen en vínculo con relaciones sociales y estructuras que determinan la práctica de lo cotidiano, lo que forma la realidad tal y como la entendemos (Bonino, 1991). En esta perspectiva, podemos reconocer la existencia de dos formas básicas de poder: el de tipo autoafirmativo (asedio en la capacidad de poder decidir, de poder existir dentro de una estructura de legitimidad social), o el poder de dominio (poder sobre la vida o las acciones del otro, que se ejerce mediante la disquisición de los recursos y la utilización de mecanismos de sanción o de recompensa). Rodríguez (2010) completa la idea situando el poder en un momento sociopolítico en el que, además de las estructuras de dominación que pueden operar, también están trabajando formas de resistir o de negociar los juegos de poder. Pudiendo concluir que el poder no es una

propiedad que se lo añada a las instituciones formales, sino que este se reproduce en las prácticas cotidianas que articulan relaciones de subordinación, pero también las de agencia, y que forman tanto la acción política como los significados culturales que la sostienen.

La definición que proporciona Menjívar (2015) es la de un concepto central en las relaciones de masculinidad, una forma de poder que se manifiesta mediante estructuras de dominación y subordinación, donde los hombres dominan sobre las mujeres y, a veces, entre hombres. El poder se reproduce por medio de mecanismos como el consenso y la coerción para sostener la hegemonía masculina y el patriarcado. A su vez, el poder en las relaciones de masculinidad determina la forma en la que los hombres construyen sus identidades masculinas, adoptando así características propias de la masculinidad hegemónica que les otorga privilegios en la sociedad. Sin embargo, este ejercicio de poder resulta en un coste emocional y social significativo para hombres y para las mujeres.

1.3.4. Ritual y ritos de paso

El ritual ha sido comprendido en la antropología como un conjunto de acciones formalizadas, repetitivas y cargadas de significados simbólicos, orientadas a producir transformaciones sociales y subjetivas. En esa línea, Turner (1999) entiende el ritual como un conjunto de acciones formalmente establecidas que permiten comprender cómo una sociedad produce y legitima determinados órdenes sociales.

> *Entiendo por ritual una conducta formal prescrita en ocasiones dominadas por la rutina tecnológica y, relacionada con la creencia en seres o fuerzas místicas. La función social del ritual es la de convertir periódicamente "lo obligado en deseable", dicho de otro modo, es la quintaesencia de la costumbre al condensar lo disperso en la vida cotidiana y secular, en unas cuantas acciones simbólicas y objetos simbólicos.* (Turner, 1999, pp. 21-22).

En la investigación, la categoría de ritual propuesta por Turner se emplea para interpretar la *"perrada"* como un ritual secular e institucional, en el cual el componente místico es reemplazado por la autoridad, la disciplina, la jerarquía y la tradición militar como principios simbólicos que organizan y legitiman la vida castrense. De este modo, el concepto de ritual permite comprender cómo la institución militar produce la transformación del joven civil en soldado mediante prácticas formalizadas que regulan la conducta, la pertenencia y la construcción de la masculinidad militar.

En el contexto del ritual de la *"perrada",* la expresión *"conducta formal prescrita"* se manifiesta en el conjunto de prácticas reglamentadas que los reclutas deben cumplir desde su

ingreso al cuartel: el corte de cabello, la entrega del uniforme, la adopción del porte militar, la obediencia inmediata, los castigos físicos, los insultos, las pruebas de resistencia y el reconocimiento de las jerarquías. Ninguna de estas acciones depende de la voluntad individual, sino que responde a un orden previamente establecido y transmitido de promoción en promoción. Si bien Turner vincula el ritual con la creencia en seres o fuerzas místicas, en el caso del cuartel este componente no aparece en un sentido religioso o sobrenatural. En cambio, la autoridad institucional, la disciplina militar, el honor, la patria y la tradición castrense funcionan como principios simbólicos que adquieren un carácter incuestionable para los soldados y orientan su comportamiento. En ese sentido, la *"perrada*" constituye un ritual secular cuyo propósito consiste en transformar al joven civil en militar mediante la interiorización de normas, jerarquías y una masculinidad considerada legítima dentro de la institución.

Asimismo, Turner (1999) menciona que, *"el ritual adapta y readapta periódicamente a los individuos biosíquicos a las condiciones básicas y a los valores axiomáticos de la vida humana social"* (p. 47). Al referirse a *"condiciones básicas"* hace referencia al conjunto de normas, reglas y formas de organización que permiten el funcionamiento de un grupo social determinado. En el caso del cuartel, estas condiciones corresponden a la disciplina, la obediencia, la subordinación jerárquica, la vida colectiva, la resistencia física y la disponibilidad permanente para cumplir órdenes. Por su parte, los *"valores axiomáticos de la vida humana social"* son aquellos principios que una colectividad considera verdaderos e incuestionables y que orientan el comportamiento de sus integrantes. Dentro de la institución militar, estos valores se expresan en el honor, la lealtad, el espíritu de cuerpo, la virilidad, la valentía, el sacrificio y la obediencia absoluta al mando. Desde esta mirada, la *"perrada"* puede comprenderse como el ritual mediante el cual los reclutas incorporan progresivamente esas condiciones y valores, dejando atrás las referencias del mundo civil para adecuarse al orden simbólico y cultural propio del ejército. Así, el ritual no solo regula conductas, sino que también transforma la manera en que los jóvenes interpretan su identidad, sus relaciones con la autoridad y el significado de ser un *"verdadero"* soldado.

La estructura procesual se refiere a que el ritual no constituye un acto aislado o espontáneo, sino un proceso organizado en etapas, secuencias y acciones que se desarrollan en el tiempo con el objetivo de producir una transformación social o simbólica en los sujetos. Desde la perspectiva de Turner (1980), el ritual posee una dinámica interna compuesta por un inicio, una fase de transición y un cierre, donde cada etapa tiene significados, normas y

símbolos específicos. Por ello, el ritual implica conductas repetitivas, formas establecidas y medios rituales orientados a transformar al individuo dentro de un determinado contexto social. Esta idea se relaciona con los planteamientos de Arnold van Gennep (1960), quien propone que los ritos de paso atraviesan tres momentos: separación, margen o liminalidad y agregación. En el caso de la *"perrada",* esta estructura procesual puede observarse en el paso del recluta desde la separación de su identidad civil, el tránsito por una fase liminar marcada por disciplina, sometimiento y aprendizaje ritualizado, hasta su reincorporación a una nueva condición dentro o fuera de la institución militar.

En efecto, Turner (1980) sostiene que el ritual es la suma de una forma y de significados, relacionado con procesos formalizados y repetitivos de transformación social. Por ello, el ritual se encuentra inserto dentro de un campo de acción, un contexto y unas circunstancias específicas. Su unidad mínima es el símbolo ritual, entendido como aquella pequeña parte del ritual que conserva propiedades específicas de la conducta ritual y que concentra significados precisos. De este modo, el análisis antropológico del ritual exige observar las conductas, relaciones, gestos, objetos y acciones vinculadas a esos símbolos, así como las interpretaciones que los sujetos atribuyen a ellos. En el caso de la institución militar, los símbolos rituales pueden expresarse en elementos como el rifle, el patio militar, las canciones, los gritos, los gestos de autoridad o las unidades espaciales donde se desarrollan determinadas actividades, todos ellos cargados de significados vinculados con la formación del sujeto militar.

Desde esta perspectiva, el ritual implica una estructura procesual y cíclica: existe un inicio, un tránsito y un cierre. Turner señala que los rituales poseen formas establecidas, ritmos, regularidades y medios rituales orientados a producir sujetos dentro de una estructura institucional. Por ello, el ritual puede incluir conductas violentas, sometimientos, emociones intensas y teatralizaciones, siempre que dichas acciones formen parte de un proceso social regulado y orientado hacia un objetivo específico. En consecuencia, la violencia puede constituirse también como parte del ritual, en tanto forma parte de las acciones repetitivas y normadas mediante las cuales una institución busca transformar a quienes ingresan a ella.

Estas ideas dialogan con la propuesta de Arnold Van Gennep (1960), quien plantea que los rituales de paso se organizan en tres momentos: ritos preliminares o de separación, ritos liminares o de margen y ritos posliminares o de agregación. En el caso del ritual de la "*perrada*", la etapa preliminar correspondería a la separación de la identidad civil del recluta al ingresar al cuartel. Posteriormente, la fase liminar o de margen representa un estado intermedio donde el sujeto deja de pertenecer completamente al mundo civil, pero todavía no

se incorpora plenamente a la identidad militar. En esta etapa se desarrollan prácticas de sometimiento, disciplina, violencia simbólica y física, aprendizaje de normas, obediencia y adquisición de símbolos rituales que buscan producir la transformación del recluta en sujeto militar. Finalmente, la fase posliminar o de agregación ocurre cuando el individuo es reincorporado a una nueva condición social; sin embargo, en el caso militar, esta transformación culmina de manera simbólica con el licenciamiento y la entrega de armas, momento en el cual el sujeto deja de ser militar y retorna nuevamente a la identidad civil.

El ritual de la *perrada* es un conjunto de acciones, comportamientos y uso de símbolos organizados procesualmente para transformar socialmente al sujeto dentro de la institución militar. Cada etapa posee significados específicos y está acompañada de símbolos rituales objetos, actividades, relaciones, gestos, espacios y acontecimientos que buscan disciplinar, producir pertenencia colectiva y configurar determinadas formas de comportamiento. En ese sentido, el ritual no se opone a la vida cotidiana, sino que forma parte de ella, reproduciendo continuamente estructuras, jerarquías y mecanismos institucionales orientados a la producción social de los sujetos.

Mientras Bell (1992), sostiene que los rituales no deben entenderse únicamente como ceremonias formales o acontecimientos extraordinarios, sino como prácticas sociales que adquieren un carácter diferenciado mediante su repetición, su ejecución por grupos específicos y su capacidad para producir efectos sociales concretos. Además, propone centrar el análisis en la ritualización, definida como una forma particular de acción social; de modo que la ritualización es una *"manera de actuar que diferencia unos actos de otros"* (Bell, 1992, p. xv). En tal sentido, esta práctica se vuelve ritualizada cuando es reconocida colectivamente como distinta de las actividades ordinarias y cuando cumple funciones específicas dentro de un grupo social. Bell (1992) argumenta que la ritualización constituye una práctica social mediante la cual los actores establecen distinciones y producen significados compartidos. En ese sentido, señala que *"vista como práctica, la ritualización implica establecer, en y a través de la propia actividad, una distinción privilegiada entre formas de actuar"* (p. 90). Desde esta perspectiva, la "*perrada*" es interpretada como una práctica ritualizada porque constituye un conjunto de acciones diferenciadas de la vida cotidiana del cuartel. No se trata de actividades casuales o espontáneas, sino de comportamientos reconocidos por los soldados como parte de un proceso específico de iniciación militar que marca la transición entre la condición de civil y la de soldado. Asimismo, Bell (1992) afirma que *"en un nivel básico, la ritualización es la producción de esta diferenciación"* (p. 90). Esta idea resulta particularmente pertinente para

comprender la *"perrada",* ya que durante este proceso los reclutas son separados simbólicamente de su identidad anterior. En el cuartel Fuerte Los Pockras, se observa que los jóvenes ingresan como *"civiles ahuevados"* y son sometidos a una serie de prácticas que buscan transformarlos en *"perros militares",* estableciendo una clara frontera simbólica entre quienes pertenecen plenamente al mundo militar y quienes aún permanecen vinculados al mundo civil. Bell (1992) explica que *"en un nivel más complejo, la ritualización es una forma de actuar que establece específicamente un contraste privilegiado, diferenciándose a sí misma como más importante o más poderosa"* (p. 90). De modo que, la *"perrada"* se convierte en un mecanismo de producción y legitimación de jerarquías dentro del cuartel. Los soldados antiguos, cabos y sargentos ocupan posiciones de autoridad frente a los nuevos reclutas, quienes deben demostrar obediencia, resistencia física y disposición para aceptar las normas institucionales.

En la teoría de Bell (1992) es el carácter colectivo y situado de las prácticas ritualizadas. La autora sostiene que las estrategias de ritualización son ejercidas por grupos específicos en situaciones específicas. En el caso de la *"perrada",* las acciones no son realizadas por cualquier persona ni en cualquier momento; por el contrario, son ejecutadas por miembros de mayor antigüedad tale como los cabos, sargentos, suboficiales, técnicos oficiales y oficiales hacia los reclutas recién incorporados durante los primeros meses de formación militar. Esta regularidad social demuestra que la práctica posee un patrón de repetición y una temporalidad definida, características que permiten considerarla una práctica ritualizada. Bell (1992) sostiene que *"la ritualización es, fundamentalmente, una manera de hacer las cosas destinada a generar la percepción de que esas prácticas son distintas y que las asociaciones que producen son especiales"* (p. 220). Precisamente, la *"perrada"* es percibida por los propios soldados como una experiencia singular que debe atravesarse para ser reconocido como miembro legítimo del Ejército peruano. Desde la propuesta teórica de Bell (1992), la *"perrada"* es una práctica ritualizada porque constituye un conjunto de acciones repetidas, ejecutadas por actores específicos en momentos determinados, que producen diferenciaciones sociales, legitiman jerarquías y transforman la identidad de los reclutas. Más que un acto aislado de violencia o disciplina, representa una forma de ritualización mediante la cual el ejército produce nuevos sujetos militares y consolida formas particulares de pertenencia, autoridad y masculinidad.

El ritual de la *perrada* constituye un proceso de iniciación mediante el cual los jóvenes que ingresan al servicio militar experimentan una transformación de su identidad civil hacia una identidad militar. Al respecto, Boesten y Gavilán (2023) señalan que: *"Cuando los jóvenes*

llegaban al cuartel, debían pasar un periodo de tres meses denominado 'la perrada', durante el cual estaban sujetos a las novatadas de los soldados más antiguos" (pp. 187-188). Esta afirmación permite comprender que la *perrada* representa una fase inicial de adaptación caracterizada por relaciones jerárquicas entre reclutas y soldados antiguos, donde los recién incorporados ocupan una posición subordinada dentro de la estructura militar. Desde la antropológica, la *perrada* es un rito de paso que marca la transición de una condición social a otra. Durante este periodo, los jóvenes son separados simbólicamente de su vida anterior y sometidos a prácticas que buscan modificar sus comportamientos, actitudes y formas de comprender el mundo. En este sentido, el ritual no solo cumple una función disciplinaria, sino que constituye un mecanismo institucional orientado a producir nuevos sujetos acordes con las exigencias del espacio castrense.

Asimismo, Boesten y Gavilán (2023) menciona que *"La perrada fomentaron activamente un ambiente en el que los soldados rompían con el mundo civil y con las normas y valores asociados a él. La integración a las Fuerzas Armadas los obligaba a construirse un nuevo marco de referencia para entender el mundo, en el que el grupo militar, el cuartel y la base tomaban el control total de sus vidas"* (p. 192), así, el ritual de la *perrada* trasciende las prácticas de "novatos reclutas" y se configura como un proceso de resocialización. Los reclutas dejan atrás las normas y valores aprendidos en la vida civil para interiorizar nuevas formas de pensamiento y comportamiento definidas por la institución militar. De esta manera, el cuartel se convierte en el principal espacio de socialización, estableciendo pautas de obediencia, disciplina y subordinación que regulan la vida cotidiana de los jóvenes.

Por otro lado, la *perrada* desempeña un papel fundamental en la construcción de las masculinidades militares. Según Boesten y Gavilán (2023), *"La función del entrenamiento consistía en alejar al recluta de lo femenino (la madre) y probar su masculinidad, su resistencia al dolor y su capacidad mental para dejar de lado las emociones. Los nuevos reclutas tenían que borrar lo que sabían"* (p. 191). Esta afirmación revela que la institución militar promueve una concepción particular de masculinidad basada en la fortaleza física, la resistencia al sufrimiento y el control emocional. En consecuencia, la expresión de vulnerabilidad o sensibilidad es percibida como incompatible con el ideal masculino que el ejército busca formar.

El ritual del desprecio y castigo físico constituye el núcleo simbólico de la *perrada* y opera como un mecanismo de transformación del joven civil en sujeto militar y totalmente sumiso.

> Ese acto de [violencia física, psicológica y simbólica ejercida hacia los reclutas durante el ritual de la *perrada*, orientada a humillar, disciplinar y quebrar la identidad civil] (…) es la celebración del ritual del desprecio. Quizá, el considerar al otro como enemigo hace más liviano el peso de la culpa. Agregaría que la convicción de estar haciendo el bien con la patria mengua la culpa. Gracias al ritual de desprecio los militares podían dormir tranquilos, al contrario, no sería posible. (Gavilán, 2023, p. 49).

La violencia ejercida durante la *perrada* no es un acto arbitrario, sino una práctica ritualizada que adquiere legitimidad dentro de la lógica institucional del ejército. El desprecio convierte al recluta en un sujeto simbólicamente inferior, permitiendo justificar las agresiones físicas, psicológicas y necesarias para producir una transformación identitaria.

La *perrada* establece una división entre dos categorías opuestas: el civil y el militar. El joven recluta es representado como un sujeto incompleto, incapaz de responder a las exigencias del cuartel y portador de comportamientos considerados incompatibles con la vida castrense. El ritual del desprecio desacredita esas características y las convierte en objeto de ridiculización colectiva. La condición de civil es asociada con la debilidad, la dependencia y la falta de disciplina, mientras que la identidad militar es presentada como el ideal de fortaleza, obediencia y resistencia. De esta manera, el desprecio actúa como un dispositivo cultural que impulsa al recluta a abandonar su antigua identidad para asumir las normas y valores del grupo militar (Gavilán, 2023). Sin embargo, esta transformación no posee un carácter definitivo ni permanente. Desde una perspectiva antropológica, los rituales militares no buscan fijar una identidad inmutable, sino producir cambios de estatus dentro de una estructura institucional claramente delimitada. La trayectoria del soldado se organiza simbólicamente en una secuencia de tránsito que puede representarse como civil–militar–civil. El recluta ingresa al cuartel como civil, atraviesa diversos rituales de separación, degradación y formación que lo convierten en militar, pero posteriormente participa en otros rituales que marcan su desvinculación de la institución y su retorno a la vida civil.

En este sentido, la *perrada* constituye únicamente el primer momento de una cadena ritual más amplia. Así como existen rituales violentos destinados a destruir simbólicamente la identidad civil para posibilitar el nacimiento del soldado, también existen ceremonias orientadas a señalar el fin de la vida militar. Los rituales de entrega de armas, devolución de equipamiento, licenciamiento y despedida institucional expresan simbólicamente que la condición militar no es permanente. El arma, que durante la formación representa la autoridad, la disciplina y la pertenencia al grupo castrense, es posteriormente entregada para marcar la culminación de esa etapa y el retorno a una nueva condición social.

Los jóvenes que atraviesan la *perrada* interiorizan progresivamente esta lógica ritual y aceptan el sufrimiento como una condición necesaria para obtener reconocimiento. El desprecio funciona como una prueba de resistencia que mide la capacidad del recluta para soportar la presión física y emocional del cuartel. Quien supera este proceso accede a un nuevo estatus dentro de la jerarquía militar y obtiene legitimidad frente a sus compañeros. La experiencia compartida de la humillación fortalece el sentido de pertenencia al grupo, pero también asegura la reproducción de un sistema donde el reconocimiento depende de haber soportado la degradación inicial. Los sargentos desempeñan un papel central en este proceso, porque representan la autoridad encargada de conducir el tránsito entre el mundo civil y el militar. Su función no se limita a impartir órdenes o aplicar castigos, sino que consiste en garantizar el cumplimiento del ritual del desprecio como mecanismo de formación institucional. Las correcciones, las expresiones ofensivas y las sanciones disciplinarias simbolizan el poder del cuartel sobre el cuerpo y la voluntad de los reclutas. A través de estas prácticas, los sargentos consolidan una jerarquía donde el joven debe demostrar obediencia absoluta para ser reconocido como parte del colectivo militar y totalmente autoritario.

El ritual del desprecio produce, finalmente, una nueva identidad social. No obstante, esta identidad debe entenderse como una condición transitoria asociada a una etapa específica de la trayectoria institucional. La *perrada* destruye simbólicamente la identidad previa del recluta para posibilitar el nacimiento del soldado, mientras que los rituales de licenciamiento marcan la conclusión de esa transformación y el retorno a la vida civil. De esta manera, el ejército organiza la experiencia de sus integrantes mediante una estructura ritual claramente delimitada, donde la violencia ritualizada actúa como mecanismo de separación entre categorías sociales sucesivas. La transición de civil a militar y posteriormente de militar a licenciado evidencia que la identidad castrense no constituye un estado permanente, sino una condición social producida y regulada por rituales que establecen los límites de pertenencia dentro y fuera de la institución militar.

Para Turner (1988), la liminalidad es una fase intermedia donde las personas, despojadas de sus roles previos, acceden a un estado ambiguo que les permite transformar su ser. En este sentido, Turner plantea una entrada procesual del ritual, es decir, que el ritual no es un acto único ni estático, sino un conjunto de fases articuladas que estructuran una experiencia de transformación; de ahí que el rito o ritual pueda entenderse como una secuencia simbólica que organiza el tránsito de los sujetos entre distintos estados sociales, mientras que el ritual de paso alude precisamente a ese movimiento estructurado entre una condición previa, una fase

de transición y una reintegración posterior. A lo largo de este proceso ritual, los jóvenes protagonizan un estado de *"no ser",* las jerarquías que prevalecían anteriormente desaparecen y ceden lugar a un nuevo espacio relacional donde se experimenta una igualdad transitoria, donde se producen sentimientos de compañerismo y de suspensión relativa del orden jerárquico. Es precisamente en esta fase de liminalidad donde se construye una identidad de grupo que proyecta la masculinidad esperada en el contexto castrense, donde los jóvenes quedan moldeados y conducidos, por medio de pruebas físicas y simbólicas, hacia una nueva forma de ser y pertenecer, atravesados por un proceso que es tanto corporal como profundamente social. Mientras, Van Gennep (1909) sostuvo que toda transición social significativa se organiza mediante rituales que separan, suspenden y reincorporan al sujeto dentro de un nuevo orden. Esta propuesta permite comprender que el ingreso al servicio militar no constituye solo un trámite institucional, sino una transformación profunda del estatus y de la subjetividad. La *"perrada",* en este sentido, se entiende como ese umbral tenso donde el joven deja de ser civil y aún no es plenamente soldado; un espacio ambiguo, liminal, donde el cuerpo es intervenido, el lenguaje disciplinado y la identidad reconfigurada bajo códigos jerárquicos masculinos. Nombrar la "*perrada*" como rito de paso no implica legitimarla, sino comprender su función en la producción de obediencia y pertenencia. Allí el sufrimiento se convierte en prueba, la humillación en pedagogía, y el silencio en requisito de integración. Se *"muere"* simbólicamente como civil para renacer como soldado, pero ese renacimiento está atravesado por relaciones de poder que merecen ser interrogadas críticamente.

El ritual da cuenta de la cohesión social pero también del funcionamiento de la misma, porque, como sostiene Durkheim (1912), son indispensables para la integración de los individuos en la comunidad, volviéndose así este ritual de la *perrada* un medio de conseguir el orden social en el acuartelamiento.

El ritual da cuenta de la cohesión social, pero también del funcionamiento interno de la estructura militar, porque, como sostiene Émile Durkheim (1912), los rituales son indispensables para la integración de los individuos en la comunidad. En el caso del ritual de la *"perrada",* esta práctica introduce al recluta en el universo castrense, y produce un proceso de reordenamiento simbólico de las relaciones sociales dentro del acuartelamiento. A través de castigos, insultos, pruebas físicas y demostraciones de obediencia, los jóvenes dejan de ser *"civiles"* para convertirse en sujetos disciplinados que reconocen y reproducen la jerarquía militar. En ese sentido, la *"perrada"* opera como un mecanismo de cohesión colectiva, pues quienes logran resistir el sufrimiento ritualizado adquieren reconocimiento y pertenencia

dentro del grupo, mientras que quienes no soportan este proceso son catalogados como "débiles" o "desertores". En ese sentido, el ritual no solamente fortalece la integración grupal, sino que garantiza la continuidad del orden social militar mediante la interiorización de la obediencia, la disciplina y la virilidad como valores legítimos.

Utilizando los aportes de Lévi-Strauss (1997), el ritual de la *"perrada"* funciona a través de sistemas de oposiciones y homologías simbólicas. En el cuartel, el ritual organiza el mundo social mediante pares opuestos: civil/militar, débil/fuerte, perro/cachaco, subordinado/superior, femenino/masculino. Estas oposiciones no son simples categorías descriptivas, sino estructuras simbólicas que permiten clasificar y ordenar a los sujetos dentro de la lógica castrense. El *"civil ahuevado"*, por ejemplo, representa simbólicamente el desorden, la fragilidad y la falta de disciplina; mientras que el *"cachaco"* encarna el autocontrol, la resistencia y la autoridad. La *"perrada"* actúa entonces como un mecanismo de transformación estructural: el recluta atraviesa un proceso liminal donde abandona una condición social considerada inferior para renacer como sujeto militar legítimo. En términos estructuralistas, el ritual se entiende como un dispositivo evocador que canaliza y domestica emociones colectivas como el miedo, la angustia, el dolor o la incertidumbre. El sufrimiento físico y simbólico no aparece únicamente como violencia arbitraria, sino como una pedagogía emocional que enseña a controlar el cuerpo y silenciar la vulnerabilidad. De esta manera, la institución militar transforma emociones individuales en valores colectivos funcionales al orden castrense. El miedo deja de ser una emoción desorganizadora y se convierte en disciplina; el dolor se resignifica como prueba de hombría; y la humillación ritualizada termina operando como mecanismo de reconocimiento grupal.

El hecho de someter a los jóvenes, en su fase liminal, a intensos procesos de ambigüedad, les permite reafirmar los códigos de masculinidad que imperan en el campo militar, con la finalidad de contribuir al mantenimiento y la reproducción de los mismos. Con este ritual se vuelve a confirmar la pertenencia el grupo militar y se sacude y se convierte en una mediación para la solidaridad de los grupos de jóvenes que son llevados a cabo en el rito, comprometiéndose a pertenecer a la identidad de masculinidad de este mundo.

1.3.5. Virilidad

La virilidad ha sido entendida en la sociología y la antropología como una categoría de carácter social, institucionalizada que da cuenta de las relaciones de poder y del orden jerárquico que

puede existir. Connell (1995) introduce entonces el concepto de "masculinidad hegemónica" que ve la virilidad como un conjunto de prácticas, valores, etc. de tal forma que organizados jerárquicamente establecen un vínculo estrecho entre los valores masculinos y el dominio social, como las estructuras de autoridad. Connell sugiere que son valores que pueden variar mucho de una cultura a otra pero que, en todos los casos, hay una masculinidad hegemónica que sirve como patrón dominante, que establece la forma de ser hombre en una sociedad determinada.

Mientras Bourdieu (2000), sostiene que la virilidad puede concebirse como una forma de dominación, tanto de carácter simbólico como físico, que se hace carne a través del habitus, entendido como un conjunto de disposiciones y prácticas aprendidas que afectan los modos de actuar y pensar de los seres humanos que están, en particular en lo que respecta a los hombres, profundamente imbricados por las estructuras patriarcales. Desde este punto de vista, la virilidad no es sólo un tipo de acción donde haya evidencias visibles de poder, sino que es también lo que se encuentra en la cotidianidad de las relaciones sociales como negando y perpetuando las desigualdades de sexo.

Téllez y Verdú (2011) expresan que la virilidad no se entiende únicamente como el poder reproductor, sexual y social, sino también como la destreza para la lucha y el uso de la violencia, entendimiento que se complementa con lo biológico y simbólico que se relaciona con el poder y la violencia. Para Battaille (1973), la virilidad se entiende en tres momentos. En la primera etapa, la virilidad la asocia a la voluntad de lucha contra el fascismo, es el deseo de poder y soberanía en un intento de retorno al hombre de la comunidad y a la cultura de la comunidad de los hombres. En la siguiente etapa, la virilidad se convierte en la aceptación heroica de la vida, el hombre reconociendo las imposiciones de la civilización. En esta etapa, se articula con el surgimiento de mitos y rituales que explican la existencia. Finalmente, en una etapa introspectiva, la virilidad se subierte al reconocer la vulnerabilidad y la contingencia de la existencia, despojándose del deseo de control y poder (Citado en Neri 2022).

Gas (2022) plantea que la virilidad, como cualidad asociada a la masculinidad, está definida principalmente por características biológicas y fisiológicas, como la posesión de un pene y testículos, que refuerzan la dominación masculina. Estas características también están relacionadas con conductas vinculadas a la heterosexualidad activa y la agresividad. En el contexto del videoarte, se explora la representación de la virilidad anatómica como una estrategia para cuestionar y desarticular la masculinidad hegemónica. A través de imágenes que transforman el significado de la virilidad, se abren espacios para visibilizar identidades no

normativas. Voks (2021) considera que la virilidad es una construcción social, moldeada por discursos masculinistas que varían según aspectos culturales, temporales y de poder. Esta perspectiva resalta cómo la virilidad está históricamente vinculada a estructuras de poder y normas sociales que definen lo que significa ser hombre en distintas épocas y contextos.

1.3.6. Joven

Según Loayza (2023), la categoría de "joven" se define a partir de una serie de repertorios identitarios que reflejan las diversas condiciones socioeconómicas y culturales de los individuos, destacando que los jóvenes no son un grupo homogéneo, sino que se caracterizan por su interacción con múltiples identidades y roles en la sociedad, lo que les permite experimentar un proceso dinámico de construcción de su identidad en contextos de violencia y marginación. En palabras de Villagra (2024), la categoría de "joven" se redefine en el contexto del Servicio Militar Voluntario (SMV) en Perú, donde se enfatiza la importancia de promover un sentido de compromiso cívico y responsabilidad frente a la seguridad nacional, destacando que los jóvenes deben ser vistos no solo como potenciales reclutas, sino como actores fundamentales en la construcción de una cultura de defensa y seguridad que les permita contribuir al desarrollo social y profesional del país.

1.3.7. Cuartel

Jara (2021) plantea la categoría de "cuartel" como un espacio militar que ha evolucionado a partir de instalaciones religiosas, específicamente los antiguos conventos, que fueron transformados para cumplir funciones de acuartelamiento y entrenamiento de tropas, reflejando así la intersección entre la historia religiosa y militar en el contexto de la República peruana. Camerin y Córdoba (2025) plantean la categoría de "cuartel" como un tipo específico de vacío urbano, caracterizado por su prolongado abandono y la complejidad inherente a su reconversión, lo que implica no solo un cambio funcional de estos espacios, sino también una reintroducción de su significado histórico y social dentro del tejido urbano, buscando transformar estas áreas en lugares integrados y sostenibles que respondan a las necesidades contemporáneas de la comunidad. Mientras que Hurtado (2023) el cuartel, se refiere a un establecimiento militar donde los soldados, especialmente los reclutas indígenas en este caso, reciben formación y entrenamiento. Es un espacio donde se realizan actividades de instrucción militar y también se llevan a cabo clases civiles, como la enseñanza de lectura y escritura. El

cuartel se presenta como una institución civilizadora, donde se busca integrar a los reclutas en la nación peruana y transformarlos en ciudadanos leales, a través de un proceso que incluye la disciplina, la formación militar y el aprendizaje cultural.

CAPÍTULO II

MATERIAL Y MÉTODOS

2.1. Enfoque de investigación

La investigación se enmarcó dentro de un enfoque cualitativo, dado que se fundamentó en la comprensión de sentidos, cualidades y significados construidos por los jóvenes militares voluntarios, más que en mediciones numéricas o cuantificables; por ello, se centró en lo descriptivo e interpretativo (Vergara, 2013). Este enfoque resultó pertinente para captar la complejidad de los procesos socioculturales y las construcciones simbólicas propias del ámbito castrense. Tal como sostuvo Creswell (1998), la investigación cualitativa constituye una estrategia idónea para el estudio de fenómenos complejos desde la perspectiva de la experiencia de las personas; en el mismo sentido, Denzin y Lincoln (2012) afirmaron que dicho enfoque permite describir e interpretar la práctica social en contextos específicos.

La incorporación de métodos etnográficos y autoetnográficos respondió a la necesidad de situar la experiencia en su propio espesor simbólico. Permitiendo aproximarse a la construcción de las masculinidades desde una perspectiva *emic*, en el sentido propuesto por Harris (1982), es decir, atendiendo a las categorías y significados que los propios actores movilizan para dar sentido a su mundo. Al mismo tiempo, concuerdo con la mirada interpretativa de Geertz (2003), quien subraya la importancia de comprender la cultura desde la experiencia de estar *allí*, compartiendo escenarios, bullas y silencios.

Asumir el cuartel como campo de investigación en primer lugar fue una decisión académica; y una experiencia de moldear mi corporalidad es decir "*hablar fuerte y ser liberal como todo un antropólogo"*. Ingresé como joven procedente de una comunidad quechua andina Suyo (Canchis, Cusco), portando una historia colectiva marcada por la desigualdad estructural, por memorias de exclusión histórica. Sin embargo, el cuartel como institución estatal jerárquica y disciplinaria me exigió otra gramática corporal y simbólica. Allí no bastaba con *"ser";* había que *"demostrar"*, *"resistir", "endurecerse a un cuerpo de mierda y cachaco"*. Y en ese tránsito, mi identidad andina, quechua, comunal fue cuestionada de manera constante llamandome "*zorro"*. Mis motivaciones para incorporarme al servicio militar, además fue por la búsqueda de *"oportunidades"*, estabilidad económica y movilidad social; por otro, el deseo de comprender desde dentro esa institución que históricamente ha encarnado la *"autoridad del Estado"* en territorios como el mío.

El cuartel operó como un dispositivo de transformación subjetiva, ya que,

disciplinaba cuerpos; producía *"soldados machos"*. La llamada *"perrada"*, concebida como rito de paso, marcaba una frontera simbólica entre el *"civil"* y el *"militar"*. En ese proceso, el lenguaje cargado de insultos, humillaciones y expresiones de fuerte contenido sexual funcionaba como una tecnología de poder. Las groserías eran meros excesos verbales; y constituían mecanismos de subordinación y, paradójicamente, de integración. Ser insultado era, en cierto sentido, ser reconocido como parte del circuito formativo. Resistir sin quebrarse implicaba adquirir "*legitimidad*" ante los pares y superiores. Así, la violencia simbólica se naturalizaba como parte de la *"formación"* del ser *"buen cachaco"*.

La etnografía, entendida como la inmersión prolongada en un campo social para comprender prácticas, significados y relaciones de poder, no podía limitarse aquí a la observación participante clásica. Yo no era un observador externo que llega, registra y se retira; era un cuerpo sometido a órdenes, castigos y rutinas. En ese contexto, la frontera entre investigador y sujeto investigado se volvía porosa, ya que, muchas de las practicas realizadas en el cuartel ya lo había normalizado e interiorizado como parte de mí.

Es allí donde la autoetnografía adquirió centralidad metodológica. Porque, fue más que un ejercicio autobiográfico aislado, sino como herramienta analítica que reconoce que la experiencia del investigador es también un dato etnográfico. Mi miedo ante ciertos castigos colectivos, mi incomodidad frente a la humillación pública, mi silencio para evitar represalias, incluso mi aprendizaje progresivo del *"lenguaje cuartelero",* forman parte del entramado social que analizo. La institución no solo moldeaba a *"los otros"*; me moldeaba a mí con patrones socioculturales de ser *"hombre de verdad"*.

Ser hombre quechua dentro del cuartel implicó, además, habitar una masculinidad en disputa. Por un lado, la masculinidad *"débil"* de un estudiante universitario y con un *"cuerpo miserable"*; por otro, la masculinidad militar hegemónica en la *"dureza"*, la agresividad verbal y la supresión de la vulnerabilidad. Para sobrevivir simbólicamente, debía performar una versión más ruda de mí mismo. Ese drama era una adaptación dentro de una estructura jerárquica que sancionaba cualquier signo de debilidad, de modo que, podrían ser considerados como *"lornas"* y *"civiles"*.

Mis limitaciones metodológicas fueron determinadas por la estructura jerárquica del cuartel. Empecé desde el eslabón más inferior *"perro",* luego soldado, cabo y sargento segundo. En ese sentido, el tiempo no me alcanzaba para realizar mis registros etnográficos diarios con la constancia necesaria. Las obligaciones propias del servicio reducían los momentos disponibles para observar con distancia y escribir con *"calma"*, de modo que, en

cualquier momento el sargento podría dar la orden de *"atención"* y hacer lo que él quería, porque ya le habíamos entregado nuestro *"cuerpo y alma"* al sargento.

No podía grabar conversaciones ni tomar notas de manera abierta, pues ello habría generado desconfianza. Por eso, durante las noches de servicio de imaginaria[3] era cuando lograba registrar lo ocurrido durante el día. Muchas escenas fueron reconstruidas desde la memoria, recurriendo a una especie de *"archivo corporal"*. Asimismo, mi posición como soldado voluntario condicionaba los relatos de mis compañeros. Algunos hablaban con desconfianza; otros solo compartían experiencias en espacios de confianza. El acceso a los mandos superiores estaba mediado por el rango y la distancia institucional.

Sin embargo, esa misma posición subalterna me permitió captar dimensiones que quizá hubieran permanecido invisibles para un investigador externo. Experimenté la humillación ritual, la ansiedad del castigo colectivo, la solidaridad silenciosa entre iguales con mis promociones. Metodológicamente, esta investigación se inscribe en una etnografía situada, encarnada y reflexiva. No habla desde una pretendida *"neutralidad"*, sino desde una posición social concreta: hombre, quechua, soldado voluntario y estudiante de antropología en formación.

2.2. Tipo y diseño de investigación

El estudio se desarrolló bajo el método etnográfico, se trató de una investigación cualitativa, etnográfica y autoetnográfica, en la que se emplearon técnicas como la observación participante, entrevistas semiestructuradas e historias de vida, para lo cual se utilizaron guías de entrevista, de observación y de historia de vida como instrumentos de recolección de datos. Se buscó interpretar y explorar los matices de las masculinidades hegemónicas en los jóvenes del servicio militar voluntario acuartelado, durante el rito de paso denominado la *"perrada"*.

2.3. Población y muestra

La población del estudio fueron jóvenes que cumplen con el Servicio Militar Voluntario (SMV) en el cuartel Fuerte los Pockras, ubicado en el distrito de Carmen Alto, provincia de

[3] Es una guardia de vigilancia nocturna por turnos que realizan los soldados en los dormitorios o cuadras, divididas en tres turnos.

Huamanga, departamento de Ayacucho. Y representa un microcosmos en el que se reproducen y transforman dinámicas socioculturales en torno a la masculinidad y el poder. El contexto militar proporciona un escenario estructurado, regido por normas jerárquicas estrictas y rituales de paso que refuerzan la construcción de identidades masculinas dentro del colectivo castrense. La investigación se centró en el período comprendido entre los años 2021 al 2023.

La muestra fue intencional (Gil Flores, 1991), conformada por diez jóvenes acuartelados en la que se profundizó en cuatro historias de vida de jóvenes en el Servicio Militar Voluntario en el cuartel Fuerte Los Pockras y por mi propia historia de vida. Los participantes tenían edades comprendidas entre los 18 y 29 años, y provenían de distintos estratos socioeconómicos de Ayacucho. La investigación prestó especial atención a aquellos individuos que habían experimentado el ritual de la "*perrada*", con el objetivo de comprender la forma en que este influía en su identidad y percepción de la masculinidad. La selección de los sujetos se realizó con base en criterios específicos, entre ellos la participación en el ritual de la "*perrada*", y se establecieron criterios de inclusión como haber cumplido al menos seis meses en el Servicio Militar Voluntario.

2.4. Técnicas e instrumentos de recolección de datos

La técnica para esta investigación fue la observación participante, y de la vivencia propia en el servicio militar voluntario, y para organizarlas mediante un cuaderno de campo, y de las entrevistas semiestructuradas. La presente metodología propone una investigación de tipo etnográfica, siendo así que desarrolle las técnicas, de observación y entrevistas. Estas como herramientas que me permitieron recabar la información deseada. Las fuentes primarias de análisis fueron la vivencia personal en el cuartel, y de las entrevistas personales, cuaderno de campo, registros audiovisuales, documentos personales. Las fuentes secundarias están las publicaciones académicas y trabajos de grado.

La información obtenida los he efectuado en diferentes espacios internos del cuartel, y diferentes tiempos, en distintas actividades y roles. Mayormente en la cuadra, el comedor, pues hay existe más libertad para conversar; en cambio en la formación, la lista, ceremonias, desfiles, ensayos y en otros ámbitos las relaciones de socialización son más restringidas; y si alguien las burla, se someten a una sanción. Es cierto, existe una comunicación; pero unilineal y vertical en estos espacios. Observando estos aspectos, me fue fácil el recojo de

la información pues pertenecí a esta institución y fui participe de las diferentes actividades que desarrollan a diario. Teniendo una relación amical con el personal de tropa y utilizando la observación participante.

2.5. Procedimientos

El estudio se desarrolló en distintas fases. La fase exploratoria consistió en el acercamiento al campo de estudio mediante revisión bibliográfica y entrevistas preliminares. En la fase de recolección de datos se aplicaron entrevistas y observaciones dentro del cuartel. La fase de análisis implico la categorización e interpretación de los datos obtenidos. Finalmente, en la fase de elaboración de resultados se redactó el informe final y se realizó la triangulación de la información obtenida.

Cuando ingresé al cuartel yo no era el joven firme que luego aparentaría ser. Era, más bien, callado y tímido. En casa hablaba poco; observaba más de lo que decía. Había en mí una mezcla de expectativa y temor que nunca confesé abiertamente. Sin embargo, el imaginario militar construido a partir de películas, desfiles y relatos de conocidos había sembrado una admiración silenciosa: la figura del soldado erguido, con el fusil al hombro y la mirada fija en el horizonte, me parecía casi heroica y admirable. Quizá por eso entré aun no lo sé. Los tres primeros meses fueron el quiebre de esa imagen romántica. El tiempo adquirió otra densidad: un día podía sentirse como un mes, y un mes como un año. La instrucción era constante, repetitiva, extenuante. El cuerpo aprendía a obedecer antes que a comprender. La comida, escasa para quien venía de una casa donde el desayuno era abundante, se convertía en ración medida, casi simbólica. Todo debía pedirse con permiso: entrar a la cuadra, al comedor, incluso desplazarse unos metros. El permiso no era solo una formalidad; era un mecanismo pedagógico de subordinación.

Muchos desertaban en ese periodo. En aquellos años, hacerlo no era un gesto trivial: significaba cargar con la vergüenza familiar. Yo mismo recordaba a parientes que se habían retirado antes de tiempo y el silencio incómodo que eso generó en la familia. Esa memoria operó como contención. No quería desertar. No podía. Con el paso de los meses, al "pasar a cuadras", la experiencia cambió de matiz. Surgían jerarquías internas entre "perros" y "bajas"[4]. El descanso después del almuerzo no era un derecho universal, sino un privilegio

[4] Término que hace alusión a las personas que ya están a punto de cumplir con el tiempo del servicio militar voluntario.

que se ganaba con antigüedad. El castigo de rotar veinte vueltas a altas horas de la noche, cargar peso adicional en la mochila era parte de una pedagogía del error[5]. La falta se sancionaba; y se escenificaba. El cuerpo volvía a ser el lugar donde se inscribía la norma.

Sin embargo, no todo era dureza. Lo más gratificante, paradójicamente, ocurría cuando salíamos del cuartel. Las comisiones de seguridad en distritos o provincias donde el Ejército tenía poca presencia transformaban nuestra percepción de nosotros mismos. En la ciudad donde estaba el cuartel éramos "uno más". Afuera, en cambio, la mirada de los niños, de los jóvenes, de las mujeres, nos devolvía una imagen distinta: la del soldado admirado. El uniforme, el armamento, la postura corporal producían respeto. Esa admiración pública reforzaba una identidad que dentro del cuartel era constantemente erosionada.

Recuerdo la primera visita de mi madre. Me encontró con la ropa desgastada, el cuerpo más delgado, el rostro endurecido. Yo, que en casa era callado y descuidado, me vi reflejado en su mirada nostálgica. Fue un momento de quiebre íntimo: entendí que el proceso de formación militar transforma hábitos, y sensibilidades. Algo de aquel joven ingresó tímido al cuartel; algo distinto estaba emergiendo.

El día de la baja es, quizá, el más ambivalente. Entregar el arma y pronunciar la fórmula afirmando que se devuelve con honor lo que la patria confió produce una sensación de cierre, pero también de despojo. Vestirse de civil inmediatamente después es experimentar una transición abrupta: del cuerpo armado al cuerpo común. Paso ligero hacia el vestuario; luego, silencio. Se deja atrás una comunidad de sufrimiento compartido y se retorna a la vida ordinaria con una marca invisible. Mirando en retrospectiva, reconozco que el cuartel fue para mí un espacio de disciplinamiento, de reconocimiento y de contradicción. Ingresé siendo un joven callado y tímido; aprendí a hablar fuerte, a pedir permiso, a resistir. Pero también aprendí a observar las jerarquías, las desigualdades internas, las formas sutiles en que el poder se ejerce sobre los cuerpos.

La delimitación de la investigación se inició con la propuesta de Durand (2014), primero con la coordenada temática, centrada en el estudio del ritual de la *perrada* y la construcción de masculinidades en jóvenes del servicio militar voluntario acuartelado. En la coordenada espacial, la investigación se desarrolló en el cuartel Fuerte los Pockras, ubicado en el distrito de Carmen Alto, provincia de Huamanga, departamento de Ayacucho.

[5] Se refiere a cuando el soldado comete un error o incumple una orden, el cual es considerado una falta que debe corregirse mediante sanciones físicas y otras medidas disciplinarias, con el propósito de evitar nuevas equivocaciones, reforzar la obediencia y alcanzar la ejecución perfecta de las órdenes.

Asimismo, en la coordenada temporal, el estudio abarcó el período 2021 al 2023. En la coordenada teórica, se empleó un enfoque antropológico, etnográfico y autoetnográfico, abordando categorías como masculinidad, ritos de paso, poder y socialización castrense. Por último, en la coordenada de los sujetos de estudio, la investigación se enfocó en los jóvenes reclutas del servicio militar voluntario del cuartel Fuerte los Pockras, quienes, a través de sus vivencias, permiten analizar la configuración de las masculinidades dentro de la institución castrense.

2.6. Técnicas de análisis de la información

En esta investigación se utilizó la técnica de categorización, la cual se utilizó para clasificar y ordenar las diferentes dimensiones en las categorías generales, las cuales fueron subdividiéndose en categorías específicas que facilitaron de esta manera la interpretación de los fenómenos observados. Por otro lado, se utilizó el análisis de contenido para reconocer sentidos y patrones que emergían de forma reiterativa en los discursos de los jóvenes del servicio militar voluntario, los cuales configuraron una mejor comprensión de las masculinidades en la cultura militar. Finalmente, la técnica de análisis crítico del discurso permitió reconocer las formas verbales y simbólicas que reproducían relaciones de poder y normas de la masculinidad hegemónica, así mismo revelando los dispositivos discursivos que interpelaban las prácticas de socialización militar. Gracias a estas técnicas fue posible abordar el material empírico de los Pockras de forma holística, lo que resolvió en interpretaciones sobre la construcción de identidades masculinas en la cultura militar en este lugar.

2.7. Consideraciones éticas

Se cumplieron los principios éticos de la investigación cualitativa, garantizando el consentimiento informado, la confidencialidad mediante el uso de seudónimos y la no maleficencia, evitando cualquier tipo de daño psicológico o social. Asimismo, se respetó la autonomía de los participantes, asegurando en todo momento su voluntariedad. Este enfoque metodológico permitió realizar un análisis riguroso y ético sobre la construcción de masculinidades en el servicio militar voluntario acuartelado en Ayacucho.

CAPÍTULO III

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

3.1. Procedimientos para aprender a ser soldado durante el rito de paso de la *perrada*

3.1.1. Fase de separación: el despojo de la identidad civil

Turner (2002) plantea que los ritos de paso comprenden tres momentos: separación, liminaridad y agregación. La primera fase de separación corresponde al alejamiento del individuo respecto de su condición anterior la de civil. En este momento se produce una ruptura con las relaciones, comportamientos y características que definían su posición antes de ingresar al proceso ritual. Turner señala que la separación supone una *"disolución de la topología social"* (2002, p. 8). En ese sentido, cuando los jóvenes que ingresan al servicio militar desde los primeros días, van dejando atrás determinadas características de la vida civil para asumir progresivamente las formas de comportamiento propias del espacio militar castrense.

3.1.1.1. El corte de pelo y entrega de uniformes

El primer contacto con la vida militar fue el corte de cabello al ras, el famoso *"cero-cero",* que más que estética, funcionaba como un gesto de despojo simbólico. En ese momento comprendí que mi identidad civil comenzaba a desaparecer. Ver a todos con la cabeza pelada, sin excepción, generaba una sensación de uniformidad forzada: ya no había estilos, ni diferencias, solo cuerpos igualados por la máquina. La fase de separación se define por el alejamiento progresivo de la condición civil. El corte de cabello elimina una característica corporal asociada a la vida anterior; el uniforme reemplaza la vestimenta civil.

Después vino la entrega de uniformes, que lejos de representar orgullo, fue un acto frustrante. Nos tocó lo que sobraba: tallas desproporcionadas, casacas rotas, camisetas usadas y zapatillas que apenas entraban. No había opción de elegir ni derecho a reclamar. Quien lo hacía era ignorado o sancionado. En ese escenario, el uniforme dejaba de ser símbolo de pertenencia y se volvía una carga incómoda, un recordatorio de que dentro del cuartel uno no vale por lo que es, sino por cuánto aguanta. El proceso, aunque caótico y humillante, marcaba el inicio de una transformación corporal y simbólica: ya no éramos estudiantes ni civiles, ahora éramos *"pelados", "perros",* listos para someternos al régimen

disciplinario castrense. En términos de Turner (2002) el uniforme adquiere así un sentido dentro de la separación porque modifica la manera en que el joven se presenta ante los demás y reduce las diferencias externas que llevaba consigo desde la vida civil. El corte de cabello y el uniforme forman parte de una misma secuencia: primero se transforma la apariencia corporal y luego se establece una nueva forma de vestir.

Varias personas nos comentaban que la etapa básica era como un proceso para eliminar ese lado civil que todos traíamos, y pasar a una nueva vida, que era la vida militar. Además, teníamos que desarrollar un porte, es decir, una personalidad que estuviera totalmente identificada con la vida militar, con cómo debía comportarse un militar. Nos enseñaban desde cómo uno tenía que caminar, cómo debía marchar, incluso cómo debía hablar: con una voz grave, firme, dejando atrás la voz aguda o insegura.

Siempre ponían al civil como el mal ejemplo, como alguien que todavía no estaba formado, que no estaba perfeccionado, ahí el objetivo principal era que cambiemos nuestra personalidad por completo, para adaptarte a ese nuevo entorno, que es la personalidad militar.

Cuando los soldados ingresan por primera vez al cuartel, se les hace el corte "cero-cero". Quedan completamente pelados, sin cabello nosotros éramos los "pelados", los "bolos". Porque cuando uno todavía es civil, no tiene un corte definido. Llegas como sea, sin un estilo, sin un porte. Pero ya dentro del cuartel, sí o sí tienes que tener un porte. Eso es parte de la formación, lo primero que te hacen es cortarte el cabello al ras. Ese corte te empieza a definir como soldado, te da presencia. No pareces militar, no tienes la imagen que se espera. Hay que ser presentable en el ejército. Por eso te hacen el corte cero. Es una forma de marcar el inicio, de uniformarte, de igualarte con los demás.

De modo que, el corte de cabello modifica la apariencia corporal del joven y elimina una de las características que diferenciaban de un civil a soldado. Los estilos de cabello que podían expresar gustos personales desaparecen y todos pasan a compartir una misma apariencia. Turner (2002), al referirse a las transformaciones corporales dentro de los ritos de paso, señala que *"la operación física es un símbolo del cambio de status social"* (p. 22).

3.1.1.2. Entrega del cuerpo y alma al sargento

La entrega del cuerpo y alma al sargento es un acto simbólico, y una renuncia práctica a cualquier rasgo de un civil afeminado. Desde el primer grito en la cuadra *"¡Desde ahora*

son míos, perros, ni el aire les pertenece sin mi permiso!". La expresión establece una relación de autoridad entre el superior y los jóvenes recién llegados. En el cuartel aparecen sobrenombres como *"pelados", "bolos"* y *"perros".* A partir de ese momento, supe de la dominación, discriminación, y exclusión regulaban nuestros movimientos y nuestras emociones, decisiones y hasta el tono de voz con el que respondíamos.

¡Bienvenidos, reclutas! Desde este momento, pasan a ser de mi propiedad y no tienen derecho ni al aire que respiran. ¿Alguna pregunta? ¡Ninguna, perro! Desde este momento, soy su sargento. ¿Dudas? ¡Ninguna, mi sargento! Aquí no hay espacio para la debilidad, aquí se forjan hombres de verdad. ¡Nunca inclines la cabeza! Recuerda que después de tu nombre está el apellido de tus padres, y ese apellido se lleva con honor y respeto.

La subordinación del cuerpo constituye otro elemento de la fase de separación. La expresión *"Desde ahora son míos"* establece que el cuerpo del recluta queda bajo la autoridad del superior ya sea de los soldados, cabos, sargentos, suboficiales y oficiales. La institución militar comienza a controlar sus horarios, movimientos, formas de hablar, maneras de caminar y respuestas frente a las órdenes. Esta modificación de la autonomía forma parte del alejamiento respecto de la vida civil. El joven que ingresaba con capacidad para organizar distintos aspectos de su vida cotidiana comienza a actuar bajo normas establecidas por la institución militar. La separación se desarrolla, entonces, mediante una modificación progresiva de la relación que el individuo mantenía con su propio cuerpo y con sus decisiones cotidianas.

Era de noche, ya después de dormir, estábamos en la etapa de perrada y teníamos que memorizar una canción. Se trataba de una canción sobre la batalla del Cenepa, pero yo no le di importancia. Pensé que solo se la iban a tomar a los más "corchos"[6], así que me fui a dormir. Recién era la primera semana, uno todavía tenía otra idea de cómo iban a ser las cosas.

[6] En el contexto del servicio militar, "corcho" es un término coloquial utilizado para referirse a un recluta considerado torpe, distraído o que tarda en aprender las órdenes.

Imagen 1: El soldadito de la mano con los derechos humanos.



Nota: La fotografía muestra a un soldado en el interior de la cuadra, de pie, sosteniendo con ambas manos un objeto de madera que lleva inscrita la frase "Derechos Humanos" reforzando la idea que en el cuartel no puedes quejarte a nadie, mucho menos llorar, archivo fotográfico del autor, 2021.

La imagen constituye una performance institucional. El soldado aparece de la mano con los derechos humanos como sujeto interpelado por ellos, y como quien los sostiene bajo la lógica de la obediencia. La inscripción se convierte en objeto manipulable y subordinado al cuerpo militar. En el contexto del periodo de violencia (1980–2000), documentado por la Comisión de la Verdad y Reconciliación, esta representación expresa una narrativa de reafirmación institucional que desplaza el reconocimiento de violaciones sistemáticas y consolida una postura defensiva frente a la memoria histórica, donde a los altos jefes no les interesan los derechos humanos.

La imagen construye una realidad simbólica donde los derechos humanos quedan incorporados al orden castrense sin cuestionarlo. Se afirma la institución como garante moral y se neutraliza el potencial crítico del discurso de derechos humanos. En ese gesto se fija una posición frente al pasado: la defensa corporativa prevalece sobre la asunción de responsabilidades históricas y se consolida una pedagogía interna que niega la existencia

de abusos estructurales. Los superiores indicaban que aquel soldadito que se queja del maltrato sigue siendo una niñita de mamá aquí solo queremos hombres de verdad, cachacos fuertes.

Pero al final llamaron a todos, uno por uno. Cuando llegó mi turno, yo ya estaba temblando porque no había estudiado nada. Ni siquiera recordaba las primeras palabras. El monitor se acercó, me miró, preguntó. Y como no supe decir nada, me tiró una cachetada fuerte. En ese momento sentí cólera. Pero no solo contra él, sino también contra mí mismo, por haberme confiado, por haber pensado que el cuartel sería diferente. Incluso sentía que ese tipo de castigos no estaban permitidos, pero ahí todo se normalizaba. La violencia era el día a día y poco a poco yo también empecé a normalizarla.

Después de las primeras semanas, vino el peor castigo. Estuvo a cargo del sargento Paco, un reenganchado. No sé qué falta cometimos esa vez, pero no se me olvida lo que pasó nos hizo desnudar por completo. Todos quedamos descalzos, sin ropa y de cuclillas, en fila, haciendo "gusanito", uno detrás de otro. El primero de la fila, como un “bebito”, era arrastrado por el sargento en dirección al baño. Eran las dos de la madrugada, hacía un frío terrible, de esos que te llega hasta los huesos.

En el baño había un bidón con agua helada. El sargento llenaba una taza y nos mojaba uno por uno, sin parar. La desesperación era total. Nadie sabía qué hacer. A veces teníamos ganas de gritar, de salir corriendo, pero nos quedábamos ahí. Ese castigo me marcó más porque el sargento ya me tenía a la mirra. Cada vez que el sargento gritaba “¿Dónde está Ramos?”, yo sabía que me estaba buscando para castigarme.

El sargento me encontraba, llenaba la taza y me mojaba sin piedad, una y otra vez. El sargento sabía de tortura. Yo me reía, pero creo que era del miedo, no de otra cosa. No recuerdo exactamente cuál era el castigo, pero ese fue el que más me marcó, el que nunca voy a olvidar. Cuando terminó, teníamos que regresar otra vez de cuclillas, con ese método que llamaban "el gusanito", hasta la cuadra. Pero esa noche no pude dormir; estaba pensativo, dándole vueltas a qué tortura nos tocaría al día siguiente.

Imagen 2: Revista militar para la inspección del ropero.



Nota: La fotografía muestra un ropero militar, donde todo está ordenado, eso era con la finalidad de pasar la inspección de los altos mandos, archivo fotográfico del autor, 2021

A la hora de pasar revista, un teniente nos estaba inspeccionando. Teníamos que cumplir con ciertos requisitos: todos debíamos tener los cubiertos completos: cuchara, tenedor, cuchillo y una servilleta limpia, además de las gamelas limpias y bien ordenadas. Lamentablemente, tres no cumplimos con ello, y yo estaba entre ellos. Sin embargo, en ese momento el responsable directo era el monitor, por lo que él recibió el castigo.

Al monitor lo hicieron realizar volantines con su gamela, dando vueltas en una losa deportiva. Nosotros, por respeto y por la forma en que nos habían enseñado, no podíamos mirar. Teníamos que permanecer de espaldas, pensando en cuál sería el siguiente castigo que nos tocaría. Terminamos de almorzar el rancho y el monitor nos ordenó volver rápidamente a la cuadra. Una vez más, nos hicieron desnudarnos. El nuevo castigo consistía en recibir golpes con un palo plano denominado “derechos humanos”, que incluso tenía un apodo asociado al nombre de una mujer, Mia Khalifa. Nos colocaron en fila y uno por uno recibimos los golpes.

Cuando uno termina su etapa básica ya obtiene el grado de soldado. Sin embargo, seguimos bajo la supervisión constante de un sargento. Siempre hay un sargento al mando,

y en muchos casos dependemos de su voluntad. Pero no solo eso: como soldados, cuando pasamos al siguiente nivel y llegan nuevas camadas, jóvenes voluntarios, esos nuevos reclutas también pasan a depender de nosotros. Es nuestra responsabilidad y en cierto modo también un acto de poder enseñarles, formarlos, someterlos a la disciplina militar que nosotros ya aprendimos.

Cuando uno termina su etapa básica obtiene el grado de soldado. Sin embargo, continúa bajo la supervisión constante de un sargento, quien mantiene la autoridad dentro del grupo. En muchos casos, nuestras acciones estaban sujetas a sus decisiones. Pero esa relación jerárquica también se reproducía hacia los nuevos reclutas que ingresaban al cuartel. Como soldados con mayor tiempo de servicio, asumíamos la responsabilidad de enseñarles, formarlos y transmitirles las normas de disciplina militar que nosotros ya habíamos aprendido.

Así se reproduce una cadena de mando y una subordinación vertical que caracteriza a la vida militar. Los sargentos nos guían a nosotros y nosotros guiamos a los nuevos reclutas.

"¡Bienvenidos, reclutas! Desde este momento, pasan a ser de mi propiedad y no tienen derecho ni al aire que respiran… ¡Ninguna, perro!". Con este grito de bienvenida, el sargento exige obediencia inmediata e instala una lógica de subordinación que puede analizarse desde la noción de violencia simbólica de Bourdieu (1999), donde las relaciones de dominación son incorporadas por los sujetos mediante prácticas institucionalizadas. En seguida, durante la perrada, el rechazo hacia la vulnerabilidad se hace claro: "a todos pasaron uno por uno… y como no supe nada, me tiró una cachetada"; aquí, la violencia física puede ser comprendida como parte de los mecanismos de disciplina militar, tal como lo describe Foucault (1975), quien identifica el castigo como tecnología de poder sobre el cuerpo. Más tarde, la sanción colectiva toma forma con el castigo del "gusanito" y el baño helado, "el sargento sabía de tortura", una prueba de resistencia asociada a determinadas formas de masculinidad militar que Segato (2016) sostendría como parte de un mandato de la virilidad, el sufrimiento legitima la el poder frente al abuso ejercido por los superiores hacia los reclutas. La disciplina se perpetúa en la jerarquía: "una cadena de mando" donde los soldados replican la misma lógica con los nuevos. Aquí, Butler (2001) aporta al argumento: la identidad militar se construye performativamente mediante actos institucionalizados de dominación repetida.

3.1.1.3. Instrucción básica

La instrucción básica fue el primer gran paso que debimos atravesar para ser reconocidos como ingresantes, y como cuerpos disponibles para el moldeamiento militar. Desde el inicio, se nos impuso una rutina exigente, en la que el tiempo se organizaba bajo una lógica de agotamiento progresivo: despertar antes del sol, formar en silencio, correr sin descanso, cumplir órdenes sin espacio para la duda. En ese contexto, el cuerpo civil, aquel que llegaba con hábitos, deseos o ritmos propios, comenzó a desestructurarse. Las órdenes del monitor, cargadas de insultos y amenazas, operaban como dispositivos de presión emocional que iban más allá del ejercicio físico. "¡Esto no es colegio, acá se hacen hombres, carajo!", gritaban, mientras el sudor y la desesperación se confundían en medio del barro. Aprendí, casi sin darme cuenta, que el objetivo no era simplemente volvernos fuertes, sino obedientes; no entrenar habilidades, sino instalar reflejos. Lo que estaba en juego era la adquisición de técnicas y una transformación profunda de la subjetividad. Cada repetición, cada castigo colectivo, cada corrección abrupta formaba parte de una pedagogía del sometimiento, donde el cuerpo debía ser despojado de autonomía para encarnar una disciplina que se percibía como imposición y virtud única de "cachaco". Fue en ese periodo donde comprendí que el proceso formativo militar no empieza cuando uno domina las marchas, sino cuando aprende a resistir en silencio, a soportar sin explicación y a adaptarse a una lógica que no deja espacio para la debilidad.

Durante las primeras semanas aparecen ejercicios, castigos, humillaciones, canciones, órdenes y distintas experiencias dirigidas a los jóvenes recién incorporados. En esta primera fase, aquellas prácticas que producen el alejamiento de la condición civil forman parte de la separación. El porte militar también forma parte de esta transformación. Las órdenes de *"sacar pecho"*, *"levantar la cara"* y mantener la mirada al frente obligan a los reclutas a modificar la manera en que utilizan su cuerpo. El saludo militar se practica de manera repetida y es corregido cuando no se ejecuta bien. Estas prácticas producen una nueva forma corporal que diferencia al joven de la manera en que se desenvolvía antes del ingreso al cuartel.

Imagen 3: Instrucción militar en los desfiles y los desplazamientos sobre mismo eje.



Nota: La fotografía muestra un grupo de reclutas en la instrucción militar de desplazamiento sobre su propio eje con el armamento de guerra, archivo fotografía del autor, 2021.

En la instrucción básica, el lenguaje adquiere un carácter performativo y ordena acciones que modela subjetividades disponibles para el sometimiento institucional. En el cuartel, esa legitimación se produce en actos como "¡Uno, dos, tres, mierda!", donde la instrucción es un entrenamiento del sometimiento al cuartel.

3.1.1.4. El entrenamiento del porte y la postura

Desde el primer día, la exigencia era clara: *"Saque pecho, levante la cara, mirada al frente, sin parpadear".* Practicábamos el saludo militar una y otra vez bajo el sol, repitiendo los seis pasos hasta automatizarlos, como si el cuerpo tuviera que olvidar sus hábitos civiles para adoptar la rigidez del soldado. Cada gesto, desde la inclinación del mentón hasta el ángulo exacto del codo al saludar, era corregido con precisión por el jefe de línea. El cuerpo debía convertirse en un emblema de orden y orgullo institucional dentro de la lógica militar. Marchar con porte significaba encarnar la moral militar en la forma más visible posible. La postura recta era obediencia materializada, una forma de mostrar que el cuerpo ya no nos pertenecía, sino que se había convertido en dispositivo simbólico del poder jerárquico y violento que rige la vida cuartelaria.

Imagen 4: El porte y saludo militar.



Nota: La fotografía evidencia un soldado haciendo el saludo militar en una posición recta, con las manos bien estiradas sacando pecho y la mirada al frente, archivo fotográfico del autor, 2022.

El porte que uno debía tener era tal como se visualiza en la imagen. Este acompañamiento del saludo militar, tenía ciertas características que debíamos cumplir. Primero, eran seis pasos que consistían en realizar el saludo, levantando el brazo y llevando la mano, no exactamente hacia la frente, sino un poco al costado, a la altura de la sien, cerca de la oreja. Incluso ese detalle nos lo corregían. Teníamos que practicarlo mil veces, bajo el sol, para perfeccionar el porte y el saludo militar. Esta era una de las prácticas más características de la vida militar.

El saludo a un superior era obligatorio, tenías que saludar obligatoriamente, porque el saludo tenía mucho valor. Primero se saludaba a Dios, y luego también a los superiores. Incluso entre compañeros había una jerarquía para saludar. Si tú eras “antiguo” dentro de tu promoción, los mismos de tu promo podían saludarte por respeto. Había una escala en ese sentido. Como antiguo, tú saludabas a tus superiores: cabos, sargentos, soldados enganchados, y después venían los suboficiales. El saludo marcaba la diferencia de grados.

Ahí se respetaba el grado, sí o sí. Porque con el saludo se reconocía la jerarquía y el orden en el ejército.

La autoridad del sargento establece una relación de subordinación; la instrucción transforma los horarios y comportamientos; y el entrenamiento corporal introduce nuevas formas de caminar, saludar, permanecer de pie y responder. Todas estas prácticas se encuentran articuladas dentro de una misma secuencia ritual. En términos de Turner (2002) el recluta todavía no ocupa la posición plena de soldado, pero ya ha comenzado a abandonar la posición que tenía antes de ingresar.

El saludo a un superior era obligatorio, tenías que saludar obligatoriamente, porque el saludo tenía mucho valor. Primero se saludaba a Dios, y luego también a los superiores.

Para un soldado, su patria es lo primordial. Es su razón de ser. Porque, aunque suene repetido, el soldado se entrena para defender su nación. Y por eso tiene que rendirle culto, respeto, compromiso. Sin embargo, yo, como estudiante, a veces no encontraba esa satisfacción de servir a ella. Esto se debía a que ya veía las atrocidades que cometía el mismo gobierno. Veía cómo las instituciones y la mayoría de funcionarios o autoridades actuaban solo en beneficio propio, no por el país.

“El saludo militar tenía ciertas características que debíamos cumplir… incluso eso nos corregían”, marcando cómo, desde los gestos más mínimos, el cuerpo del soldado es entrenado y vigilado para reproducir un sistema jerárquico. Esta atención minuciosa al cuerpo como signo de subordinación coincide con la noción de Foucault (1975) sobre la anatomía política: dicho cuerpo del soldado es moldeado para obedecer, actuar y manifestar disciplina sin margen de error. Al decir que “el saludo tenía mucho valor” y que “con el saludo se reconocía la jerarquía”, se subraya que esta práctica cotidiana no es trivial, sino un acto simbólico que, como sostiene Bourdieu (1999), actualiza y reproduce un orden social internalizado en forma de habitus. El reconocimiento del “antiguo” dentro de la promoción, incluso entre pares, revela cómo las lógicas jerárquicas permean todos los niveles de interacción. Por otro lado, la mención al izamiento de la bandera como “razón de ser” para el soldado, pese al desencanto con “las atrocidades que cometía el mismo gobierno”, refleja una disonancia entre el ideal patriótico y su ejecución estatal.

3.1.1.5. El saludo militar ante un superior

El saludo militar, ese gesto preciso y formal que observamos en ceremonias y bases militares, tiene sus raíces en la época medieval. En aquel entonces, los caballeros levantaban sus viseras con la mano derecha para revelar sus rostros, una práctica que demostraba que venían en paz y no representaban una amenaza. Con el paso de los siglos, este gesto evolucionó hasta convertirse en el saludo militar que conocemos hoy, un símbolo de respeto, honor y reconocimiento entre los miembros de las fuerzas armadas. Cada vez que un militar eleva su mano derecha hacia la frente, realiza un acto mecánico de disciplina. Este saludo representa la camaradería, el respeto mutuo y la conexión entre quienes dedican su vida al servicio de su país, sin importar su rango o posición.

"Saludo al grado, no al hombre" es una frase que deja claro que se reconoce la jerarquía, aunque como hombres somos iguales en derechos y deberes. Eso es cortesía militar; forma parte de la doctrina y, aunque a más de uno no le guste o no la comprenda, hay que aplicarla. Se trata de recuperar la disciplina y el respeto en las instituciones.

El uso de la palabra "mi" antes del grado militar tiene sus orígenes en la llegada de los mormones a España en el año 1767. En aquel entonces, era costumbre entre ellos dirigirse a las personas con un trato formal, anteponiendo la palabra "señor" al título o cargo, como "señor profesor" o "señor doctor". Con el tiempo, esta práctica fue adoptada por los militares, quienes comenzaron a dirigirse a sus superiores con expresiones como "señor capitán" o "señor sargento", en señal de respeto hacia la jerarquía. Sin embargo, con el paso de los años, la palabra "señor" fue reemplazada por "mi", estableciendo la costumbre de dirigirse a los superiores como "mi capitán" o "mi teniente". Esta norma de cortesía y disciplina indica que, cuando un militar de menor rango se dirige a uno de mayor jerarquía, debe hacerlo utilizando el tratamiento adecuado, como "mi sargento", demostrando así respeto dentro de la estructura militar.

El saludo militar ante un superior se constituyó, desde el primer día de instrucción, en uno de los actos más insistentes y rigurosamente supervisados dentro del régimen cuartelario. Era un gesto de respeto formal y una práctica encarnada que visibilizaba la estructura jerárquica sobre la cual se organizaba toda la vida militar. Aprendí rápidamente que el saludo no admitía vacilaciones: debía ser ejecutado con exactitud, firmeza y solemnidad, en el momento preciso y con la postura correcta. El jefe de línea se encargaba de recordarnos que no saludábamos al individuo, sino al grado que portaba. Esa distinción no era menor, pues implicaba comprender que el cuerpo del superior se volvía portador de una autoridad que no se cuestionaba. Al principio, cometí errores por desconocimiento:

saludaba tarde, con el brazo mal posicionado o sin la rigidez requerida. Cada fallo se traducía en una corrección pública, una humillación que enseñaba de forma inmediata que en el cuartel todo gesto expresaba disciplina. Saludábamos incluso sin ganas, por inercia o por miedo, pero en cada acción se reforzaba el orden simbólico que nos colocaba, invariablemente, en condición de subalterna. Era un ejercicio constante de reconocimiento jerárquico que disciplinaba el cuerpo y configuraba una forma de estar y moverse en el espacio militar.

El saludo militar es un gesto protocolar y constituye una práctica cargada de simbolismo institucional y performatividad jerárquica. Como señala Bourdieu (1997), los actos simbólicos, como el saludo, son expresiones codificadas que reafirman y legitiman la estructura de dominación inscrita en el campo militar. La frase "saludo al grado, no al hombre" condensa esta lógica de distinción y reconocimiento vertical, donde la autoridad no reside en el individuo, sino en el rol simbólico que este ocupa. De modo que el uso del "mi", como en "mi sargento", es una forma de encarnar discursivamente la subordinación. El saludo militar es comprendido como un acto de reconocimiento mutuo dentro de un sistema que organiza la autoridad desde lo simbólico y lo corporal. Además, funciona como una tecnología disciplinaria que inscribe la obediencia y el respeto jerárquico en el lenguaje corporal del militar, reproduciendo con ello un orden simbólico que estructura el ethos castrense y en una sociedad fragmentada.

3.1.1.6. El soldado es "mago"

En la vida militar, la frase "el soldado es mago" es una exigencia institucional encubierta: resolver lo imposible sin excusas. Cuando algo se pierde, se rompe o no está a tiempo, no existe la opción de justificarlo; se espera que uno lo "haga aparecer", cueste lo que cueste. Recuerdo cómo, ante la desaparición de mi jungla, el sombrero reglamentario para la formación, la desesperación me llevó a tomar la de otro sin saber de quién era. No hubo culpa, solo necesidad de supervivencia. Ese acto me enseñó que en el cuartel sobrevive quien se adapta, improvisa y aprende a moverse en los márgenes del reglamento sin ser descubierto. Así, el soldado deviene en "mago" no por astucia lúdica, sino porque se le obliga a desarrollar estrategias de subsistencia dentro de un sistema que lo responsabiliza de todo, incluso de aquello que escapa a su control. Resolver como sea, sin cuestionar las órdenes, se vuelve la consigna tácita para evitar la sanción, reafirmando una masculinidad

marcada por la autosuficiencia forzada y la resolución inmediata ante cualquier carencia material.

"El soldado es mago" se decía porque, a diferencia del civil, cuando al soldado se le presentaba un problema, debía solucionarlo. Si se perdía su borceguíes[7] o su gamela, no había excusas: debía conseguirlos como fuera. De ahí viene la frase, porque en la vida militar las cosas "aparecían" de alguna manera y uno debía resolver sus propios asuntos rápidamente para evitar sanciones. Quedarse sin algo no era una opción; la presión obligaba al soldado a ser astuto y moverse rápido, porque el que se quedaba atrás era el que pagaba los platos rotos.

Recuerdo que mi primera experiencia con esto fue cuando perdí mi jungla, un sombrero que era obligatorio para salir a la formación. El único que no la tenía era yo y, en la desesperación terminé por tomar una que estaba sobre la cama del compañero de al lado, sin saber siquiera de quién era. Entonces, él quedó en mi lugar y tuvo que hacer lo mismo. Ahí entendí que, en ese ambiente, el más vivo se salva, mientras que el que duda pierde. Después vinieron otros casos parecidos: con las gamelas[8] con el oso capotín[9] siempre buscando la forma de evitar la sanción. Así era la dinámica: había que resolver el problema como fuera para no recibir un castigo.

"En la vida militar, la frase 'el soldado es mago' constituye una exigencia institucional encubierta: resolver lo imposible sin excusas". Esta afirmación evidencia una lógica de funcionamiento donde la autogestión forzada se convierte en virtud obligatoria. "Si pierde su borceguíes o su gamela, no hay excusas: debe conseguirlos como sea". Esta consigna, repetida por superiores y asumida por los subordinados, opera como un dispositivo simbólico de responsabilización absoluta, en el que el error, incluso accidental, es reinterpretado como falta de virilidad. Vásquez (2017) subraya que esta presión por "resolver como sea" impone un tipo de agencia limitada, donde la creatividad no se celebra, sino que se instrumentaliza como medio de supervivencia dentro del sistema jerárquico. En este sentido, "el soldado deviene en 'mago' no por astucia lúdica, sino porque se le obliga a desarrollar estrategias de subsistencia" bajo la amenaza constante del castigo. Tomar la jungla del compañero sin saber a quién pertenecía no fue un acto de malicia, sino de necesidad: "No hubo culpa, solo urgencia". Esta pedagogía del recurso extremo produce

[7] Son un tipo de calzado que cubre el pie y sube más arriba del tobillo.
[8] Son Recipientes donde el personal de tropa consume sus alimentos.
[9] Hace referencia a una prenda impermeable con capucha diseñada para protegerse de la lluvia intensa.

sujetos que improvisan sin margen para el error, cuerpos entrenados para operar en la escasez sin cuestionar su origen. La figura del "soldado mago" es, en realidad, un operador de la precariedad, alguien que naturaliza la injusticia institucional al transformarla en un reto individual. Su eficacia radica en su disciplina y en su capacidad para resolver carencias sin romper el silencio que legitima al sistema.

3.1.1.7. Ceremonia de izamiento de bandera

Cada lunes al amanecer, formábamos en silencio, en posición de firmes, con los rostros endurecidos por el frío y los cuerpos alineados como si fuéramos piezas de una misma estructura. El momento era anunciado por el sonido agudo de la corneta, que actuaba como señal para iniciar un acto donde se izaba el símbolo patrio y se reafirmaba la adhesión incondicional a un orden jerárquico que regulaba cada aspecto de nuestra existencia. El pabellón nacional ascendía lentamente por el mástil, y con él se elevaban también las expectativas institucionales de obediencia, disciplina y subordinación. Observar ese acto repetido semanalmente me permitió comprender que el izamiento era una práctica protocolar y una puesta en escena del poder.

Allí, el cuerpo no podía parpadear, no podía desviarse ni distraerse; cualquier gesto fuera de lugar era interpretado como falta de respeto a la bandera y a toda la estructura castrense que esta representa. La emoción patriótica era inducida, moldeada y en muchos casos forzada. Se esperaba de nosotros no solo una presencia física impecable, sino una disposición afectiva que debía parecer espontánea, aunque fuera producto del mandato.

Este procedimiento consistía en que, a la hora de alzar la bandera, todos nosotros estábamos obligados a mirar al frente, con la cabeza inclinada en un ángulo que apuntaba hacia el sol y mantenida en esa posición. Debíamos mantenernos así, estáticos, como robots, sin movernos, durante todo el tiempo que durara el alzamiento. Ese momento no era corto, pues duraba lo que toda una canción. Una vez que esto terminaba, ya podíamos bajar la cabeza y continuábamos con la indicación de las actividades que íbamos a realizar durante el día.

El izamiento de bandera en el contexto militar constituye un acto protocolar y opera como una escena en la que se representa la "adhesión incondicional a un orden jerárquico que regula cada aspecto de nuestra existencia". En este sentido, Bourdieu (1991) permite comprender que esta práctica no es neutra, sino que actualiza un habitus disciplinario,

mediante el cual el cuerpo del soldado es entrenado para reaccionar automáticamente a señales simbólicas (la corneta, la bandera, la posición corporal).

La exigencia de mantenerse "estáticos, como robots", con la "cabeza inclinada en un ángulo que apuntaba hacia el sol", alude a una gramática del cuerpo que, en palabras de Foucault (1975), convierte a los sujetos en cuerpos dóciles, disponibles para el control. Utilizando la lógica de Turner (1988), el izamiento puede ser interpretado como un rito nacional donde el cuerpo se sacrifica simbólicamente para reafirmar la pertenencia a un colectivo. El izamiento de la bandera en el cuartel no solo refuerza el nacionalismo y el respeto a los símbolos patrios, sino que funciona como un mecanismo de sometimiento, mediante el cual el cuerpo militar debe obedecer y encarnar un ideal de masculinidad inquebrantable y silenciosa, reforzando una lógica institucional que convierte este acto simbólico en un dispositivo de disciplina y reproducción del orden militar.

3.1.1.8. El primer disparo

El primer disparo fue la ejecución de una orden **y** la materialización de una transformación que ya venía gestándose en el cuerpo y en la mente desde los primeros días de instrucción. Recuerdo que estábamos alineados en el campo de tiro, cada uno con el fusil cargado, esperando la orden del monitor. El silencio era denso, tenso, como si todos supiéramos que en ese instante seríamos unos "dioses". Cuando jalé el gatillo por primera vez, sentí el retroceso brusco del arma, el olor penetrante de la pólvora y el zumbido agudo que dejó el disparo en el oído. Pero, más que eso, sentí que algo en mí se reconfiguraba. Disparar fue un gesto cargado de sentido, una frontera que separaba al civil del soldado. A partir de ese momento, el arma dejó de ser un objeto distante para convertirse en una prolongación del cuerpo, una herramienta naturalizada cuyo uso, aunque vigilado, comenzaba a interiorizarse como parte del entrenamiento. Los instructores lo sabían y lo reforzaban: "Ahora ya no son reclutas, ahora están listos para lo que venga". Ese "lo que venga" no se explicaba, pero todos lo entendíamos.

Imagen 5: Primer disparo de los reclutas.



Nota: La fotografía muestra a los reclutas en su primer disparo con una distancia de 80 metros, archivo fotográfico del autor, 2021.

Al tomar el armamento, sentíamos una especie de poder absoluto, como si el hecho de saber manejarlo nos convirtiera en "dioses inmortales". Al disparar, esa sensación de control nos hacía sentir poderosos, como si ya supiéramos matar y estuviéramos listos para enfrentar cualquier amenaza. Esa experiencia podía ser adictiva, ya que el arma se convertía en parte de nosotros mismos, como una extensión de nuestra capacidad de protegernos o de atacar. Por eso nos decían que el armamento debía cuidarse como una pareja, porque era tan importante como nuestra propia vida.

Antes del primer disparo habíamos entrenado con una técnica sencilla pero efectiva: la famosa monedita. Había diferentes posiciones para disparar, pero a mí me gustaba más la posición tendida. Practicaba en esa postura porque era la más estable para usar la monedita. La lógica era simple: si hacía el disparo correctamente, la monedita que colocaba sobre el cañón no se caía; si no, se caía de inmediato. Esa técnica me ayudó bastante a controlar la respiración y el pulso. Me enfocaba en el alza y la guía, que son las dos referencias clave al momento de apuntar. Siempre me repetía: "Alza, guía… alza, guía".

Cuando llegó el momento real de disparar con munición, estábamos todos listos. Era el momento de la verdad. Nos entregaron cinco balas. El blanco estaba a varios metros de distancia: un tablero con la silueta de un hombre y, en el centro del pecho, un pequeño

cuadrado negro que representaba el corazón. La consigna era clara: había que acertar al menos una bala en el cuadrado. Lo ideal era acertar tres disparos, pero si no acertabas ni uno, el castigo era fuerte: te hacían echarte al lodo y revolcarte todo el día. No había excusas. Justamente ese día me dieron mis cinco balas. Disparé las cinco, apuntando al centro, y acerté todas. Sentí una alegría inmensa, como si de verdad hubiese hecho un buen trabajo. Me sentí halagado cuando el capitán se acercó, me felicitó y me dijo que me tomarían una foto junto a uno de los tiradores selectos. No eran muchos los que lograban eso.

Cuando disparé, sentí una sensación casi divina, como si tuviera el poder absoluto. Era una sensación de dominio, como si pudiera controlar todo lo que ocurría a mi alrededor y enfrentar cualquier amenaza.

Mientras disparaba, no podía evitar observar mi armamento, su peso y la tensión del momento; también miraba de reojo a los monitores y a los instructores. Era parte del proceso: no solo aprender a disparar, sino también a controlar las emociones. El sonido del disparo, la vibración del arma y la pólvora que me llegaba al rostro eran experiencias que se quedaban conmigo. Además, al disparar debíamos mantener la boca entreabierta para no dañar los tímpanos. No exagero, pero daban ganas de seguir disparando, incluso en ráfaga.

Durante toda la fase de separación los reclutas deben levantarse antes del amanecer, formar, correr, cumplir órdenes. Estas prácticas modifican los hábitos que los jóvenes tenían antes de ingresar al cuartel. También se modifica la manera de caminar, hablar, permanecer de pie y responder ante los superiores. Es decir, este proceso consistía en *"eliminar ese lado civil"* y desarrollar una forma de comportamiento vinculada con la vida militar. De este modo, la instrucción contribuye al desprendimiento de las prácticas y hábitos que pertenecían a la condición anterior. En términos de Turner (2002), este proceso corresponde a la separación porque supone el desprendimiento de la condición social anterior antes de ingresar al periodo liminar.

3.1.2. Fase liminar: entre el uno y el otro

Después de las prácticas iniciales que marcaron la separación, comienza un periodo en el que los reclutas son sometidos a atravesar la prueba de valor, es decir entrar y salir de la *"poza de la fortuna"* y volver de la *"marcha de campaña"*. Turner (2002) plantea que lo liminar posee una condición de ambigüedad y paradoja. Lo liminar puede ser entendido

como el "*NO frente a todos los asertos estructurales positivos"*, pero también como *"el reino de la posibilidad pura, de la que surge toda posible configuración, idea y relación"* (p. 8). En el caso de los reclutas, esta condición aparece porque todavía no ocupan una posición militar plenamente definida. Han dejado atrás determinados rasgos de su vida civil, pero todavía deben demostrar que pueden asumir las exigencias que corresponden al soldado. El recluta se encuentra, entonces, en una situación de espera y prueba: ya no es tratado como alguien completamente externo al Ejército, pero tampoco posee todavía el reconocimiento de parte de los superiores ya sea soldados, cabos, sargentos, suboficiales y oficiales.

3.1.2.1. La marcha de campaña

Los reclutas ya no se encuentran en la condición civil que tenía antes de ingresar, pero tampoco posee todavía el reconocimiento pleno del soldado cachaco. Su posición se define por aquello que debe demostrar en la prueba de valor. Mediante la "*poza de fortuna"* y marcha de campaña el Ejército somete al recluta a la última prueba de valor antes de reconocerlo dentro de la nueva posición. Turner (2002) menciona que, en la fase liminar, es el momento en que los reclutas se someten a una prueba de los saberes alcanzados en la etapa de la separación.

Una noche antes de la marcha de campaña, tenías que pasar la prueba de valor era pasar *"poza"* o también llamado el *"pozo de la fortuna"*. Era una especie de laberinto en forma rectangular. Cuando me tocó pasar, un sargento me hizo entrar. Para ingresar tuve que saltar desde una altura de unos dos metros. Cuando empecé a caminar, todo era un charco de agua. Al comienzo me preguntaba qué cosa nos iban hacer ahí.

Cuando entre el sargento me dijo que me manchara con la sangre. Entonces agarré la sangre y me la pasé por la cara y por el cuerpo. Después me dijo: *"Bienvenido"*. Era como decirme que ya estaba entrando a otra etapa, que ya estaba empezando a ser soldado.

Luego me ordenó que arrancara una parte de la carne del animal que estaba ahí. Tenía que morderla y sostenerla en la boca. Eso también lo hicieron mis promociones. Mi camacho estaba conmigo. Casi siempre estábamos juntos y él me decía: *"Ya, hay que hacerlo"*. Daba asco, claro, pero teníamos que hacerlo. Era parte de la prueba y sabíamos que todos debíamos pasar por lo mismo. Después llegaron todos mis promociones y la poza

comenzó a llenarse. Había soldados de diferentes compañías y éramos tantos que, por momentos, casi no podíamos movernos.

Cuando ya estábamos todos dentro de la *"poza de la fortuna",* comenzaron a lanzar bombas lacrimógenas. El gas empezó a llenar el lugar y algunos de mis promociones se ahogaban. Otros gritaban, otros lloraban y algunos parecían desesperarse porque no sabían qué hacer. Como cuatro de mis promociones dijeron *"ya no, mi suboficial, ya no quiero; quiero largarme".* Entonces, el instructor a cargo preguntó quién más quería irse. Vi que salieron como cuatro; desertaron porque no lograron pasar la última prueba de valor. Ver a muchos soldados desesperada también te hacía sentir miedo. En esos momentos uno tampoco sabía bien qué hacer. Pero antes de la prueba ya habíamos hablado entre nosotros. Nos dijimos que teníamos que ayudarnos, porque si uno podía ayudar al otro, tenía que hacerlo. Mi camacho me había dicho: *"Yo te alzo para que salgas y después tú me jalas".* La pared era alta y salir solo era complicado. Entonces él me levantó y pude salir. Después yo lo jalé a él. Así, zampando, uno detrás del otro, fuimos saliendo.

Mientras estábamos ahí, los instructores nos gritaban que no nos rindiéramos, que teníamos que ser valientes y mantener la moral en alto. Nos decían: *"No se rindan, perros".* Era una forma de presionarnos para que siguiéramos adelante, aunque ya estábamos cansados y con el gas encima.

La prueba de valor, de pasar el *"pozo de la fortuna"* y la marcha de campaña es una de las experiencias donde la condición liminar aparece con mayor claridad. Ya que, cuando los soldados fueron introducidos en un espacio reducido y posteriormente se lanzaron bombas lacrimógenas. El gas llenó el lugar, algunos compañeros se desesperaron y varios expresaron su deseo de abandonar la prueba. Finalmente, algunos salieron y desertaron porque no lograron pasar la última prueba de valor. Esta experiencia muestra que el recluta se encuentra frente a una situación en la que debe demostrar todo lo aprendido en fase de separación. La prueba establece una frontera entre quienes logran soportarla y quienes abandonan.

Cuando finalmente terminamos, nos reunieron y nos formaron como grupo. Estaban los monitores, los capitanes, los tenientes y los alféreces. Al ver que casi todos habíamos terminado la prueba, comenzaron a hacernos gritar. Nos preguntaban quiénes éramos y nosotros respondíamos gritando: "¡Viva el Perú, carajo!". Era una manera de cerrar la prueba y demostrar que habíamos podido pasarla.

Yo entendía que la idea de la prueba era perder el miedo. Querían que nos acostumbráramos a ver carne cortada, animales destrozados y sangre. Se trataba de prepararnos para que, como soldados, no nos impresionáramos frente a ese tipo de escenas. Era una de las fases dentro de todas las pruebas que teníamos que pasar. En ese momento uno tenía que tratar de no mostrar miedo. Eso era lo que nos repetían. La prueba de valor buscaba precisamente eso: que uno aprendiera a controlar el miedo y pudiera seguir adelante, aunque lo que estuviera viendo o viviendo fuera desagradable. Al terminar, nos felicitaban por haber pasado la prueba. No era solamente haber soportado la sangre, los animales muertos o el gas. También estaba el hecho de no haberse rendido y de haber ayudado al compañero. Yo salí de la poza sabiendo que había pasado una de las pruebas que nos ponían para demostrar que podíamos continuar como soldados.

En una de esas expresiones se señalaba:

> El dolor corporal y el estrés mental son filtros que permiten descubrir quiénes están listos y quiénes todavía no. Las pruebas de exigencia deben ser rigurosas para formar a un comando que pueda responder física, psicológica y disciplinariamente. El fragor del combate no acepta hombres débiles; en el combate, el límite lo pone el enemigo o lo pones tú. Por eso la dureza del entrenamiento. El comando no debe ser de papel, porque el papel se rompe al mínimo contacto. El comando se forja como el acero, capaz de resistir diferentes pruebas. Cada vez que ese acero intenta ser quebrantado, la capacidad mental permite recuperar la fuerza y continuar. Honor y gloria a los comandos de ayer, hoy y siempre. Sobre ellos recae una gran responsabilidad. (Notas del trabajo de campo, 2021, palabras del sargento loko).

El carácter liminar de las pruebas de que, no todos los reclutas se encuentran en la misma condición frente al nuevo estatus, pues las pruebas establecen quién puede continuar y quién va desertar como *"marica de mierda".* La sangre, los animales muertos, el gas lacrimógeno, los gritos y las órdenes formaban parte de una misma escena. En ese momento, pasar la prueba significaba demostrar que uno podía aguantar y continuar. También significaba no dejar atrás al compañero. Por eso recuerdo que, en medio de la desesperación de la poza, la ayuda de mi camacho fue tan importante como la propia fuerza que tuve que sacar para salir.

Los reclutas comparten cansancio, miedo y presión, aparecen formas de cooperación que permiten superar la prueba. Turner (2002) relaciona la condición liminar con la posibilidad de establecer vínculos particulares entre quienes atraviesan conjuntamente el proceso ritual. La experiencia de la sangre, los animales muertos y el gas lacrimógeno forma parte de esta transformación. "*Pasar la prueba significaba demostrar que uno podía aguantar y continuar"*. En este sentido, la prueba funciona como un filtro entre la posición

que el recluta ocupa durante la formación y la posición militar que posteriormente podrá alcanzar.

La noche anterior a la salida, mientras organizaba mi mochila en la cuadra, ya se percibía en el ambiente una tensión compartida, una mezcla de ansiedad y resignación. Nos habían instruido que ningún objeto podía faltar: el fusil, las municiones, la gamela, la frazada, la mochila llena de útiles de aseo y hasta la escobilla de limpieza. Todo debía estar en orden, bajo la amenaza de castigo inmediato si algo era olvidado o mal empacado. Al amanecer, fuimos levantados con gritos: "¡A formar, carajo! ¡Se van a romper las piernas, pero nadie queda atrás!".

Nos levantaron de madrugada; no recuerdo bien la hora, pero hacía un frío terrible y corría un viento que helaba hasta los huesos. De pronto, un técnico y los oficiales comenzaron a gritar para que todos nos levantáramos de inmediato. Asustados y desesperados, teníamos apenas unos segundos para equiparnos y alistarnos. La noche anterior ya debíamos haber dejado todo preparado: la caserina cargada, el armamento asegurado, porque si algo se perdía, como había ocurrido en otras compañías, las consecuencias eran graves. Algunos incluso dormían abrazados a su fusil para no extraviarlo.

Sin tiempo para revisar nada, salimos equipados: mochilas pesadas, caserinas abastecidas y el armamento encima, listos para formar en el patio y recibir instrucciones del mayor sobre la ruta. Apenas amanecía cuando subimos a los volquetes rumbo al Fuerte Los Pockras, temblando de frío, apretados unos contra otros para no congelarnos. Cruzamos parte del aeropuerto y, aunque había atajos, el mayor decidió que rodeáramos todo San Juan, subiendo por una avenida que parecía no tener fin. Fue una caminata larga y brutal; muchos compañeros se quedaron en el camino y otros necesitaron atención médica. Yo mismo no sé de dónde saqué fuerzas, pero todos repetíamos que este era el final de la perrada, el momento decisivo.

No importaba la fatiga: uno debía marchar, mantenerse firme, responder a las arengas del sargento sin mostrar signos de debilidad. La marcha se volvía así una coreografía del sacrificio, donde el cuerpo era sometido hasta su límite para producir, a partir del dolor, un sentido de pertenencia. En cada paso, en cada tropiezo, se iba dejando atrás la identidad civil; lo que emergía era un sujeto disciplinado que aprendía a avanzar incluso cuando todo dolía. Las canciones forzadas, los cánticos virilistas y los ejercicios de

vigilancia nocturna sin sueño eran prácticas para reinscribir en la carne el mandato de resistir. En ese trayecto no solo importaba llegar, sino también cómo se llegaba: el que se quejaba era señalado; el que callaba era reconocido.

Imagen 6: Equipamiento para llevar en la marcha militar.



Nota: La fotografía evidencia todo el equipamiento de los soldados para la realización de la marcha de campaña o de patrulla, archivo fotográfico del autor, 2021.

Imagen 7: Mochila equipada con el armamento y municiones.



Nota: La fotografía muestra una mochila y un armamento de guerra listo para salir de la base militar, archivo fotográfico del autor, 2021.

Llevábamos incluso peines, cosas que parecían innecesarias, pero eran parte del reglamento. También cargábamos nuestras carpas, que luego íbamos a armar. Partimos del cuartel hacia el punto de llegada. Este se encontraba en una zona retirada, en la parte baja del recinto militar. Cuando nos colocamos las mochilas, sentimos su peso excesivo, ya que estaban bien cargadas. Caminamos un tramo largo y, mientras marchábamos, pensábamos: "Así será la campaña, como también los patrullajes donde daremos el saludo a la bandera".

Íbamos en grupo, con mis promos. Al llegar, nos asentamos en el lugar y armamos nuestra carpa. Yo dormía con mi promo. En cada carpa dormían dos soldados. Así que, con mi compañero, terminamos de instalarla y nos acomodamos. Ya en la noche llegaron los instructores. Ahí comenzó lo más fuerte: cantos, ejercicios e instrucciones. También nos entrenaban para hacer guardia, lo que se llama PB (puesto de vigilancia), y para cantar las consignas de los puestos, como en un simulacro. Además, nos enseñaban juegos de estrategia militar. Teníamos que ser muy hábiles y pensar rápido. La marcha de campaña duró una semana; fue un verdadero sufrimiento. No dormíamos casi nada. Siempre estábamos alerta. Incluso cuando llovía, seguíamos con la instrucción. Día y noche todo era entrenamiento. Dormíamos apenas media hora, aunque, con suerte, podíamos descansar dos

o tres horas. El resto del tiempo estábamos despiertos, en actividad constante. Cuando terminó la marcha campaña, la sensación fue como si saliéramos de una prisión. Era como sentir de nuevo la libertad.

Turner (2002) menciona que la condición liminar coloca a los jóvenes entre dos posiciones, pero ese tránsito se encuentra organizado por una institución que controla las pruebas y establece las condiciones para continuar. El recluta experimenta una posición inferior para posteriormente poder ocupar una posición diferente dentro de la estructura militar. Es liminar porque el joven ya no es civil, pero todavía no es plenamente soldado; permanece en un estado intermedio en el que su identidad es suspendida y su cuerpo y comportamiento son transformados para alcanzar la nueva condición de militar.

La fase liminar culmina cuando el joven ha atravesado el periodo de prueba de valor de la *"poza de la fortuna"* y la marcha de campaña, experiencias que lo mantienen entre su antigua condición civil y la nueva condición de militar. A partir de este proceso, se encuentra en condiciones de ingresar a la fase de agregación.

3.1.3. Fase de agregación: el nacimiento del soldado

La fase de agregación es el momento en que los reclutas, después de atravesar las experiencias de separación y liminaridad, son reincorporados al orden militar bajo una nueva condición. Para Turner (2002), el rito de paso no supone únicamente abandonar una posición anterior, sino producir una transformación que culmina con el retorno del sujeto a una posición reconocible dentro de la estructura social. En este sentido, la agregación es el momento de resolución del proceso ritual, pues mediante ella se restablece un nuevo orden de relaciones. Turner señala que, a través del *"rito de agregación o el proceso generador de la topología social"*, *"se vuelve a instaurar un modo indicativo de las relaciones sociales"* (2002, p. 8). En el caso de los jóvenes del servicio militar, esta fase puede identificarse cuando dejan de ser considerados únicamente reclutas sometidos a la *"perrada"* y empiezan a ser reconocidos institucionalmente como soldados. Por ello, la agregación es el proceso mediante el cual el sujeto adquiere nuevamente una identidad social, aunque esta vez transformada por la experiencia ritualizada.

3.1.3.1. Entrega de armas

La ceremonia de entrega de armas fue, para muchos de nosotros, la cúspide simbólica de todo el proceso formativo en el servicio militar. A pesar de que no marcaba formalmente el final del ciclo, en la práctica representaba una consagración: el momento en que ya no éramos simples reclutas, sino soldados investidos con la potestad institucional de portar un arma. Recibir el fusil en medio de una ceremonia pública, frente a nuestras familias y superiores, nos enfrentaba a una nueva responsabilidad que era colectiva, y profundamente personal. En mi caso, fue mi técnico quien me entregó el arma, y ese gesto tuvo un peso emocional y simbólico difícil de explicar: en sus manos, la institución militar parecía cederme su confianza, pero también su mandato.

La entrega de armas a los soldados, por parte de los oficiales de las Fuerzas Armadas y la entrega del parche con el apellido refuerza su carácter agregativo. Ya que funciona como el reconocimiento institucional de la nueva posición adquirida. Durante la fase separación y liminal, los reclutas eran privados de distintivos y eran nombrados *"perros", "bolos", "cacas"*. Esta situación cambia cuando, después de superar la fase de liminar, el apellido es colocado sobre el uniforme. En términos de Turner (2002), es un símbolo de agregación, porque hace visible el retorno del sujeto a la estructura después de haber atravesado el período de transformación ritual.

Se trataba de recibir un objeto de combate y aceptar el compromiso de cuidar, portar y respetar un instrumento que, dentro del universo castrense, está estrechamente vinculado a la noción de poder, masculinidad y deber. Sentí, en ese instante, que toda la dureza de la etapa básica cobraba sentido: los castigos, las marchas, los disparos, los gritos. Todo desembocaba en ese momento de reconocimiento. La entrega de armas funcionó como un rito de paso final: al sostener el fusil con número de serie asignado, se sellaba una transformación subjetiva. Ya no éramos los mismos que ingresaron al cuartel con dudas o temores; ahora éramos cuerpos disciplinados, aptos para sostener, literal y simbólicamente, el peso de la institución.

Imagen 8: Entrega de armas.



Nota: La fotografía muestra a los jóvenes reclutas en su entrega de armas por parte de la institución militar, archivo fotográfico del autor, 2021.

Aquella ceremonia se sentía como la culminación de todo el servicio militar. Aunque no era el final, parecía marcar el cierre de una etapa fundamental. Lo más significativo era que, en esa ceremonia, debía estar presente la persona más importante de tu vida, la que más estimabas. En mi caso, fue mi técnico quien me entregó el armamento; él estaba ahí, feliz y orgulloso de mí por haber llegado hasta ese punto.

La entrega de armas fue como si ya nos hubiéramos graduado de la etapa más dura de la instrucción militar. Fue un momento simbólico, porque representaba haber superado la etapa más dura. La fase básica había sido un entrenamiento intenso que realmente nos formaba como soldados. Llegar a ese momento se sentía como obtener un título, una especie de logro personal. En ese momento pensé: “Ahora sí, soy soldado. Ahora sí tengo la potestad de portar un arma y usarla con responsabilidad”. La verdad me sentí orgulloso. Más aún porque ese día mis superiores estuvieron presentes. Ellos también se sintieron felices, aunque no lo dijeran abiertamente.

La ceremonia de entrega de armas constituye un rito de paso institucional que condensa en un solo acto el proceso de subjetivación militar vivido durante la etapa básica. Tal como se expresa en mi experiencia, "recibir el fusil en medio de una ceremonia pública,

frente a nuestras familias y superiores", implica el traspaso de un objeto material y la investidura simbólica de un nuevo estatus: el del soldado legítimamente armado y reconocido por la institución.

Esta escena, donde "ya no éramos simples reclutas, sino soldados investidos con la potestad institucional de portar un arma", evidencia lo que Turner (1988) denomina el momento de reintegración en los ritos de paso, donde el individuo, tras atravesar una fase liminal, es reincorporado a la estructura social con una nueva identidad. El hecho de que el técnico fuera quien me entregó el arma refuerza esa transición, fusionando la autoridad militar con el reconocimiento institucional en un gesto de consagración, en el que el soldado es aceptado por la institución y por el orden simbólico militar.

En ese sentido, el arma es una herramienta de combate **y** un símbolo de reconocimiento y deber que transforma a quien la porta en "cuerpo legítimo del poder castrense". Como indiqué, "sentí, en ese instante, que toda la dureza de la etapa básica cobraba sentido", lo que permite observar cómo este momento sintetiza todo el régimen disciplinario anterior. Esta ceremonia entonces, marca una transición simbólica y una subjetivación completa: el soldado actúa como tal y se reconoce a sí mismo como parte integral del sistema militar, sellando un pacto identitario mediado por el arma y validado por la mirada del otro.

3.1.3.2. Entrega de parche – nombre

La entrega del parche con el nombre marcó, sin duda, una de las ceremonias más relevantes en el proceso de formación castrense. Hasta ese momento, durante toda la etapa de la "perrada", fuimos cuerpos anónimos, despojados incluso del derecho a portar un nombre en el uniforme. Éramos apenas "perros", sin identidad reconocida, sin grado, sin historia. Recuerdo que, durante las formaciones, los instructores gritaban: "¿Quién te crees para tener parche? ¡Tú no eres nadie todavía!". Aquella despersonalización era parte de una pedagogía sistemática que buscaba erosionar la individualidad para reconstruirla bajo los términos del orden militar. Solo al superar la parada final y, con ella, la fase más dura de la instrucción básica, se nos entregaba el parche con nuestro apellido. Fue una ceremonia sencilla, casi íntima, dentro de la cuadra[10], pero cargada de sentido. El monitor colocó uno

[10] En la jerga militar, una cuadra es el gran dormitorio o sala común donde duerme, descansa y guarda sus pertenencias la tropa en un cuartel.

a uno los parches sobre nuestros uniformes mientras decían nuestros nombres con voz firme, como si al pronunciarlos nos devolviera la identidad que nos había sido arrebatada. A partir de ahí, dejamos de ser reclutas para convertirnos en soldados con nombre propio, con un lugar dentro de la estructura jerárquica. Ese pequeño trozo de tela era una insignia visual de reconocimiento por haber resistido, superar la prueba y haber sido forjados por el rigor de la disciplina. Llevar el apellido sobre el pecho implicaba portar una historia de esfuerzo, dolor y persistencia. Era también una marca que ya no nos quitarían, un símbolo de pertenencia que transformaba nuestro vínculo con el uniforme y con el grupo y la institución.

Toda la "perrada" estaba compuesta por reclutas sin grados ni distintivos. Con eso teníamos que ganarnos el derecho de demostrar de qué estábamos hechos. Era un acto simbólico que representaba la culminación de la "perrada" y el paso definitivo para convertirnos en soldados. Hasta entonces, aún no éramos considerados soldados; simplemente éramos civiles vestidos con uniforme militar. Solo al terminar la perrada nos ganábamos el derecho a ser llamados "soldados", con todo lo que esa palabra significaba.

Después de realizar el ritual de la "perrada", el monitor llevó a cabo una ceremonia íntima dentro de nuestra cuadra. Recuerdo que estaba feliz y orgulloso de haber superado la etapa más difícil de la vida militar. Ese momento llegó con la colocación de nuestros parches: por fin recibíamos el parche con nuestro apellido y el reconocimiento como soldados. Durante la parada ni siquiera teníamos derecho a portar nuestro apellido. Éramos simplemente "perros", nada más. Éramos considerados basura, la escoria de la sociedad, pero todo eso tenía un propósito: medir nuestra voluntad y ver hasta dónde éramos capaces de resistir con tal de ganarnos ese parche.

En términos de Turner (2002) el sujeto regresa a la estructura, pero lo hace desde una posición diferente. El joven que ingresó al servicio era un civil que todavía no poseía reconocimiento dentro de la estructura militar; después de atravesar la fase liminar la prueba de la "poza de la fortuna" y la marcha de campaña, recibe un nombre institucionalizado mediante el parche, adquiere la potestad de portar un arma y establece una pertenencia colectiva con su promoción.

Imagen 9: Entrega del parche y el grado militar.



Nota: La fotografía muestra un conjunto de símbolos, que adquieren significados para los reclutas y para la institución militar, archivo fotográfico del autor, 2022.

Entre nosotros solo nos llamábamos por el apellido, Ramos, pero los superiores ni siquiera conocían nuestra existencia. Éramos invisibles. Sin embargo, al terminar la etapa básica, pasamos a portar nuestros apellidos con orgullo. Ya no éramos solo "Ramos"; éramos soldados. Nuestro orgullo creció porque habíamos superado la etapa más difícil de la instrucción militar. Culminamos la etapa básica con nuestro grado y una nueva identidad.

Ya por lo menos teníamos nuestro nombre. Antes, durante la etapa básica, el uniforme no tenía ningún parche ni identificación. Era como si no fuéramos nadie dentro del cuartel. Al principio, los instructores nos gritaban: "¿Cómo vas a tener mi parche y mi grado? ¡Tú no eres nada todavía!". Incluso, entre bromas y humillaciones, nos decían: "Ni siquiera han pasado la etapa básica. No son ni mierdas, son cacas de cacas. Perros de perros".

Nos advertían que recién cuando termináramos la etapa básica podríamos tener, al menos, un parche. No era cualquier parche, sino uno que nos identificara como soldados. Solo eso, pero para nosotros era un gran paso. Cuando por fin recibimos el parche, fue todo un acontecimiento. Decíamos con orgullo: "Tenemos nuestro parche de soldados". Aunque seguíamos siendo nuevos, ya teníamos una pequeña insignia que nos distinguía y eso ya significaba algo. Pero ahí no terminaba todo. Nos decían: "Si quieres ascender de rango,

tienes que estar bien cueteado". Es decir, rendir bien, cumplir las tareas con disciplina y energía. Si te relajabas, no te subían. "Tienes que estar cueteado, cholo, para todo", repetían. Desempeñarse correctamente era la única forma de avanzar. Así funcionaba la vida militar. Todo tenía su tiempo, su esfuerzo y su lógica dentro de la vida militar.

La entrega del parche con el nombre representa un momento de alto valor simbólico en el proceso de formación militar, pues "hasta ese momento, durante toda la etapa de la 'perrada', fuimos cuerpos anónimos, despojados incluso del derecho a portar un nombre en el uniforme", situación que expone una estrategia de anonimización y una pedagogía de desposesión institucionalmente inducida. Esta práctica se inscribe en lo que González (2014) entiende como una pedagogía del castigo, donde la identidad es suspendida hasta que el sujeto demuestre una obediencia irrestricta al régimen disciplinario. El acto de recibir el parche "era una insignia visual: el reconocimiento de haber resistido y de haber pasado la prueba", convirtiéndose así en un acto de reinscripción simbólica del sujeto en el orden militar.

De acuerdo con Duschatzky (2004), tales rituales configuran procesos de subjetivación donde el sujeto emerge desde el sometimiento, pero también desde la performance del mérito: el parche no se otorga, se gana, y con él, el soldado se apropia de una narrativa de esfuerzo, sufrimiento y transformación. Así, el grito institucional "¿Quién te crees para tener parche? ¡Tú no eres nadie todavía!" deja de ser una humillación aislada para revelarse como parte estructural de un dispositivo de producción de identidad castrense. De este modo, la recepción del nombre propio en voz del monitor, "con voz firme, como si al pronunciarlos nos devolviera algo que nos había sido arrebatado", simboliza la reapropiación de una subjetividad reformulada según los parámetros del orden militar. La entrega del parche legitima la pertenencia al grupo armado, e instala una lógica de reconocimiento diferido que refuerza una identidad forjada en la prueba, institucionalizando el derecho a "existir" solo después de resistir.

3.1.3.3. La promoción en un puño

La promoción se vivía como una hermandad forjada en el sufrimiento compartido, en los ejercicios extremos, en los castigos colectivos **y** en las noches interminables de guardia o silencio obligado. Desde el inicio, los monitores nos repetían que el vínculo dentro de la promoción no se construía con discursos, sino en el lodo, bajo la lluvia, soportando juntos

la masacre del entrenamiento diario. Cada golpe, cada humillación y cada castigo por la falta de otro se convertían en un motivo para cohesionarnos aún más.

El concepto de “promo” se volvió tan fuerte que dejó de ser un apodo para convertirse en una marca de identidad: éramos hermanos de armas, no de sangre, unidos por la experiencia de haber resistido juntos el mismo infierno. Aunque nuestras historias personales fueran distintas, esa vivencia compartida nos igualaba y nos comprometía a no dejar a nadie atrás.

En la vida militar los promos se quieren como si fueran hermanos de sangre, porque todos han sufrido por igual **y** solo el militar y el exmilitar entienden el verdadero significado de "promo" y del "camacho[11]". Recuerden: no somos hermanos de sangre, pero siempre seremos hermanos de armas. La Promoción Julio 2021 lo expresaba así: Aquí es cuando tu cuerpo muere y la moral lo resucita. Aquella noche llena de dolor, en esa pista donde los comandos lo dan todo por conseguir esa boina negra en la cabeza nueve meses de terror, nueve meses de locura. El Curso Regular de Comandos está hecho para hombres decididos, hombres con moral, moral elevada, moral por los cielos. Por eso cantamos canciones de guerra, canciones de muerte, como esta que dice: "Dicen que los comandos nunca morirán, solo se van al infierno a formar un batallón con su comandante, el diablo, y en la guardia, su instructor". ¡Honor y gloria a todos los comandos! "Comando, pedazo del regular, era un anhelo aquel juramento".

“¡Cuadra, atención!” Así amanecen los días en el cuartel, con una voz de mando que resuena en la penumbra de la madrugada, acompañada del frío que cala hasta los huesos. La cuadra se convierte en nuestro hogar, el único refugio en medio de la exigencia y la promoción en nuestra familia, hermanos de lucha unidos por el sacrificio y el esfuerzo compartido.

En el servicio, cuando uno cometía una falta, la sanción llegaba para todos. Aquí se aplica la frase: "cuando llueve, nos mojamos todos". No importa quién haya fallado; todos asumíamos la consecuencia como grupo. Además, esta lógica también se relacionaba con la idea de que la promoción es como un puño cerrado. Nadie debe quedarse atrás. Si uno se queda atrás, los demás deben ayudarlo a levantarse para que todos alcancemos la meta juntos.

[11] Hace referencia al compañero de camarote, ya que en el cuartel el camarote es de dos niveles, ahí duermen uno en la parte inferior y el otro en la parte superior.

La promoción en la que nos formamos fue muy especial. Pasamos por muchas situaciones juntos desde la etapa básica. Todo ese proceso fue, en sí, una vivencia particular para nosotros. Esas experiencias, por más duras que hayan sido, nos unieron como promoción. Nos sacaron la "mierda" a todos por igual, sin distinción. Pero, lejos de debilitarnos, eso nos fortaleció. Aprendimos que la promoción es como una familia. Entre nosotros teníamos que apoyarnos y cuidarnos. De esa manera, todos estábamos unidos. Esa unidad era fundamental para todo lo que venía después.

"Una promoción era como un puño: compacto, firme, sin fisuras", es una estructura afectiva cuyo eje de sentido se encuentra en la defensa mutua y en el reconocimiento compartido de una identidad producida en la "masacre diaria". El uso de frases como "somos hermanos de armas, no de sangre" articula un régimen fraterno instituido no por lazos naturales, sino por el disciplinamiento institucional que convierte a los "perros" en sujetos colectivos formados "en el lodo, bajo la lluvia". La hermandad militar es construida performativamente mediante el castigo, de modo que, a través de la resistencia y la prueba continua, la promoción funciona como un dispositivo de filiación simbólica, una categoría afectiva de pertenencia forzada que reemplaza los vínculos sociales previos para refundar una comunidad basada en la obediencia, el aguante y la moral compartida como capital simbólico frente a la estructura jerárquica.

De modo que, la fase de agregación funciona como el momento en que las experiencias de la fase de separación y liminar son reinterpretadas desde la nueva posición adquirida: aquello que durante la fase (separación y liminar) era vivido como sufrimiento y desposesión aparece posteriormente como una prueba superada y como fundamento del reconocimiento institucional.

De este modo se continúa la fase de agregación porque el soldado es reincorporado a la estructura militar con una nueva posición e identidad. Al ser reconocido como soldado, adquiere derechos y obligaciones propias de este nuevo estatus, como realizar guardias e imaginarias, cumplir el servicio de ranchero, salir de paseo los fines de semana y solicitar permisos de hasta quince días. De esta manera, las pruebas culminan con su incorporación a la comunidad militar y con el ejercicio de las responsabilidades correspondientes a su nueva condición.

3.1.4. Reintegración a la vida civil

Durante la reintegración a la vida civil, el soldado vuelve a ocupar un lugar dentro de la sociedad, pero ya no lo hace bajo las mismas condiciones con las que ingresó al Ejército. Después de haber pasado por el rito de paso de la *"perrada",* es reconocido por los demás como *"soldadito"* o *"cachaquito".* La experiencia como soldado deja marcas en el cuerpo, en la forma de comportarse y en la manera de relacionarse con otras personas. El control sobre el cuerpo, la disciplina, la postura y la forma de hablar están presentes en sus relaciones sociales.

La reintegración a la vida civil tras la formación militar fue una transición espacial y una experiencia cargada de tensiones, desajustes y silencios difíciles de explicar. Salir del cuartel significó, en apariencia, volver a una cotidianidad conocida, propia de la vida civil, pero el cuerpo ya no respondía igual y la mente operaba bajo lógicas aprendidas que persistían incluso fuera del cuartel. Lo primero que sentí fue una desorientación temporal: sin la corneta, sin las órdenes y sin la rutina fija, los días se volvían demasiado amplios, casi inabarcables. Volver a casa, caminar por la ciudad o tomar decisiones cotidianas sin que alguien gritara ni impusiera un ritmo resultaba, paradójicamente, desconcertante.

Había ganado autonomía, pero también me sentía expuesto. Noté que hablaba en frases breves, con voz firme, evitando mirar de frente a ciertas personas por inercia. En los encuentros con amigos o familiares, trataba de explicar lo vivido, pero me encontraba con miradas que no comprendían o con bromas que banalizaban la experiencia. Nadie afuera sabía lo que significaba correr bajo el sol con hambre, formar en silencio mientras el cuerpo dolía o tener que aguantar insultos sin responder. La experiencia militar me había transformado físicamente y en mi manera de percibir y relacionarme con el mundo. Reinsertarme en el barrio o en la universidad fue reaprender a habitar un cuerpo que ya no era el mismo. Lo militar se había quedado grabado como un hábito, una postura, un modo de callar. Entendí que la formación no terminaba en el cuartel, porque sus efectos seguían operando fuera, silenciosos pero persistentes, en los gestos, en la memoria y, sobre todo, en la forma de mirar la calle como si todavía estuviera en guardia.

Cuando regresé a la universidad después de terminar el ritual de la "perrada", sentí que ya no encajaba del todo en el ambiente civil. Apenas entré al salón, vi a mis antiguos compañeros, a los que llamamos "la serie perdida" o "los dinosaurios", y automáticamente se evidenció ese lenguaje aprendido en el cuartel: "¿Qué fue, carajo, sigues en la

universidad?", les dije riéndome, pero con ese tono fuerte que había normalizado en la vida militar. Ya no caminaba relajado; andaba con la espalda recta, el pecho levantado y la mirada fija, como si todavía estuviera pasando revista. En los pasillos hacía "fuercitas" con algunos amigos, empujándonos el hombro o agarrándonos del brazo para medir quién tenía más resistencia, mientras repetíamos bromas pesadas y groserías propias del cuartel.

A veces, sin darme cuenta, quería imponer mi autoridad incluso en los trabajos grupales; es decir, alzaba la voz, daba órdenes rápidas y me molestaba cuando alguien dudaba o se quejaba demasiado. Recuerdo que en una exposición un compañero se puso nervioso y yo le dije delante de todos: "Habla pues, no seas sano", usando expresiones que en el cuartel servían para presionar y endurecer a los demás. Algunos amigos comenzaron a decirme "cachaco" porque sentían que había cambiado demasiado: ya no mostraba fácilmente mis emociones, reaccionaba con fastidio ante cualquier signo de debilidad y convertía casi todo en competencia física o verbal. Poco a poco entendí que muchas de esas actitudes no eran bromas, sino formas de ejercer una masculinidad hegemónica y de reproducir relaciones de autoridad que había interiorizado durante la "perrada" y la convivencia militar.

Imagen 10: Último día en el cuartel.



Nota: La fotografía muestra a los soldados en su último día de licenciados con su certificado y medalla de honor, archivo fotográfico del autor, 2023.

Discurso de graduación entrega de armas

Señores oficiales subalternos, técnicos y suboficiales, clases y soldados, autoridades de los diferentes distritos de la provincia de Huamanga, que hoy nos acompañan; señores padres de familia de los soldados pertenecientes al contingente Julio de 2021.

Señoras y señores

En primer lugar, agradecer a nuestro divino hacedor, por darnos la oportunidad de gozar de un día más de vida, por otro lado, el agradecimiento a todas las autoridades aquí presentes y a los señores padres de familia por acompañarnos en esta trascendental ceremonia de entrega de armas de estos valerosos soldados pertenecientes a la promoción contingente Julio 2021. La vida militar es un apostolado de amor a la patria, y que el ejercicio de mando militar asociado a un espíritu de sacrificio y vocación del servicio, son pilares de todo líder que permiten orientar de manera eficaz a quienes dependen de nosotros con la finalidad de formar soldados con un espíritu de superación permanente y para cumplir con los roles que nos encomienda nuestra institución. Su fortaleza evidenciada durante su etapa de formación militar; especialmente en su marcha táctica realizada hace unos días, actividad de mucha exigencia física y moral, hoy en día se han hecho merecedor de llamarse soldados de este glorioso ejercito del Perú. Esto se traduce en una sola frase "querer es poder". Señores soldados recuerden siempre que lo más importante que tiene un soldado, es el honor y la integridad, valores en el cual siempre guiaran todas nuestras acciones, que nos llevará al más minucioso cumplimiento de nuestras obligaciones respecto al prójimo y a nosotros mismos; el honor debe ser emblema, la divisa y el patrimonio militar, consérvemelos puro y sin mancha, y debe ser nuestra permanente preocupación y la integridad que nos lleva al fiel cumplimiento de nuestro deber sin necesidad tener a alguien que nos esté vigilando.

Señores: a nombre de la promoción contingente Julio 2021 vamos a dar tres vivas.

¡Viva la promoción contingente Julio 2021!
¡Viva el Ejército!
¡Viva el Perú!

Mi primera salida a la calle fue después de terminar la etapa básica y, sinceramente, fue un verdadero choque de emociones. Recuerdo que fui a la casa de mis padres; solo allí sentía una especie de paz, una conexión con la vida que había dejado atrás. Cuando hablo de un choque de emociones, es porque, primero, me sentía muy orgulloso de haber cumplido una etapa tan dura. Luego, estaba feliz simplemente por estar otra vez en la calle, por volver a ver el mundo exterior después de más de tres meses de permanecer en el cuartel. Literalmente, sentía como si hubiéramos estado encarcelados. Al salir, todo se sentía distinto.

Mientras caminaba desde el cuartel hacia mi casa, pasaba por calles conocidas, pero las veía con otros ojos. Miraba a la gente como si no entendiera nada de lo que yo había vivido. Era como si me sintiera incluso superior y diferente, porque había pasado por una

experiencia que muchos no conocerían nunca. Al llegar a casa, les conté a mis hermanos todo lo que había vivido, como si quisiera enseñarles algo. Mi padre estaba visiblemente orgulloso de mí, y eso me llenó de satisfacción.

Pero también sentí tristeza. En el fondo, sabía que esa salida no era permanente; era solo un respiro antes de volver al infierno, a las torturas y a la presión constante. Esa certeza me pesaba; era un contraste brutal: por fuera, feliz; por dentro, dolido. Esa fue mi primera salida a la calle después del cuartel: una mezcla de orgullo, alegría, nostalgia y tristeza. Un choque de emociones que nunca olvidaría.

Si aguanté tres meses encerrado, pasando mi perrada, sin un solo día de tregua, sin beber más agua que la estrictamente necesaria para sobrevivir, sin dormir lo suficiente y sin un verdadero descanso, entonces me lo merezco; puedo salir a la calle con la cabeza en alto, con la certeza de que he soportado lo que pocos siquiera se atreven a imaginar. He vivido en un mundo donde el tiempo dejó de tener sentido, donde el hambre, la sed, el cansancio y el dolor se convirtieron en mis únicos compañeros. Aprendí a ocultar mi tristeza como si fuera un pecado, como si demostrar debilidad me convirtiera en menos soldado.

A manera de confesión, al inicio trataba de sentirme superior porque era militar. Tenía esa sensación de haber ganado algo, esa idea de poder decir con orgullo: “Soy militar, yo manejo armamento”. Pero, al conocer la realidad dentro del cuartel, entendí que era uno más dentro del sistema. Aunque llevara el uniforme, tenía que respetar jerarquías y cumplir órdenes sin cuestionarlas. Yo era solo un soldado raso, un “peso”, como decíamos. Empecé a fijarme en los grados. Me detenía a mirar los uniformes y los rangos. Pensaba: “Yo soy solo un peso… cómo me gustaría llegar a ser capitán, mayor o teniente”. Porque esos grados otorgaban autoridad dentro de la institución.

Sin embargo, muchas veces nosotros, los de rango más bajo, éramos tratados de la peor manera. Eso me frustraba; sentía que era injusto y me preguntaba: “cuándo será el día en que yo también sea alguien”. Aun así, ser soldado también me hacía sentir bien. A veces, sí, me desesperaba, sobre todo cuando salía a la vida civil. Allí la mirada de los demás era distinta. Algunos te veían simplemente como un soldadito. Decían cosas como: “Ah, él debe ser bien disciplinado” o “ese seguro es malo”. Pero no sabían todo lo que había detrás de ese uniforme.

Imagen 11: Último día en el cuartel, despido con la bandera.



Nota: La fotografía evidencia el despido del cuartel con la bandera para volver a vida de licenciado civil, archivo fotográfico del autor, 2023.

La reintegración a la vida civil luego de la experiencia militar constituye una vuelta al hogar caracterizada por el contraste entre el mundo civil y la lógica disciplinaria internalizada durante la formación. Como mencioné: “Salir del cuartel significó, en apariencia, volver a una cotidianidad conocida, pero el cuerpo ya no respondía igual y la mente operaba bajo lógicas aprendidas”, lo cual evidencia una dislocación estructural entre lo que el sujeto fue y lo que ahora es. Turner (2002) describe la “reincorporación” como la etapa final de todo rito de paso, en la que el iniciado regresa transformado a su grupo social, llevando consigo una nueva identidad legitimada. Sin embargo, dicha reincorporación no siempre garantiza armonía; más bien, genera una tensión entre la communitas vivida en el cuartel, entendida como aquel vínculo horizontal y emocional forjado en la experiencia compartida del sufrimiento, y el orden jerárquico del mundo civil, donde dicha unión pierde eficacia simbólica.

3.2. Cambios socioculturales en las masculinidades de los jóvenes acuartelados a través del ritual de la perrada

3.2.1. Primer día en el cuartel, un civil ahuevado a perro militar

Los días transcurrían con una rutina familiar y predecible como estudiante universitario, hasta que finalmente llegó el 10 de julio de 2021, un día que alteraría significativamente mi trayectoria social. Ese día, un compañero de la universidad se presentó en la base militar. Semanas antes habíamos pensado presentarnos juntos; sin embargo, mi compañero, amigo, mi "promo", se presentó de manera inmediata. Su inesperada decisión actuó como un catalizador, lanzándome de lleno ante un dilema interno: debía tomar una decisión crucial entre seguir el camino militar o persistir en la cotidianidad de ser un estudiante universitario. Cabe mencionar que "civil" es una categoría asociada a las personas comunes y corrientes, es decir, a aquellas que no son militares. Por otro lado, la categoría de "perro", en el contexto militar, se asigna a los reclutas que se encuentran en el ritual de la "perrada".

La decisión de continuar mis estudios significaba el camino del aprendizaje académico y del desarrollo personal. Sin embargo, la opción de formar parte del mundo militar también resultaba atractiva, en el sentido de que, por aquellos tiempos, yo era muy tímido y reservado. Escuchaba frecuentemente que los militares no tenían miedo de hablar, y ese era mi objetivo. Elegir llevar una vida dual, que me permitiera ser al mismo tiempo estudiante universitario y militar, surgió como una posibilidad fascinante.

Mi primer día, el 14 de julio del 2021, en el cuartel, fue una experiencia completamente nueva para mí. Recién había llegado, apenas pasó diez minutos, cuando me llevaron a un lugar llamado Sanitario. Allí vi a varios soldados, a quienes llamaban "cachaquitos". Yo estaba sentado en el suelo y supuse que los demás debían ser nuevos como yo. Poco después, me hicieron sentar junto a ellos y, efectivamente, eran mis compañeros. En ese momento, algunos estaban en el proceso de inscripción. Después de media hora, sentí la necesidad de ir al baño. Había un monitor alto, con una actitud seria y dominante. Como aún era civil, me dirigí a él de manera informal y le dije: "Amigo, ¿puedo ir al baño?". Él no me respondió directamente, sino que le indicó a un soldado más antiguo, que había llegado una semana antes que yo, que me llevara. "Oh, zorro, lleva a tu promo al baño", le ordenó.

Cuando llegamos al baño, había un cabo limpiándolo. Para romper el hielo, intenté hacer conversación y le pregunté: "Mano, ¿aquí cómo hacen para limpiar los baños? ¿Se

turnan?". De inmediato, el cabo se mostró molesto e incómodo y me respondió bruscamente: "Oh, perro, ¿tú eres nuevo, ¿verdad?". "Sí, soy nuevo, mano, recién he llegado", le contesté con un lenguaje civil, sin pensar mucho en el tono. Su reacción fue inmediata y agresiva: "Oh, perro, ¿qué conchatumare? ¿Acaso soy tu promo para que me hables así?". Me quedé sorprendido, sin entender qué había dicho mal. El cabo, cada vez más irritado, me preguntó: "¿Cómo chucha me llamaste?". Yo no sabía qué responder. Entonces, agregó con tono amenazante: "Una vez que firmes tu inscripción, te voy a buscar. ¿Cómo te llamas?". Algo nervioso, le respondí: "Me llamo Juan". Su molestia aumentó y me corrigió de inmediato: "No, perro, aquí nadie habla por su nombre. Aquí es por apellido. ¿Cómo te apellidas?". "Ramos", respondí. Él asintió y, con una mirada fría, me dijo: "Muy bien, Ramos, te voy a buscar, te voy a tener en la mira". Salí del baño completamente asustado. En ese momento, lo único que quería era regresar a mi casa.

Esos primeros días en el cuartel representaron un cruce inesperado entre dos mundos aparentemente dispares: el del soldado y el del estudiante universitario. A medida que mis "promos" descubrían mi relación con la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, comenzaron a surgir preguntas y cuestionamientos. ¿Por qué elegí entrar al cuartel? ¿Dejaría mis estudios universitarios? Las dudas se hacían evidentes en sus susurros: "esto no es lugar para ti". Mi ingreso al cuartel fue una elección personal y un acto de búsqueda interna. Esta tensión entre identidades puede entenderse desde la perspectiva de Zygmunt Bauman (2018), quien describe la modernidad líquida como un contexto en el que las personas navegan múltiples identidades y roles, ajustándose a diferentes contextos sin perder su núcleo personal. Mi deseo de pertenecer a ambos mundos reflejaba esa capacidad de desenvolverme en distintos contextos y encontrar sentido en situaciones aparentemente contradictorias. Como evidencian las siguientes entrevistas:

> En los primeros días perdimos nuestros nombres. Nos llamaban "perros" y nos hacían arrastrarnos, aguantar insultos y castigos físicos. "Aquí el que piensa, pierde", nos decían. Al principio me resistí, pero entendí que, si no me adaptaba, no sobreviviría. Poco a poco dejé de cuestionar y empecé a ver a los que flaqueaban como débiles. El Ejército no solo entrena el cuerpo, te reprograma la mente. (Entrevista, soldado Yepeto, 2021)

> Recuerdo que, en mis primeros días, nos humillaban y castigaban hasta el agotamiento. Al principio quise largarme de esta huevada, pero aquí la debilidad se paga caro. Un compañero me dijo: 'Mañana seremos nosotros los que mandemos'. (Entrevista, soldado Manchas, 2021)

Los testimonios de Yepero y Manchas muestran que la "perrada" despoja a los reclutas de su identidad previa e impone una jerarquía basada en la obediencia y la

resistencia (Reckwitz, 2020). La frase “el que piensa, pierde” confirma el disciplinamiento total del cuerpo y la mente descrito por Foucault (1975). Butler (2009) plantea que esta transformación no es innata, sino performativa: los soldados interiorizan una masculinidad impuesta a través del castigo y la repetición de la violencia estructural. Lima y Oliveira (2024) señalan que estas prácticas reprimen la subjetividad masculina, consolidando la supresión emocional como norma. Gavilán (2023) explica que esta dinámica genera una lógica de exclusión, donde quienes no se adaptan son considerados débiles, reforzando la violencia como eje del orden militar. Schibilski y Zimmermann (2024) sostienen que este modelo perpetúa la violencia estructural y deteriora la salud mental de los soldados, lo que asegura la reproducción de un ciclo de dominación tanto dentro como fuera del Ejército.

Comencé mi recorrido como un recluta más, ansioso por obtener mi "nombre" y mi "chapa de combate". Para lograrlo, debía enfrentar el ritual de la "perrada", un rito de iniciación que iba más allá del aspecto físico y tocaba el núcleo de mi identidad. Raewyn Connell (2019) explora cómo los ritos de masculinidad dentro de estructuras jerárquicas como las Fuerzas Armadas refuerzan ciertas normas y expectativas de comportamiento masculino. Enfrentar la "perrada" significaba dejar atrás patrones socioculturales asociados con la imagen de un "civil" y rechazar etiquetas como "afeminado". Este proceso puede entenderse desde la propuesta de Nancy Fraser (2020) sobre la "redistribución del reconocimiento", donde la pertenencia a un grupo se construye mediante la aceptación de normas que definen quiénes son "dignos" de pertenecer. Así, mi experiencia en el mundo militar se convirtió en un acto de integración y redefinición personal, donde la aceptación estaba condicionada por mi capacidad para adaptarme a las normas que marcaban la transición de lo civil a lo militar. En esos primeros días, el sargento nos reunió en media luna y dijo: “Esta mierda no es fácil, muchachos. Vamos a extrañar a nuestra familia, a nuestro papá, a nuestra mamá, pero cada uno tiene que ser mejor cada día; debe prepararse”.

En los primeros días en el cuartel, nos despertábamos con la orden: “¡Levántense, perros, concha de su madre! ¡Perros de mierda, atención! ¡Para pararse, uno, dos, mierda! ¡Levántense, concha de su madre! ¡Levántense ya, mierda! ¿Qué esperan, carajo? ¡A levantarse y templar el camarote!”, gritaba el monitor mientras golpeaba los camarotes con su bastón. La instrucción era muy clara: debíamos levantarnos apenas el monitor daba la orden. Teníamos apenas 20 segundos para vestirnos con el uniforme e iniciar la instrucción básica de orden cerrado. “¡¿Qué chucha esperan, perros, para levantarse?!”, ordenaba el sargento. “Cuento hasta cinco y ya están formados con ropa de deporte, listos para correr…

¡Dos… cinco! ¿No quieren regresar? ¡Brigadier, el palo!". El sargento comenzaba a contar: "¡30, 29, 18… atención! ¡Firmes!". El silencio era absoluto; las miradas permanecían fijas al frente, pero cualquier descuido era detectado de inmediato. "¿No quieren? ¡Para planchas! ¡Un, dos! ¡Veinte a comenzar!".

Los reclutas caían al suelo y comenzaban a ejecutar las planchas, sintiendo el peso de su propio cuerpo y de la disciplina militar que empezaba a moldearlos. La paciencia del instructor se agotaba, y su voz resonaba con dureza: "¡Tienen diez segundos más para templar sus camas! ¡Diez, nueve… uno! ¡Atención! ¡Están muy despacio! Por eso… ¡que se vaya de baja mejor! Mejor si pide la baja usted, mugroso. Mejor pida la baja, está a tiempo, perro de mierda. Le voy a reventar, ahí va a ver. ¡Lisiado! Se va a ir a su casa, lisiado. ¡Otra escoria que va a estorbar a la sociedad! ¡Paso ligero, lárgate, perro!".

El sargento comenzaba entonces a contar: "¡Treinta, veintinueve… atención! ¡Firmes!". El silencio era absoluto; las miradas permanecían fijas al frente, conscientes de que cualquier descuido era detectado de inmediato. "¿No quieren? ¡Para planchas! ¡Un, dos! ¡Veinte a comenzar!", ordenaba nuevamente. En ese primer día, cada recluta comenzaba a comprender que la disciplina militar no admitía vacilaciones: la única alternativa era resistir o marcharse.

Por otro lado, había murmuraciones entre algunos de mis compañeros de promoción, que decían: "El problema aquí es que me levantan a las cuatro de la mañana para bañarme, nadie me tiende la cama y no como nada rico". Durante mi primera formación militar, que comprendió los tres primeros meses, conocí al teniente de seudónimo "Chelo". Él, muy sorprendido al enterarse de mis estudios universitarios, me felicitaba diciendo: "Muy bien, muchachito", y accedió casi de inmediato a brindarme facilidades para continuar con mis estudios. Esta situación, poco común entre los soldados, generó un descontento general entre mis "promos", que luego se extendió entre los antiguos, los cabos y los sargentos, sustentando la idea de un supuesto "favoritismo". Asimismo, los técnicos y suboficiales murmuraban con firmeza: "Este perro no va a volver; seguramente se quiere cabrear del cuartel".

En el contexto de las Fuerzas Armadas, prácticas como "la perrada" operan como ritos de paso que articulan poder, lenguaje e identidad dentro de un proceso de disciplinamiento corporal y subjetivo que facilita la integración del recluta al orden castrense. Desde la perspectiva de Turner (1988), estos ritos marcan una ruptura simbólica con la condición civil, dando paso a una fase liminal donde se reorganizan los valores, los afectos y los roles sociales del individuo. Esta transición se inscribe, como señala Bourdieu

(1997), en una estructura de violencia simbólica que naturaliza las jerarquías militares al interiorizar disposiciones que refuerzan la obediencia y la construcción de una masculinidad normativa. Butler (2001) complementa esta perspectiva al sostener que este modelo de masculinidad no es esencial, sino performativo, pues se sostiene en la reiteración de actos regulados, como el insulto, la humillación o la resistencia al dolor, que encarnan el ideal viril castrense. En este sentido, "la perrada" reproduce y legitima un régimen de género que excluye la diferencia, sanciona toda desviación del modelo dominante y contribuye a la configuración de la identidad militar esperada por la institución.

3.2.2. El quehacer de los jóvenes del SMV antes de entrar al cuartel

Antes de incorporarse al Servicio Militar Voluntario (SMV), muchos jóvenes vivían en una rutina marcada por el estancamiento, la falta de oportunidades o situaciones de conflicto familiar. Para la mayoría, el cuartel no representó una decisión patriótica ni una elección vocacional, sino una alternativa impuesta por sus circunstancias. "Yo, sinceramente, no hacía nada. Me levantaba tarde, jugaba en la cabina, salía a la esquina. Mi mamá un día se cansó y me dijo: 'O te metes al cuartel o búscate dónde vivir[12]'". En otros casos, el ingreso respondió a la necesidad de alejarse de entornos violentos: "En mi casa había broncas todos los días. Un día mi hermano mayor me llevó al cuartel sin decirme nada. Solo firmé. Fue eso o seguir peleando en casa". En muchos casos, el ingreso constituyó una medida de supervivencia.

También hubo jóvenes cuya decisión fue influenciada por amigos: "Fue mi causa el que me convenció. Me dijo que era jodido, pero que te 'cuadra'. Antes de eso, yo solo pasaba en el barrio, jugando fútbol o tomando con mis causitas". Otro de mis compañeros de promoción, en cambio, imaginaba el cuartel como una academia física: "Yo pensaba que iba a ser como en las películas, que entrenas y sales todo musculoso. Pero no, hermano, allá te hacen polvo. Antes de entrar, lo más que hacía era ayudar a mi abuela con las compras".

Por otro lado, el cabo Chester muestra que su motivación fue distinta, aunque su experiencia se desarrolló en un contexto marcado por las mismas condiciones de vulnerabilidad que afectaban a muchos de sus compañeros: "Muchos venían de la nada. Algunos sin padres, otros con historias más duras que las mías. Yo era universitario, y eso ya me ponía en otra

[12] Entrevista informal, al soldado Yepeto, en la cuadra de los reemplazos, 2021.

posición. Pero ver a mis compañeros ingresar al cuartel porque, literalmente, no tenían dónde dormir, eso me marcó".

Mientras que cabo kakaroto:

> Yo entré al cuartel porque, influenciado por la familia, porque mi papá era ex militar, tuve tíos también que eran militares, y en esa influencia yo también quise experimentar nuevas cosas dentro del cuartel, de cómo era. Me gustaba mucho el armamento, porque de hecho mi papá desde niño me explicaba en sus fotos los tipos de armamentos que él ha manejado, y en esa base tuve esa curiosidad de experimentar, y justo cuando yo estaba estudiando o preparándome para la universidad, hubo esa oportunidad de que iba a servir al ejército, pero fue algo inesperado, no pensaba todavía en entrar así, no había decidido entrar al ejército, pero mi papá ya había hablado con su compadre, el compadre también era un suboficial del ejército, y justo estaba en mi compañía, en la compañía que iba a estar, en la compañía de comunicaciones. En eso él me dice, vamos para que veas cómo es el cuartel, vas a conocer, a ver si te gusta. Vamos, míralo todavía, me dijo. Y en eso yo tuve ese tiempo y la acompañé en su moto, fuimos en su moto del suboficial, y ya pues, yo incluso no llevé nada, fui y después me dejó, entramos hasta dentro del cuartel. En eso, ya pues, yo quise ver, más o menos hablar con los demás, pero algo en mí decía que no tenía esa prioridad todavía de estar en el cuartel, porque justo estaba estudiando, pero después de ir ese día, el suboficial nunca se apareció, pero jamás, y yo me quedé allá, pero qué iba a hacer, no podía ni salir. (Entrevista cabo kakarto, 2025)

En esa misma línea, el cabo chester:

> Por mi devoción patriótica y todo eso, creo que también influyó mi naturaleza de participar en un acto cívicomilitar. Quería vivir ese momento de manejo de armas, de experimentar esa experiencia, para tenerlo presente. En primer lugar, fue Juan quien me motivó a ingresar al cuartel, ya que, una vez terminado el servicio militar, te entregaban una constancia o certificado. Ese documento servía para sumar puntos, con miras a conseguir un trabajo en el futuro. Ese era el objetivo principal. Sin embargo, cuando acudimos al Fuerte Los Pockras, nos rechazaron debido a nuestra condición de universitarios. En ese entonces, a los universitarios no se les aceptaba, lo cual fue una gran decepción. Tuvimos que dar media vuelta, cabizbajos, hasta que un pariente cercano se enteró de nuestra intención de realizar el servicio militar. Primero se acercó a mí para preguntarme si estaba dispuesto a hacerlo de manera voluntaria. Por supuesto, respondí que sí. Entonces llamé a Juan Ramos para que lo hiciéramos juntos, como era nuestro objetivo inicial. Juan no lo dudó ni un momento, y al día siguiente ya estaba listo para presentarse al servicio militar, como si nada. Desde ese día, continuamos con el servicio militar en el Fuerte Los Pockras. Y ese fue uno de los principales motivos por los que decidimos brindar servicio militar. (Entrevista cabo Chester, 2025)

Los jóvenes que ingresaban al servicio militar compartían trayectorias marcadas por limitaciones económicas y oportunidades laborales reducidas. La ausencia de jóvenes provenientes de familias con mayores recursos revela que el servicio militar no constituye una experiencia homogénea para toda la juventud peruana. Esta diferencia permite comprender que el ritual de la "perrada" opera principalmente sobre determinados sectores sociales, reproduciendo desigualdades que ya existen fuera del cuartel.

Sin embargo, los testimonios permiten identificar fisuras y posibilidades de resignificación dentro del campo castrense. Patiño et al. (2021), Castelblanco y Niño (2022) y Ramos (2022) destacan que, a pesar de la presión por ajustarse a la masculinidad dominante, emergen prácticas de resistencia, negociación y construcción de identidades alternativas, especialmente entre quienes cuestionan la violencia y la jerarquía militar. La teoría de la performatividad de Butler (2001) y la noción de subalternidad de Spivak (1988) permiten comprender cómo los sujetos, aun en condiciones de subordinación, pueden disputar los sentidos impuestos y abrir espacios para la agencia y la transformación. Así, el SMV se configura tanto como un dispositivo de control como un escenario de tensiones y resignificaciones, donde las masculinidades son objeto de negociación y constante reconstrucción en función de las trayectorias individuales y de los contextos sociales.

3.2.3. Instrucción militar de etapa básica

La etapa básica de instrucción militar fue una experiencia liminal que trastocó mis esquemas previos de disciplina, cuerpo y jerarquía. El primer día se sintió como una masacre: gritos, órdenes de orden cerrado, el frío de la madrugada y el peso del uniforme viejo pegado al cuerpo eran solo el comienzo. Desde el inicio, el monitor imponía su presencia con frases como: “Levántate, perro conchatumare. Perro de mierda. ¡Atención! ¡Para pararse! ¡Un, dos! Mierdas, levántate conchatumare, ¡levántate ya, mierda!”. Teníamos menos de un minuto para cambiar de uniforme y formar en el patio. A pesar del agotamiento físico, lo más desafiante era la presión psicológica: no cometer errores, no quedarse atrás y no mostrar debilidad. Poco a poco, uno empezaba a reconocer las dinámicas internas: quién destacaba por su condición física, quién sabía ganarse a los superiores y quién, como yo en ese entonces, trataba simplemente de adaptarse. En ese escenario, cada día se sentía como una prueba para demostrar que uno merecía estar ahí. Era el inicio de una transformación silenciosa, donde el cuerpo obedecía.

Durante los primeros días de instrucción militar, fue una verdadera masacre. Físicamente me mantuve al nivel de mi promoción. Estaba entre los primeros en varias actividades. Por ejemplo, en la maratón llegué tercero y, en varias evaluaciones y exámenes, también ocupé las primeras posiciones. Sin embargo, en el plano psicológico, muchos de mis compañeros parecían estar mejor preparados para afrontar lo que venía. Ya sabían, o al menos intuían, el tipo de exigencia que enfrentábamos. Para mí, en cambio, todo fue un

caos, una tortura. Me costó muchísimo adaptarme a esa nueva forma de pensar y a esa disciplina tan estricta.

Figura 12: Instrucción militar en los primeros días.



Nota: Fotografía del investigador, 2021.

En esos primeros días empezaban a identificarse quiénes eran los más activos físicamente, los más hábiles o, como decíamos en el cuartel, los más "coeteados". Fue también el momento en que comenzamos a formar amistades y a definir las diferencias entre nosotros, tanto por nuestras capacidades como por el lugar que íbamos ocupando dentro de la toda la promoción.

La instrucción fue bastante impactante desde el principio. La sensación era la de enfrentarse, de un momento a otro, a un entorno donde las órdenes se imponían de manera abrupta y sin posibilidad de cuestionarlas; era como sentirse un niño cuando su madre está molesta y comienza a exigir muchas cosas al mismo tiempo. Sentí una mezcla de adrenalina y miedo, especialmente cuando comenzaron a decir: "Van a hacer esto, esto y esto; si no, habrá castigo". Si no obedecíamos, inmediatamente recurrían a la violencia: golpes, palos, patadas, bofetadas y puñetazos. Me sentía incómodo, ya que resultaba muy extraño que alguien, sin motivo aparente, empezara a golpearte. Esa sensación de recibir cocachos o

patadas era humillante. No podías responder y, si intentabas hacerlo, decían que los estabas mirando mal, lo que provocaba una agresión aún mayor.

Los gritos, órdenes humillantes y agresiones corporales remiten directamente a la noción de masculinidad hegemónica desarrollada por Connell (1995), en la que el sometimiento y la resistencia al dolor se erigen como pruebas de virilidad y pertenencia al grupo. Bourdieu (1997) aporta el concepto de violencia simbólica para comprender cómo estos rituales, lejos de constituir simples mecanismos de disciplina, interiorizan jerarquías y naturalizan la dominación, mientras que Foucault (1975) subraya el papel de la vigilancia y el castigo en la normalización de los cuerpos. La "perrada" y otros ritos de paso, en la línea de Van Gennep (1909) y Turner (1988), marcan la transición del individuo desde la identidad civil hacia una subjetividad militarizada, en la que la condición liminal y el sufrimiento refuerzan la cohesión grupal y delimitan la pertenencia al colectivo mediante la exclusión de quienes no logran adaptarse al modelo institucional impuesto.

El ritual da cuenta de la cohesión social, pero también del funcionamiento interno de la estructura militar, porque, como sostiene Émile Durkheim (1912), los rituales son indispensables para la integración de los individuos en la comunidad. En el caso del ritual de la "perrada", esta práctica introduce al recluta en el universo castrense, y produce un proceso de reordenamiento simbólico de las relaciones sociales dentro del acuartelamiento. A través de castigos, insultos, pruebas físicas y demostraciones de obediencia, los jóvenes dejan de ser "civiles" para convertirse en sujetos disciplinados que reconocen y reproducen la jerarquía militar. En ese sentido, la "perrada" opera como un mecanismo de cohesión colectiva, pues quienes logran resistir el sufrimiento ritualizado adquieren reconocimiento y pertenencia dentro del grupo, mientras que quienes no soportan este proceso son catalogados como "débiles" o "desertores". En ese sentido, el ritual no solamente fortalece la integración grupal, sino que garantiza la continuidad del orden social militar mediante la interiorización de la obediencia, la disciplina y la virilidad como valores legítimos.

Sin embargo, la experiencia liminal no es homogénea ni está exenta de fisuras. Ramos (2022) y Boesten y Gavilán (2023) muestran que, si bien la cultura castrense promueve la supresión de la vulnerabilidad y la exaltación de la resistencia, también emergen estrategias de adaptación, cuestionamiento y resignificación frente a la presión psicológica y la violencia cotidiana. El rito de instrucción militar moldea cuerpos y subjetividades según un patrón hegemónico y, al mismo tiempo, constituye un campo de

negociación simbólica donde los límites de la masculinidad, la disciplina y la pertenencia se redefinen constantemente en función de las experiencias individuales y colectivas.

3.2.4. Los desertores

La deserción en el servicio militar voluntario acuartelado representa una problemática sociocultural que trasciende la simple decisión de abandonar el cuartel. La figura del desertor se construye en oposición al ideal del "militar de verdad", entendido como aquel que soporta las pruebas de resistencia física, emocional y psicológica impuestas por la institución castrense. Desde esta lógica institucional, abandonar el servicio se percibe como una ruptura con el modelo de masculinidad hegemónica que la institución militar procura consolidar entre los jóvenes acuartelados.

En el contexto militar, la deserción implica una transgresión normativa y una descalificación simbólica de la identidad del soldado. Quienes abandonan el cuartel suelen ser calificados con términos peyorativos como "cobardes", "rosquetes" o "afeminados", etiquetas que refuerzan la idea de que la masculinidad militar es sinónimo de resistencia y de sometimiento a la disciplina y a la jerarquía institucional. En este sentido, el ritual de la "perrada" actúa como un mecanismo de selección y disciplinamiento, en el que no todos los jóvenes logran integrarse; quienes no soportan el proceso son descalificados simbólicamente y considerados indignos de pertenecer a la institución militar.

Si bien el servicio militar es voluntario, una vez incorporados al sistema, muchos jóvenes experimentan condiciones que generan un fuerte deseo de desertar. La violencia física y psicológica constituye una de las principales razones por las que algunos soldados deciden abandonar el cuartel. Desde el primer día, son sometidos a un estricto régimen disciplinario que incluye castigos físicos, gritos y humillaciones. Como parte de esa dinámica, era frecuente escuchar frases como: "Aguanta, carajo, no seas un civil de mierda". Las jerarquías militares favorecen la reproducción de un sistema de abuso normalizado, en el que el castigo y la humillación forman parte del proceso de "formación". Asimismo, la presión social y la discriminación desempeñan un papel fundamental, ya que quienes no se adaptan rápidamente a las normas castrenses son constantemente ridiculizados y marginados. A ello se suman la falta de descanso, la alimentación restringida y el agotamiento constante, factores que llevan a muchos reclutas a cuestionar su permanencia en el servicio. Del mismo modo, la distancia con la familia y el entorno social

previo genera una sensación de aislamiento que afecta el bienestar emocional de los acuartelados.

En la primera semana de instrucción básica de orden cerrado, uno de los integrantes de mi promoción solicitó su baja; es decir, manifestó su intención de abandonar el servicio militar, y el instructor reaccionó diciendo: “Miren a este perro de mierda rogando su baja. ¿Acaso es muy difícil? Yo no renunciaría si ya estoy aquí. ¿Y ahora qué? ¿Qué quieren que haga?”. La instrucción militar no es para cualquiera; se trata de un proceso diseñado para forjar carácter, resistencia y disciplina, que exige un esfuerzo extremo desde el primer día. Sin embargo, hay momentos en los que algunos sienten que no pueden más, pues el cansancio, el dolor y la presión terminan por sobrepasarlos. En esas circunstancias, algunos soldados optaban por solicitar su baja o abandonar el cuartel, convencidos de que ya no podían soportar las exigencias de la instrucción.

Mi promoción respondió: "Ya no quiero estar aquí, quiero mi baja, mi instructor", dice con voz temblorosa, y el silencio se apodera del grupo mientras los demás, agotados pero firmes, observan sin emitir palabra el instructor, con rostro endurecido por los años de servicio, se acerca lentamente y con tono severo pregunta: "¿Por qué, perro?", a lo que mi promoción traga saliva, evita el contacto visual y responde casi en un murmullo: "Por trastornos psicológicos, mi instructor", pero el instructor lo observa por un instante que parece eterno y luego, con voz grave y penetrante, lanza la pregunta a toda mi promoción: "¿Alguien más que no quiera estar aquí?", el aire se siente denso, nadie se mueve, nadie responde, todos saben que este es un punto de quiebre, donde se separan los que resisten de los que renuncian, donde se define quién está hecho para soportar la exigencia y quién no, solo la realidad de una formación implacable que exige sacrificio, entrega y, sobre todo, una voluntad inquebrantable.

Para un recluta en su fase de instrucción, la deserción constituye un acto extremo que implica un elevado grado de angustia y miedo. Desde la perspectiva institucional, la construcción de la identidad del soldado recluta se desarrolla dentro de un régimen disciplinario basado en estrictas lógicas de control, donde abandonar la base militar es considerado un acto de insubordinación sujeto a sanciones. En algunos casos, la deserción no responde únicamente a una decisión individual, sino que puede constituir una reacción frente a experiencias de abuso, presión y maltrato sistemático dentro de la vida militar. Recuerdo el caso de un compañero que, después de semanas de impotencia y desprecios, decidió escapar durante la madrugada. No pasó mucho tiempo antes de que su ausencia

fuera advertida durante el desayuno y, de inmediato, los superiores comenzaron a preguntar por él. “Ese huevón no era para esto”, comentó un cabo entre risas, mientras nosotros, sus compañeros, permanecíamos en silencio.

La deserción, en el caso del servicio militar voluntario, es un fenómeno capaz de mostrar las tensiones que se establecen entre la masculinidad hegemónica y las experiencias individuales de los reclutas. A través de los desertores es posible comprender cómo los relatos de estos jóvenes cuestionan los modelos de masculinidad. De ese modo, sus experiencias se (re)configuran y muestran que no todos están dispuestos a asumir las justificaciones que sostienen el servicio militar; por el contrario, algunos rechazan la sumisión a la masculinidad hegemónica.

Después de transcurrir once días desde mi llegada al cuartel, surgió en mí la idea de desertar, porque los insultos comenzaron a afectarme psicológicamente. Cabe señalar que el contexto de violencia de los años ochenta dejó una marca en el comportamiento de los suboficiales y técnicos. Al recordar aquella época, suelen decir: "Yo viví situaciones peores y dificultades mayores, pero sobreviví". En la etapa que ellos denominan "perro", se incorpora al civil durante los primeros días de la formación básica. Durante este período, los monitores e instructores imponen pruebas físicas exigentes que pueden resultar difíciles para quienes acaban de incorporarse. Uno de los ejercicios más dolorosos es el conocido como "todos chinches", que consiste en colocar la cabeza en el suelo y las manos en la espalda, adoptando una posición semejante a la de una plancha. En la siguiente entrevista, un integrante de mi promoción señaló:

> Yo deserté, pero a mí no me quisieron dar mi baja, me decían que me van a denunciar con RQ. Cuando entré y nos mandaban a limpiar el baño, a barrer, a trapear y recoger la basura. Desde ahí a mí no me empezó a gustar, resulta que nos tienen encerrados, y yo viendo las necesidades de la ciudad me empecé a desilusionando. (Entrevista soldado Gogo, julio 2022)

Durante la perrada, siempre nos enfrentábamos a obstáculos. Los instructores solían decirnos que, si desertábamos, era porque éramos débiles e incapaces de soportar las exigencias del cuartel. Nos llamaban "mariquitas" y afirmaban que no teníamos carácter, por lo que nunca llegaríamos a ser soldados ni serviríamos para la sociedad. También utilizaban palabras como "inapto" para referirse a quienes no resistían. Sin embargo, a pesar de las amenazas y de esos insultos, algunos compañeros intentaban escapar. Cuando alguien desertaba, el resto de la promoción y los sargentos lo consideraban un acto de cobardía. Los calificaban de "maricones" y decían que no tenían lo necesario para formar parte del ejército, por lo que quedarían marcados como personas débiles.

Era común escuchar en el cuartel la frase de que el "cuerpo y el alma pertenecen al sargento durante la perrada". Esto significaba que el sargento ejercía un control absoluto sobre el cuerpo y la mente del recluta para convertirlo en un soldado "macho". La formación buscaba transformar a los civiles en militares, ya que al llegar al cuartel éramos considerados "nada", es decir, personas sin disciplina, carácter o fortaleza. El proceso de instrucción pretendía inculcarnos esas cualidades, para que, al finalizar, fuéramos soldados fuertes, disciplinados y decididos, en contraste con la imagen que se atribuía a los civiles, considerados indecisos y débiles.

Desde la perspectiva de Foucault (1975), la instrucción militar básica puede entenderse como un espacio donde la vigilancia y el castigo cumplen un papel central en la normalización de los cuerpos. El rito de instrucción militar moldea cuerpos y subjetividades según un patrón hegemónico y, además, constituye un campo de negociación simbólica donde los límites de la masculinidad, la disciplina y la pertenencia se redefinen constantemente a partir de las experiencias individuales y colectivas.

3.2.5. Masculinidades de cuerpo "miserable" a cuerpo militar; de estudiante a perro militar

Al ingresar al cuartel, dejé atrás la universidad y mi ropa civil, y comencé a abandonar un cuerpo que hasta entonces había sido llamado "miserable", "débil" o simplemente "caca". Los primeros días marcaron el inicio de un cambio que se reflejaba en la piel, con heridas y ampollas, y también en el carácter. El cuerpo se convirtió en el campo donde se libraba una batalla contra la flojera, el miedo, la duda, el hambre e incluso contra uno mismo. En los trotes matutinos, entre el barro y las arengas de guerra, escuchaba a los monitores gritar: "¡Más rápido, perro! ¡Ese cuerpo de estudiante no sirve ni para escoba!". Cada frase era una bofetada simbólica que me recordaba que ya no era Juan Ramos, el estudiante de antropología, sino un "zorro", un "recluta".

Ahora debía demostrar virilidad a través de la resistencia, la obediencia y la negación de cualquier signo de fragilidad. Aprendí que la identidad militar se construía a partir de la negación de la identidad civil. La voz del monitor era clara: "Aquí no hay lugar para los sentimientos, solo para los machos que aguantan". En ese tránsito, las risas nerviosas del primer día se transformaron en gritos de aliento grupal, mientras que los cuerpos dispersos se convertían en una sola columna de marcha, endurecida por la rutina. El cuerpo considerado miserable al llegar al cuartel fue anulado para dar lugar a un cuerpo

militar, domesticado por la disciplina y legitimado por el sufrimiento compartido. No fue un cambio voluntario, sino una transformación impuesta, sostenida por una pedagogía de la humillación que, al mismo tiempo, era aceptada por el grupo como una forma de reconocimiento para llegar a ser considerado “cachaco” o “moroco”.

Mientras leía las Memorias de un soldado desconocido, que es la autobiografía del profesor Lurgio Gavilán (2017), pude conocer su experiencia desarrollada en tres escenarios distintos: el terreno guerrillero, la vida militar y la etapa como sacerdote, donde ilustra la drástica transformación de un civil en soldado a través de una serie de experiencias que reflejan la despersonalización y el ejercicio del "poder disciplinario", planteado por Foucault (1975), así como la violencia simbólica que refuerza las jerarquías, según Bourdieu (1990). El uso de términos despectivos y el trato autoritario por parte de los monitores evidencian cómo se impone una nueva identidad militar, mientras que el riguroso entrenamiento busca preparar a los soldados para enfrentar las adversidades del combate, una realidad que muchas personas civiles no llegan a comprender.

En un día normal, el monitor nos hacía levantar a las cuatro de la madrugada, cuando la "disciplina" era lo primordial y nos trataba de la peor manera. Antes de ingresar al cuartel, durante la revisión médica y psicológica en la base, me encontré con dos personas civiles que me advirtieron: "Al principio te tratan muy bien, pero luego se vuelven desagradables contigo" y "No deberías entrar, te lo digo por experiencia". A pesar de esas advertencias, pasé la evaluación médica y psicológica sin problemas. Cabe resaltar que, cuando entré por primera vez en la cuadra, el monitor estaba callado y parecía tímido; sin embargo, luego cambió de actitud. Fue en ese momento cuando el monitor, con voz grave, gritó: "¡Nombre de ese perro!". Yo solo atiné a responder con voz baja: "Juan Ramos", y el monitor respondió de manera agresiva: "¡Mierda!".

En términos de Foucault (1975), las instituciones emplean el "poder disciplinario" para controlar y normalizar a los individuos. De modo que la transición de un trato amable a uno autoritario ilustra esta técnica, sometiendo al soldado a una rígida norma de obediencia. Para Goffman (1959), las instituciones totales despersonalizan y resocializan a los individuos**, lo que se evidencia** en la advertencia sobre el cambio de trato y en la estrategia del monitor para imponer una nueva identidad militar. Por su parte, Bourdieu (1970) sostiene que la "violencia simbólica" se manifiesta en el uso del lenguaje despectivo por parte del monitor, lo que refuerza la jerarquía y el control mediante la intimidación y la construcción de una identidad subordinada.

Llegaba la hora del desayuno y todos comenzábamos a arreglar nuestros camarotes en tan solo 10 o 15 segundos. Luego, hacíamos planchas con puño y “chinches”. Inmediatamente después, el monitor contaba otros 10 segundos para que nos formáramos a las 5:00 a. m. en el patio de la cuadra. Si no gritábamos lo suficientemente fuerte, nos obligaba a comer tierra. Asimismo, debíamos mantener la mano firme y pegada al cuerpo; de lo contrario, el monitor nos golpeaba las manos con fuerza. Si no sacábamos pecho, nos daba un golpe en el estómago. A lo largo de mis primeros 10 días en el cuartel, presencié hechos que realmente me sorprendieron, pero no podía expresar ninguna opinión al respecto. Me encontraba atrapado en una realidad llena de contradicciones. "El sargento tenía la razón" y, dada mi posición como "perro", no podía cuestionar esa "verdadera razón".

En relación con los chinches, un civil podría interpretar esta práctica como un abuso, pero en el Ejército cada aspecto tiene su razón de ser. En la fuerza operativa, quienes eventualmente enfrentarán un combate deben estar preparados para las duras condiciones que este implica, como el hambre, la sed, la fatiga, el estrés, el calor y el frío, entre otras. La formación del soldado busca fortalecer su carácter, espíritu, corazón y mente, y no hay mejor forma de lograrlo que mediante un entrenamiento riguroso y la disciplina. Desde esa perspectiva, una persona ajena al ámbito militar, al no haber experimentado ese proceso de formación, puede tener dificultades para comprender plenamente esta realidad y, en algunos casos, emitir críticas sin conocerla a fondo.

A la hora de dormir, la rutina consiste en acomodarse en la cama en un lapso de tres a cinco segundos y luego salir en posición firme y de atención. Dado mi condición de estudiante en 2021, tenía que ofrecerme para realizar el servicio de imaginaria[13] con el fin de estudiar y hacer los trabajos de la universidad. Durante ese servicio, escuché a varios de mis “promos” quejarse de lo pesado que era.

"Sí, mi sargento", respondía, y así comenzaba la rutina. Con el trauma psicológico y la presión, ya ni siquiera recordaba qué había soñado. Solo sabía que debía estar en el suelo, listo para cumplir órdenes, hacer mi cama en segundos y ponerme el uniforme militar en un abrir y cerrar de ojos. Al décimo día, un nuevo voluntario se unió al grupo, pero la realidad fue tan abrumadora que decidió desertar al día siguiente.

[13] La vigilancia nocturna en cada cuadra (dormitorio) se realiza por tres turnos.

Recuerdo esa noche, cuando el suboficial preguntó quiénes querían marcharse. Dos de mis compañeros levantaron la mano. Fue entonces cuando los insultó con expresiones como: "perros miserables", "rosquetes de mierda", y nos dijo que esos individuos no aportaban nada a la sociedad y eran una carga. Luego, con tono provocador, les preguntó de nuevo: "¿Todavía quieren irse, perros miserables de mierda?". Ellos, firmes, respondieron que sí.

El oficial, nuestro instructor, reaccionó con furia: "Entonces, ¿para qué chucha vienen? ¿O es que, miserable, te quieres ir? Ahora mismo, cámbiate con tu ropa de civil y te echamos a patadas". El nuevo voluntario se quedó en silencio, mientras el instructor, evidentemente molesto, nos advirtió que aquello era solo el comienzo y que al día siguiente sería un infierno, advirtiendo que la exigencia aumentaría con el paso de los días.

Pariona (2005) sostiene que “Yo soy el ‘men’... yo mando aquí” (p. 50) es una expresión de la dominación simbólica que denota el poder del varón en el hogar. En ese sentido, la reacción del instructor en el cuartel puede leerse como una actualización de esa misma lógica patriarcal en clave institucional. Al gritar, amenazar y humillar al reemplazo, ejerce autoridad disciplinaria y performa un mandato masculino que reafirma su posición jerárquica frente a quienes deben guardar silencio y obedecer. De esta manera, traslada al espacio militar la estructura simbólica del “yo mando aquí”, donde la virilidad se legitima mediante la imposición, el miedo y la subordinación del otro.

En la misma línea, Gavilán (2017) relata en su autobiografía que los monitores e instructores eran los más detestados, y que esa experiencia nunca se olvidaba, pues esta dinámica era cíclica y se repetía en cada generación. Por su parte, el técnico de tercera Rambo corroboraba ese punto, porque aún recordaba los episodios de su entrenamiento en la etapa básica, incluidos los ejercicios y el nombre de su monitor y de su instructor.

Después de tres semanas de instrucción básica de orden cerrado, los sargentos e instructores nos repetían una y otra vez que no éramos nada, que éramos unos "perros" y "zorros" de mierda. En ese momento, mi compañero recién ingresado fue apodado "el nuevo". Nuestro monitor nos dio una instrucción personalizada y le pidió que gritara con voz firme y decidida: "¡Yaaa, yaaa, yaaa!". En ese instante, el monitor me llamó por mi nombre: "¡Perro Ramos!", y me ordenó acercarme rápidamente. Respondí con un firme "¡Presente, mi monitor!" y me acerqué a paso ligero. A seis pasos de distancia, me coloqué en posición de firmes y saludé con la mano derecha sobre la frente, haciendo un movimiento

rígido. Dije: "Permiso, mi monitor. Reemplazo del Ejército del Perú, Ramos López Juan, se hace presente a su llamado". Recuerdo que, durante ese proceso, llegué a un punto en el que me hizo realizar ejercicios forzados en el suelo y empecé a llorar. El monitor se burló diciendo: "¿Estás llorando, nenita? Entonces, ¿por qué demonios te uniste?". Yo respondí con determinación: "No, mi monitor, no son lágrimas, es mi sudor", y desde ese momento terminó la burla; más bien, comenzó a felicitarme. Pasaron las horas y la noche comenzó a caer. Como era un servicio obligatorio, ningún soldado podía escapar de las rondas de vigilancia, una de las actividades más agotadoras. Nuestra tarea era cuidar y velar por el sueño de nuestros compañeros de promoción, pero la verdadera finalidad era servir como agentes de vigilancia para evitar que nadie se escapara. Además, era el momento en el que solíamos escuchar a los soldados dirigirse a sus superiores con un respetuoso "mi sargento".

Nuestro monitor nos repetía, cuando estábamos cansados, las siguientes frases, que nos elevaban la moral militar: “El militar es una mugre”, dice el civil. “El militar es un asco”, dice aquel que, en su comodidad, tiene un baño donde asearse todos los días. “El militar sale y traga como perro”, dicen los que nunca han pasado hambre. “El militar parece un retrato”, dicen los que visten bien a diario. “El militar es débil”, dicen los que tuvieron miedo de intentarlo, de sufrir hambre, viento, lluvia, frío, calor y de dormir en el suelo. “El militar nunca será nada”, dicen aquellos que nunca han sido importantes para nadie. Tú nunca entenderás mi razón para ser militar. Militar no cualquiera puede serlo; es un privilegio que no todos tienen derecho a portar, y una convicción que pocos están dispuestos a asumir.

De modo que, en el ritual de la perrada, teníamos que despojarnos del cuerpo miserable, es decir, del cuerpo de un civil, para moldear un cuerpo militar, el del hombre de verdad. Por ello, debíamos formar nuestro cuerpo mediante el trato duro, endurecer la mente y aceptar el sacrificio como parte del camino. En las masacres, la frase resuena: "Pon tu mente en blanco, deja que las cosas pasen y prepárate para lo peor". No hay lugar para la debilidad ni para las dudas, solo la certeza de que cada prueba es un peldaño hacia la fortaleza. Volver a ser el mismo de antes sería un insulto a todo lo que he superado: a cada golpe, cada noche y cada grito que forjó mi carácter. Aquí, al sargento se respeta; su voz es ley y su enseñanza, dura pero necesaria. "¡Full masacre!", gritan en la instrucción, mientras la tropa se levanta al amanecer, se dirige al servicio higiénico y se prepara para el mantenimiento. En la vida militar, cada día es una batalla y cada batalla es un paso más hacia la disciplina y el honor.

Esa era la gran diferencia entre unos y otros. Cuando habían transcurrido las tres primeras semanas, ya no había reclutas con la intención de desertar. Era entonces cuando aprendíamos a ir más allá de nuestros límites, y esa experiencia se volvía parte de la vida cotidiana hasta alcanzar nuestras metas. Aun cuando volviéramos a ser civiles, esa enseñanza quedaba en nuestro ADN. En ese contexto, cobraba sentido el llamado "pensamiento del diablo": "Juntos salimos, juntos regresamos. Nunca dejamos a nadie atrás". Era el momento en que estabas a punto de rendirte y decidías aguantar un minuto más, luego otro y otro, hasta que cada uno de esos instantes parecía una eternidad. Aquello era completamente doloroso, sobre todo cuando el asfalto era áspero. Ahí era donde el verdadero soldado tenía tiempo para pensar, meditar y preguntarse: "¿Por qué estoy aquí?". Era también el momento en que solo los valientes se atrevían a continuar, demostrando quién realmente cumplía su objetivo.

En cada promoción siempre hay alguien que no quiere adaptarse a la vida militar y extraña su vida civil. En mi promoción, mi compañero Yepeto era quien tenía mayores dificultades para ajustarse, ya que en su vida civil solía beber en exceso. Su madre lo llevó al cuartel y, como aún estábamos en el contexto de la emergencia sanitaria por la COVID-19, él continuaba consumiendo a escondidas el alcohol medicinal que nos entregaban para desinfectarnos las manos. Debido a sus acciones, toda la promoción era sancionada con frecuencia. Una noche, solicitamos permiso a nuestros superiores con la intención de ayudarlo a corregir su comportamiento, pues durante las instrucciones se equivocaba constantemente, lo que nos acarreaba castigos a toda la promoción. En una de esas noches, nos reunimos con la determinación de hacer que cambiara las actitudes que aún conservaba de su vida civil.

Mi promo, el más cueteado, empezó diciendo: “Ya, mirra, promo, lo estás cagando a toda la compañía de reemplazos. Ya, tienes que cambiar; desde ahora ya no vas a hacer nada de eso. Nos has hecho llamar la atención. ¡Ya, qué chucha, ya pasó! Desde ahora vas a cambiar, promo. ¡Ya, promito!”. Mi promo le dio un cintazo con el cinto del sargento de semana. Cuando me tocó mi turno, le dije: "Sé que por esto me vas a odiar, mirra, promo. Por tu culpa nos castigan a todos, y tú la cagabas. Mirra, tu taburete está hecho mierda; aquí no solo eres tú, chato, aquí está toda la compañía. Sé que por esto me vas a odiar; solo uno te voy a dar". Y mi promo, por el dolor, se echó al piso. Mi otro promo añadió: "¡Puta, oh, casi tres semanas y no puedes enflaquecer! Desde los primeros días que entramos al cuartel,

sigues gordo, sigues gordo". Y otro de mis promos dijo: "Me ha hecho frío". Aquí, puta, no había más antiguos que nosotros, porque solo estábamos con nuestra promoción.

Cuando estábamos bañando a mi compañero de promoción, quien estaba completamente desnudo y cubierto de arena, echándole agua fría mientras yacía en el piso, un promo más antiguo dijo: "Así es, promoción, Julio 21, hijo. Te vas a acordar de esto toda tu vida. Oye, oye, oye, vas a decir: 'Puta, ese mi promo concha de su madre me ha bañado, puta, me han bañado'; vas a decir... 'Me he bañado desde la noche'". Otro, en tono burlón, añadió: "¿Hace frío o hace calor?". El promo más antiguo continuó: "Que no se vuelva a repetir, cholo, esa huevada. Tú eres parte de la familia Julio 21. Puta, en ningún puto momento hemos dicho que no a nuestro promo". Otro compañero intervino: "¿Estás temblando, creo, mierda? ¿Qué pasa? ¿El agua está más caliente que la arena?". Mi promo, el castigado, respondió: "No, la arena está más helada". Mientras continuábamos bañándolo con agua fría, él permanecía tendido en el piso, completamente cubierto de arena, y alguien dijo: "Le faltan las tetas", formando dos cúmulos de arena sobre su pecho. En ese momento, el promo más antiguo exclamó: "¡Atención!", pero el castigado no podía levantarse porque la arena mojada lo cubría por completo. Otro promo le dijo: "No puedes levantarte, creo", y el castigado respondió: "Pesa esta huevada". Entre risas, dijimos: "Ya te vamos a bañar, te hemos ensuciado". Mientras lo decíamos, alguien comentó: "Puta, mi promo ruko se baña a estas horas con agua fría". Otro añadió: "A estas horas se baña con agua fría y su jabón es la arena. A ver, la mierda va a salir. ¡Viva el agua, va a salir!". Cuando quisimos hacerle una almohada de arena, otro promo preguntó: "¿No hay otra pala para enterrarlo más?". El promo más antiguo indicó: "Parte de esta huevada es ser responsable de sus propios actos". Finalmente, cuando mi promo logró ponerse de pie, completamente cubierto de arena, le echamos agua para limpiarlo y, entre risas, dijimos: "Nuestro promo es un ruko", haciendo referencia a un cachaco que no siente el frío.

La pedagogía de las instituciones jerarquizadas, como las Fuerzas Armadas del Ejército del Perú, se centra en formar a los jóvenes del servicio militar voluntario acuartelado para que, al integrarse a ellas, abandonen las conductas propias de la vida civil y superen el ritual de iniciación conocido como la "perrada". Ramos (2022) señala que “en este acomodo cultural, los encargados de brindar una instrucción militar son los monitores y en muchos casos los sargentos” (p. 393). Este proceso de transformación busca moldear al individuo para que adopte los valores, comportamientos y actitudes propios del ámbito militar, con el fin de que cumpla con las normas y requisitos establecidos.

Bourdieu (1979) señala que las instituciones sociales son capaces de transmitir un "capital simbólico", el cual el sujeto va incorporando mediante prácticas cotidianas. Este capital, en el ámbito militar, incluye la interiorización de valores como la disciplina, la valentía y la resistencia, los cuales constituyen ideales de la masculinidad hegemónica y, además, representan habilidades funcionales para la actividad militar. De este modo, dicho capital pasa a formar parte de la identidad que los soldados deben asumir para ser aceptados y estar en consonancia con la cultura del grupo.

Connell (1995) introduce el concepto de "masculinidad hegemónica", que describe como una construcción que privilegia ciertos rasgos asociados con el poder y la dominación, tales como la fuerza física y la rigidez emocional. En las Fuerzas Armadas, estas características se imponen a través de procesos de entrenamiento y socialización, donde se espera que los jóvenes adopten patrones de comportamiento alineados con estos cánones. En esta misma línea, Kimmel (2005) señala que los entornos altamente masculinizados tienden a promover la virilidad y la resistencia como mecanismos para demostrar valor y pertenencia, al tiempo que marginan otras expresiones de la masculinidad que no se ajustan a estos estándares.

> Cuando entré al cuartel, no sabía lo que me esperaba. Al principio, todo giraba en torno a la obediencia y la resistencia física. Nos gritaban, nos humillaban si mostrábamos debilidad. La ‘perrada’ fue lo más difícil, porque ahí te das cuenta de que no puedes ser ‘blando’. Si te quejas o muestras miedo, te ganas el rechazo del grupo. Aprendí rápido que aquí ser hombre es ser fuerte, aguantarlo todo, no demostrar emociones. Nos decían que llorar era ‘cosa de maricones’ y que el miedo no existía. Salí del ejército con más disciplina, sí, pero también con una sensación de que debía probar mi hombría en todo momento, incluso fuera del cuartel. A veces, todavía me cuesta bajar la guardia con mi familia o mis amigos. (Entrevista, soldado Chester, 2021)
>
> Yo me hice hombre en el Ejército. Antes era un chico sin rumbo, sin disciplina. Aquí aprendí lo que significa la lealtad, la hermandad, y sobre todo, la fuerza. El Ejército te enseña que un hombre debe ser duro, no puede andar con sentimentalismos. No me gusta cuando la gente critica nuestros métodos de entrenamiento, porque la guerra no es para débiles. Si no formas hombres de verdad, no sobreviven. Yo veo a los nuevos muchachos y a veces llegan con ideas raras, con formas de ser que no encajan. Aquí, el que no se adapta, no dura. Y no es porque queramos hacerlos sufrir, sino porque en la vida real, allá afuera, la debilidad no sirve de nada. (Entrevista, soldado Loco, 2021)
>
> A veces me pregunto si realmente soy la persona que quiero ser o la que el Ejército me ha obligado a ser. Me ha dado muchas cosas buenas: disciplina, un sentido de propósito, compañeros que son como hermanos. Pero también siento que he perdido algo. Aquí no puedes mostrarte diferente, no puedes ser ‘demasiado suave’. Si lo haces, te ridiculizan o te excluyen. Yo nunca fui el típico tipo fuerte, pero aprendí a actuar como uno. A veces me cuesta recordar quién era antes de entrar. (Era más

> débil) No lo sé. Solo sé que, cuando me miro al espejo, veo a alguien que tuvo que convertirse en otra persona para encajar aquí. (Entrevista, sargento primero Gato, 2021)

El testimonio del sargento evidencia cómo el Ejército impone un modelo de masculinidad hegemónica (Connell, 1995), en el que ser hombre significa ser fuerte, resistente y emocionalmente invulnerable. Al afirmar que "el Ejército te enseña que un hombre debe ser duro, no puede andar con sentimentalismos", se evidencia lo que Butler (2009) describe como la performatividad del género: la identidad masculina no es innata, sino que se construye a través de actos repetidos que refuerzan normas dominantes. Esta transformación no es opcional, sino obligatoria, como sugiere al decir: "el que no se adapta, no dura". En términos de Bourdieu (1979), este proceso responde a la interiorización de un habitus militar, donde la dureza y la lealtad se convierten en capital simbólico que otorga reconocimiento dentro del grupo. Asimismo, Kimmel (2005) refuerza este argumento al señalar que los contextos altamente masculinizados excluyen cualquier manifestación de vulnerabilidad, ya que esta es percibida como incompatible con el ideal de masculinidad dominante.

Durante las primeras jornadas en el cuartel, los reclutas recién llegados se enfrentan a una experiencia dominada por la disciplina extrema, una rígida estructura jerárquica y un clima de constante rigor. Esta experiencia inicial puede resultar intimidante, más aún cuando se trata del primer contacto con la vida militar. "Ahora tienes que aprender a ser un hombre de verdad" es un discurso recurrente que apela a una forma de entender la masculinidad, en la que ser hombre significa exhibir valor, dureza emocional y dominio sobre los demás. Este modelo masculino, caracterizado por la resistencia física y una actitud implacable, se alinea con el concepto de "masculinidad hegemónica". En este sentido, Connell y Messerschmidt (2005) destacan que las masculinidades hegemónicas actúan como un ideal que privilegia ciertos rasgos y refuerza jerarquías dentro de la sociedad, estableciendo un modelo que otros deben seguir o al que deben aspirar.

El concepto de masculinidad hegemónica hace referencia a un conjunto de maneras de comportarse que ha sido asumido y normalizado por la sociedad como una manifestación de la "verdadera masculinidad". Estos ideales se transmiten de una generación a otra y las personas suelen interiorizarlos desde una edad muy temprana. Ser un "hombre de verdad" equivale a adoptar formas de conducta que suelen estar estructuradas sobre la base de la negación de cualquier rasgo asociado a lo que se considera "femenino" y/o "débil".

En relación con el cuartel y el servicio militar, la masculinidad se hace mucho más evidente. Los reclutas son expuestos a diversas experiencias diseñadas para poner a prueba su resistencia física y emocional, haciéndoles creer que solo podrán ser considerados hombres si superan estos desafíos. Vargas (2020) hace hincapié en que la construcción de la masculinidad en contextos de naturaleza bélica está configurada por prácticas que potencian la dureza, el autocontrol y la negación de la vulnerabilidad, institucionalizando un modelo que desvaloriza la expresión emocional. Este modelo puede generar consecuencias negativas, ya que la presión por ajustarse a los ideales tradicionales lleva a reprimir emociones cuya expresión es legítima y necesaria. En este contexto, la vulnerabilidad termina siendo percibida y tratada como un signo de debilidad, reforzando así los estereotipos tradicionales de la masculinidad.

El modelo de masculinidad hegemónica que se fomenta en el Ejército de voluntarios se convierte en una pieza esencial de la formación. Los jóvenes reclutas deben someterse a una serie de pruebas físicas y mentales destinadas a demostrar su compromiso como “hombres de verdad”. Estas incluyen entrenamientos altamente exigentes, pruebas de resistencia física y psicológica y actividades orientadas a fortalecer la camaradería en situaciones de máxima tensión. Según señalan Méndez y Ortiz (2019), estas prácticas van consolidando y reforzando una identidad masculina basada en la fortaleza, la autosuficiencia y la capacidad de hacer frente a las dificultades sin mostrar ningún tipo de debilidad.

Sin embargo, esta construcción de la masculinidad hegemónica también genera consecuencias negativas. Al centrarse en los aspectos asociados con la norma tradicional, se desvalorizan otras formas de ser y de expresar la masculinidad, las cuales también son válidas. Aquellos reclutas que no cumplen con la imagen esperada pueden ser objeto de burlas o ser aislados, lo que genera una presión constante por adaptarse a ese modelo. Asimismo, se reproducen actitudes y prácticas machistas, pues la idea de que "ser un hombre de verdad" significa ejercer el dominio y el control sobre los demás refuerzan comportamientos violentos y fomenta el desprecio por la vulnerabilidad.

La necesidad de reafirmar la masculinidad dentro del espacio militar, en un contexto marcado por situaciones de alta presión, genera una cultura en la que los jóvenes deben demostrar diariamente su "valentía" y dureza. Esta cultura dificulta las muestras de emociones sinceras e impide buscar ayuda en situaciones de dificultad emocional. García y López (2020) señalan que esta dinámica responde a una lógica propia de la construcción de

la masculinidad en el ámbito militar, la cual se sostiene en la diferenciación respecto de todo aquello considerado "débil" o "vulnerable" y en la exaltación de la resistencia.

La frase "militar, no civil y no ahuevado" ilustra cómo esta construcción de identidad se basa en la negación de cualquier rasgo percibido como vulnerable o inferior, consolidando una visión estrecha de la masculinidad. Esta idea se evidencia en la siguiente entrevista:

> Desde el primer día nos dejaron claro que aquí no hay espacio para los débiles. Nos repetían: 'militar, no civil y no ahuevado'. Todo el entrenamiento estaba hecho para hacernos más duros, más fuertes. Si alguien se quejaba o mostraba cansancio, se convertía en el blanco de burlas. Aprendí que aquí ser hombre significa aguantar, no demostrar miedo ni emociones. Al principio me costó, pero luego entendí que, si no te adaptas, quedas fuera. Me di cuenta de que la única forma de ser respetado era demostrar fuerza, aunque por dentro estuviera agotado. Ahora ya no sé si soy más fuerte o simplemente aprendí a no sentir. (Entrevista, soldado Pozo, 2021)

Torres et al. (2021) explican que esta visión de la masculinidad hegemónica, tan arraigada en el servicio militar, no solo afecta a los jóvenes voluntarios, sino que también tiene repercusiones en la sociedad. Al promover comportamientos que asocian el hecho de ser hombre con la dureza y el autocontrol, se perpetúan estereotipos que pueden dar lugar a actitudes agresivas y a la represión emocional. En esa misma línea, Martínez (2019) señala que fomentar una concepción más inclusiva de la masculinidad, que permita la expresión de diversas emociones y comportamientos, es esencial para romper estos estereotipos perjudiciales.

3.2.6. Construyendo un odio de esquirlas hacia lo "no masculino"

Dentro del cuartel, la masculinidad no solo se enseña; también se impone, se grita y se inscribe en el cuerpo mediante cada orden, cada castigo y cada burla. La sola sospecha de desviarse de esa virilidad militarizada ruda, dominante y silenciosa es suficiente para convertirse en objeto de humillación pública. Recuerdo con claridad cuando un compañero, solo por mostrar cansancio, fue llamado "cabro sin huevos" frente a toda la formación. Aquella acción no fue únicamente una ofensa individual, sino también una advertencia colectiva: no se tolera lo que es asociado con la debilidad ni aquello que se percibe como "afeminado". Expresiones como "no corras como niña", "no seas civil ahuevado" o "acá se forjan hombres, no maricones" eran constantes. La repetición de estos discursos funcionaba como una pedagogía simbólica de exclusión.

En ese entorno, lo “no masculino” se convierte en el enemigo interno. El lenguaje cotidiano lo evidencia: el insulto siempre se dirige hacia aquello considerado ajeno al ideal de virilidad dominante. El cuerpo, la voz, la forma de caminar e incluso el silencio en momentos de tensión pueden ser vigilados y controlados. De este modo, se produce una masculinidad rígida y cerrada, como una armadura que no admite fisuras ni ambigüedades. No existe espacio para la ambivalencia: se debe encajar en el modelo masculino impuesto o se corre el riesgo de ser desvalorizado. Esta lógica configura una forma de rechazo hacia lo “otro”, al mismo tiempo que expresa un profundo temor a ser identificado con aquello que la institución considera inferior.

Imagen 12: La construcción de un odio de esquirlas hacia los cuerpos “no masculino”.



Nota: La fotografía muestra la humillación de los reclutas por parte de sus superiores, archivo fotográfico del autor, 2021.

Ese miedo es estructural. Durante los entrenamientos, ante el menor signo de flaqueza, el monitor indicaba: “¿Qué eres, una mujercita o un perro militar?”. Nos entrenaban para rechazar aquello asociado con lo femenino, no necesariamente por convicción propia, sino como parte de una adaptación al universo simbólico militar. Con el tiempo, uno aprendía a reírse de los chistes homofóbicos y a repetir canciones de marcha que desvalorizaban lo civil, lo sensible o lo diferente. La masculinidad que se consolidaba

allí era una coraza: dura y áspera, pero también frágil, porque necesitaba afirmarse constantemente, recordarse e imponerse. Esta afirmación se construía a costa de la exclusión de cualquier diferencia. En ese escenario, rechazar lo "no masculino" no era simplemente una decisión individual, sino un aprendizaje y una práctica de adaptación al modelo simbólico de la institución militar.

La primera orden del superior fue muy intimidante, al menos así la percibí. Cuando llegaron, parecía que eran conscientes del poder que tenían sobre nosotros. Esa actitud me hizo sentir humillado, como si transmitieran la idea de: "¿Quién es esta persona insignificante? ¿Qué hace aquí?". Nos hacían sentir débiles y constantemente nos gritaban, tratándonos como si no tuviéramos valor. Esa sensación de menosprecio generaba la percepción de estar completamente desvalorizados, de modo que, como expresó un entrevistado: "Cuando uno hace el servicio militar, lo tratan como a un perro. Te vuelves casi invisible".

El cuartel se configura como un sistema de producción y reproducción de subjetividades masculinas dentro de un dispositivo disciplinario que impone patrones de género, mediante los cuales los jóvenes del servicio militar deben asumir determinadas formas de comportamiento. Frente a otras expresiones de masculinidad, como "lorna", "afeminado" o "cabro", entre otras categorías utilizadas dentro del espacio militar, la humillación ritualizada y la estigmatización de lo "no masculino" funcionan como estrategias de disciplinamiento que aseguran la interiorización de un modelo normativo excluyente. Tal como indicaba mi monitor: "Aquí es donde la niña se convierte en hombre, donde aprendemos a valorar cada minuto de sueño, donde el suelo se vuelve tu mejor cama, donde entiendes el verdadero valor de la comida que alguna vez desperdiciaste".

Durante las instrucciones de orden cerrado, cuando nos veía cansados, el sargento gritaba con voz fuerte: "¿Eres hombre o una niña, mierda?". Nos observaba uno por uno, esperando encontrar la mínima muestra de debilidad.

"¡Así le saquen la concha de su madre, la moral siempre elevada, mierda! ¡Eso es lo último que un soldado debe perder, perro!", gritaba el sargento con furia. Sus palabras resonaban y, sin dudarlo, toda mi promoción respondía con una voz enérgica y firme: "¡Comprendido, mi sargento!". En ese momento, el cansancio, el dolor y el sudor pasaban a un segundo plano; lo único importante era demostrar que seguíamos de pie, que la moral no se quebraba y que todavía éramos soldados.

El lenguaje castrense funciona como un dispositivo performativo que refuerza la construcción de un orden de género dicotómico y jerárquico. Las expresiones peyorativas dirigidas hacia quienes exhiben signos de vulnerabilidad o se apartan de la normatividad impuesta constituyen mecanismos discursivos de regulación y exclusión. Frases como "corre como hombre" o "pareces una niña" establecen un límite entre aquello considerado aceptable y aquello que debe ser sancionado, operando como enunciados disciplinarios que generan rechazo hacia cualquier manifestación que cuestione la hegemonía viril. Estos discursos, articulados con prácticas de castigo físico y psicológico, consolidan un campo simbólico de rechazo hacia todo aquello percibido como "débil", "femenino" o "desviado" dentro de la estructura castrense. En este proceso, las canciones guerreras también cumplían una función disciplinaria, ya que sus mensajes eran interiorizados inconscientemente y contribuían a reforzar el rechazo hacia todo aquello asociado con lo femenino y lo civil.

Mirra mira como miran, asustados,
ahuevados cuando pasan,
cuando pasan la mejor promoción aaa aaa,
escúchalo bien, grábalo bien.
(Canción de trote militar)

"Ese acto es una ofensa y una advertencia colectiva: no se tolera lo que huele a debilidad ni aquello que se percibe como 'afeminado'". Esta expresión revela una práctica cotidiana y, al mismo tiempo, una tecnología de poder que naturaliza la subordinación mediante el lenguaje. Según Connell (1995), la masculinidad hegemónica se construye a través de relaciones jerárquicas donde las expresiones asociadas con lo femenino ocupan una posición subordinada, estructurando un orden de género que se legitima mediante prácticas simbólicas como el insulto y la humillación pública.

En esta línea, De Stéfano (2022) sostiene que esta forma de masculinidad, aunque se presenta como universal, es históricamente contingente y responde a contextos específicos de dominación, como el militar, donde se establece como la única forma legítima de ser hombre. Asimismo, Ramos (2022a) documenta cómo el lenguaje agresivo dentro del servicio militar voluntario funciona como un dispositivo de normalización subjetiva que sanciona cualquier desviación del modelo viril, reproduciendo un esquema de exclusión simbólica basado en la repetición ritualizada del desprecio.

Goffman (1959) añade que la vida militar implica una constante "puesta en escena", donde la uniformidad, los rituales y el comportamiento disciplinado refuerzan la cohesión institucional y la imagen del soldado como representante de la nación. Desde el enfoque de Geertz (2003), las Fuerzas Armadas pueden comprenderse como un universo simbólico en

el que los gestos, la vestimenta y las prácticas corporales comunican significados asociados a la virilidad, la disciplina y la pertenencia institucional.

Las esquirlas son fragmentos producidos por una explosión que pueden causar daños graves a todo aquello que se encuentra a su alrededor. Metafóricamente, un efecto similar puede observarse en la construcción sociocultural de las masculinidades hegemónicas, donde se moldean figuras como los llamados "cachacos de acero": hombres cuya identidad masculina se valida en la medida en que demuestran resistencia, control emocional y ausencia de miedo frente al peligro.

En este contexto, los militares manifiestan una actitud de rechazo hacia aquello que consideran "no masculino". Dentro del discurso militar, la feminización y la homosexualidad son representadas como posiciones subordinadas, reforzando un modelo de masculinidad dominante. Fuller (2018) destaca que es la "operación de repudio" la que contribuye a definir los rasgos asociados con lo masculino, presentando la masculinidad como una identidad rígida y estable. Lo "abyecto" funciona como una categoría que amenaza con desestabilizar dicha identidad, generando la necesidad de reafirmarla constantemente.

Por otro lado, Kimmel (1997) afirma que la masculinidad es "un conjunto de significados siempre cambiantes, que construimos a través de nuestras relaciones con nosotros mismos, con los otros y con nuestro mundo". Ramos (2022a) explica que el patriarcado y las masculinidades hegemónicas buscan mantener un modelo conservador de género, configurando una "homomasculinidad" que enfrenta desafíos permanentes para demostrar fuerza y valentía, preservando así los mandatos tradicionales de la hombría.

> Comandos, on dos on, uno, dos, tres, cuatro, cuatro, tres, dos, uno, a mi Dios le voy rogando que me alivie la fatiga, que por eso estoy pasando nueve meses de mi vida, serán nueve meces serán de terror, serán nueve meces serán de locura, el agua negra del aguerrido monitor corre que corre cargando esa viga corre que corre demuestra tu moral, la locura la demencia en este curso yo aprendí aquella noche llena de dolor en esta pista donde los comandos, yo quiero todo por conseguir, esa boina negra en su cabeza y un Pachacutec en su corazón, escucha mi canto inca Pachacutec te cantan tus hijos los rumimaqui, te cantan tus hijos los yanahuma que quieren ser FFEE hoooooo hoooo por esos días que no volverán que patrullando con mi arma dormir, era mi instinto de querer sobrevivir me hicieron más fuerte para combatir, me hicieron más fuerte para destruir. (Canción guerrera)

En ese sentido, el cuartel debe entenderse como un microcosmos social donde la masculinidad hegemónica se produce y se refuerza mediante dispositivos de control, exclusión y disciplinamiento corporal. En este espacio, la violencia simbólica y física

ejercida contra lo "no masculino" constituye un mecanismo de cohesión interna y una estrategia de legitimación de un orden jerárquico que trasciende el ámbito militar.

"Corre que corre cargando esa viga… demuestra tu moral… la locura, la demencia en este curso yo aprendí", canta el soldado mientras cada verso refuerza una subjetividad forjada en la resistencia física, la obediencia incondicional y la negación de la fragilidad. Esta canción guerrera constituye una práctica cultural institucionalizada y un dispositivo performativo que, como plantean Connell et al. (2021), contribuye a consolidar una masculinidad hegemónica legitimada mediante el consenso y naturalizada a través de la repetición ritual del sacrificio viril.

Según Ramos et al. (2024), estos discursos musicales reproducen significados que vinculan la hombría con la capacidad de destruir y soportar el dolor, convirtiendo el cuerpo en un territorio donde se inscriben normas de género profundamente arraigadas. A su vez, Boesten y Gavilán (2023) señalan que esta exaltación de la violencia, tanto en el canto como en las prácticas cotidianas, encubre experiencias traumáticas, erotiza el dominio y desdibuja la frontera entre el deseo, la agresión y la supervivencia.

3.2.7. La construcción de la masculinidad a través del cuerpo simbólico

La construcción de la masculinidad a través del cuerpo simbólico en el contexto del servicio militar voluntario acuartelado se articula mediante rituales, prácticas y discursos que moldean la identidad de los reclutas. En este proceso, el cuerpo se convierte en un espacio de transformación donde se inscriben las normas y los valores de la institución castrense. El ritual de la "perrada" constituye un claro ejemplo de esta construcción, pues somete a los nuevos soldados a pruebas físicas y psicológicas orientadas a despojar su identidad civil para dar paso a la identidad militar. A través de insultos, apodos y pruebas de resistencia extrema, los reclutas son reconfigurados como "hombres fuertes", capaces de demostrar su valía en un entorno jerárquico donde la disciplina y la obediencia son esenciales. De este modo, el cuerpo se convierte en un territorio simbólico donde se establecen las fronteras entre la fortaleza y la debilidad, la subordinación y el poder, legitimando la pertenencia al grupo y reforzando el sistema de valores castrenses.

Asimismo, la corporalidad del soldado constituye un espacio de disputa donde se negocian significados vinculados con la virilidad, la resistencia y la disciplina. La exhibición de fuerza física y control emocional legitima la pertenencia al colectivo y reafirma el orden jerárquico de la institución militar. En este contexto, los insultos, los apodos y las pruebas

de resistencia dejan de ser simples actos de agresión para convertirse en mecanismos de integración, disciplinamiento y reproducción de la masculinidad hegemónica, mediante los cuales el recluta demuestra su capacidad para soportar el rigor de la vida castrense y obtener el reconocimiento de sus superiores y compañeros.

No existe el frio, no existe el hambre, no existe sueño,
solo Dios y patria, viva la patria 4, 3, 2, 1, 0,
desistir es de cobardes y cobarde yo no soy,
y si algún día lo fuera, que me saquen de esta mierda,
no merezco estar aquí, no merezco ni vivir.
(Canción militar)

La masculinidad en el contexto militar se construye en oposición a aquello que se considera "femenino" o "débil", categorías asociadas con la figura del civil. El uso de expresiones despectivas como "civil ahuevado" evidencia la existencia de una dicotomía en la que la identidad militar se erige como la única expresión legítima de la masculinidad. En consecuencia, la virilidad se convierte en un imperativo impuesto sobre los cuerpos de los reclutas, quienes deben demostrar su capacidad de adaptación mediante el sufrimiento, la obediencia y la resistencia.

La construcción de la masculinidad a través del cuerpo simbólico en el ejército peruano se sustenta en la reafirmación de una virilidad exacerbada, expresada en la resistencia al dolor, la lealtad incondicional y la capacidad de mando. Este proceso de homosocialización fortalece la cohesión grupal y favorece la reproducción de la identidad castrense en cada nueva generación de soldados. De esta manera, el cuerpo del soldado se convierte en un emblema de poder y disciplina, donde cada cicatriz, cada insulto soportado y cada prueba superada adquieren el valor de símbolos de pertenencia y legitimidad dentro del universo militar.

Este proceso de transformación no es homogéneo ni unilateral. Aunque la disciplina impuesta desde la jerarquía militar busca forjar una masculinidad uniforme, los reclutas desarrollan estrategias individuales y colectivas para negociar su lugar dentro de la estructura castrense. Algunos adoptan plenamente los valores institucionales, mientras que otros los cuestionan o resisten de distintas maneras. Sin embargo, la presión por ajustarse al modelo de masculinidad dominante hace que la mayoría termine reproduciendo los mismos patrones de conducta que, en muchos casos, perpetúan la violencia simbólica y material dentro del cuartel.

La diferencia fundamental entre la vida militar y la vida civil radica en la forma en que se construye el cuerpo simbólico. En el ámbito castrense, el orden, la disciplina y la identidad nacional se inscriben en los cuerpos mediante prácticas sistemáticas que transforman al individuo en un agente del Estado. En cambio, en la sociedad civil estos elementos pueden asumirse de manera más flexible y diversa. Tal como evidencia la siguiente canción de trote militar:

> Fortalezco este cuerpo miserable ¡miserable!
> Carrerita chiquitita para mí no es nada
> Yo quisiera todo el día,
> toda la noche y mucho más.
> (Canción militar)

Como cada día, los voluntarios del servicio militar se preparan para el exigente entrenamiento físico que marca el inicio de su jornada. En las primeras horas de la mañana, sus cuerpos adormecidos se enfrentan al frío cortante y a las huellas de la tormenta nocturna. Aunque el suelo aún conserva los rastros de la lluvia, con charcos dispersos y humedad persistente, ni el clima adverso ni el cansancio representan un obstáculo. La tropa se organiza en cuatro columnas perfectamente alineadas, cada una comandada por un sargento cuya voz resuena con autoridad. Con energía y determinación, el líder entona los cánticos guerreros que, en un coro uniforme, refuerzan el orgullo patriótico, la identidad militar y el modelo ideal del soldado. A través de estas consignas, se moldea el carácter de los reclutas, inculcándoles la importancia del sacrificio, la obediencia y la entrega incondicional a la patria.

"Fortalezco este cuerpo miserable, carrerita chiquitita para mí no es nada", se canta al trote y, en ese acto, se afirma una verdad profunda del régimen castrense: el cuerpo no es solo carne sometida a disciplina, sino un territorio simbólico donde se inscriben la nación, la jerarquía y la masculinidad hegemónica. Como señalan Grompone (2022) y Vásquez (2017), en el Perú las instituciones militares han reproducido históricamente una noción de virilidad asociada con la racionalidad patriótica, la obediencia al mando y la resistencia al dolor, moldeando a los jóvenes soldados como cuerpos útiles para un proyecto nacionalista y disciplinario. Ello se materializa en rituales como "la perrada", donde el cuerpo civil es transformado para dar paso al cuerpo militar, tal como sostienen Ramos (2022b) y Castelblanco y Niño (2022), quienes analizan cómo la violencia ritualizada reconfigura la subjetividad del recluta mediante una lógica de integración forzada. A ello se suma lo planteado por Morilla y García (2023), quienes señalan que la interiorización de esta

masculinidad implica un elevado costo emocional, ya que la performance viril exige negar la ansiedad, la fatiga y cualquier manifestación de fragilidad.

En el quehacer cotidiano, los jóvenes del servicio militar voluntario realizan una variedad de ejercicios físicos diseñados para fortalecer tanto su resistencia física como su fortaleza mental. Las siguientes canciones forman parte de ese proceso de socialización, pues contribuyen a la construcción del cuerpo simbólico del soldado y al ideal del "cachaco de verdad", caracterizado por la resistencia, la disciplina y la fortaleza.

Ni el duro trato, ni el aislamiento
Ni el dolor, el cansancio y la fatiga
La sed que abraza mi cruento sufrimiento
Han de abatir mi arrojo y mi osadía.
(Himno del comando)

Cuando tú me veas débil y cansado
No me des tu agua, no lo necesito
No me des comida, yo no la merezco
Sácame la mierda, eso si yo quiero
Porque soy comando.
(Canción de trote militar)

Cuando el monitor finalmente dice "descansen", después de una jornada de agotamiento físico y mental en la que el cuerpo ha sido llevado al límite, el alivio es inmediato. No hay espacio para pensar en otra cosa que no sea el suelo bajo el cuerpo y el peso del cansancio sobre los músculos. El dolor, el sudor, el frío o el calor dejan de importar; solo existe esa hora de descanso como un refugio efímero en medio de la intensidad del entrenamiento. En cuestión de segundos, el sueño vence al cuerpo de manera profunda y absoluta, como si este se desconectara por completo para prepararse ante la próxima orden, el siguiente esfuerzo o la nueva prueba impuesta por el sargento o el instructor.

La vida militar se distingue de la vida civil en múltiples dimensiones, siendo una de las más relevantes la forma en que las normas de disciplina, el orden y la identidad nacional se inscriben en los cuerpos. Mientras que en la sociedad civil las reglas de convivencia pueden ser más flexibles y estar sujetas a interpretaciones individuales, en el ámbito castrense predomina una estricta reglamentación que moldea tanto el comportamiento como la subjetividad de los individuos.

Después de mojarnos con agua y tierra, el uniforme se volvió pesado y dificultaba el desplazamiento. Fue entonces cuando el monitor ordenó: "Para que se seque su uniforme, van a trotar sobre su mismo desplazamiento". De inmediato preguntó: "¿Un voluntario para cantar?". Todos respondimos: "¡Presente, mi monitor!", y un compañero de mi promoción

inició el canto: “Todos vamos llevando explosivos, nada me interesa, solo mi objetivo, mi objetivo es el Ecuador”. En plena canción de guerra, el instructor interrumpió con voz severa: “¡El zorro Coca no grita ni mierda! Quito y Guayaquil vamos a reventar, porque todos somos, ¡somos un puño! ¡Uno para todos, todos para uno! 1, 2, 3, 4... 4, 3, 2, 1”. De repente, el sargento, al notar unas risas, exclamó: “¿Se ríen, mierda?”, y sin previo aviso propinó una patada en el estómago a uno de los reclutas. Luego continuó el canto militar y, finalmente, ordenó: “¡Reemplazos, no quieren levantar la pierna!”. Ante la falta de reacción, insistió con mayor autoridad: “¡Reemplazos, alto!”, mientras el instructor remató con desprecio: “¡Mil, perro!”, dirigiendo la mirada al cielo.

Cuando llegó el cumpleaños de un compañero de mi promoción, el instructor reunió a toda la unidad en círculo y nos dijo: “El respeto va de arriba para abajo, igual que de abajo para arriba...”. Después de cantar el “Happy Birthday” con el tono característico de la tropa, explicó que aquella práctica formaba parte de las tradiciones del Ejército y que continuaría realizándose con cada nueva promoción. Mientras todos gritaban y reían, uno de los compañeros más tranquilos de mi promoción apenas resistía el desgaste físico, momento en el que el monitor comentó con una sonrisa burlona: “Ese zorro se está muriendo ya”.

En el contexto militar, la disciplina se inscribe mediante un riguroso proceso de adiestramiento que transforma al individuo en un agente del orden institucionalizado. Este proceso comprende desde el entrenamiento físico extenuante hasta la interiorización de normas que regulan la obediencia y la lealtad hacia la jerarquía. Foucault (1975) sostiene que las instituciones disciplinarias, como el ejército, operan mediante técnicas de vigilancia y control que fragmentan y reorganizan los cuerpos en función de la eficacia y la subordinación. Así, el soldado no solo obedece órdenes, sino que incorpora un habitus militar que redefine su manera de actuar, pensar y relacionarse con su entorno. Con el tiempo, mis compañeros de promoción y yo habíamos interiorizado las palabras de nuestro sargento: “Yo también soy de carne y hueso, solo que la vida me obligó a actuar como si fuera de hierro”.

> ¡Atención! ¡Diagonal izquierda, izquierda! ¡Chinches, un dos! ¡Atención! ¡Tres pasos a la derecha, marchen! ¡Descanso! ¡Atención! Ya cuando uno es zorrito tigre, pe, estás sin trato, eres un hombre nuevo, te sientes Dios, estás a full masacre. Nos metían palo. A mí nunca me gustó esa huevada. Ese monitor que tuve sí era un loco, sin miedo a nada. (Apuntes del cuaderno de campo, 17 de julio de 2021,).

Con el mando del sargento: “¡Compañía, descanso! ¡Atención!”, los reclutas respondían con una voz grave y enérgica: “¡Yaaa!”. Luego continuaba la instrucción:

“¡Saludo al frente... ¡Saludo!”. Finalmente, el instructor ordenaba: “¡Rompan filas!”, y los reclutas respondían al unísono: “¡Viva el Perú y el glorioso Batallón de Ingeniería, yaaa!”. Después, todos se dirigían hacia sus cuadras, algunos con la respiración agitada y otros con la mente aun procesando lo que acababan de experimentar. Al finalizar cada instrucción, aprendíamos que la mente domina al cuerpo, que el camino sería difícil, pero nunca imposible.

Por su parte, el concepto de “hegemonía cultural” desarrollado por Gramsci (1971) permite comprender cómo estas prácticas reproducen ideologías dominantes que se reflejan en una identidad masculina orientada hacia la unidad, la disciplina y el propósito colectivo. De este modo, las Fuerzas Armadas no solo entrenan soldados, sino que también moldean identidades cohesionadas, disciplinadas y cargadas de simbolismo, reafirmando su papel como una institución de formación social.

Durante los desplazamientos a paso ligero y como parte de las sanciones disciplinarias, gritábamos las siguientes canciones, las cuales buscaban transformar simbólicamente nuestros cuerpos, dejando atrás la imagen de un cuerpo de “niñita” para asumir el ideal del cuerpo del “macho” o del “hombre de verdad” promovido por la institución militar.

Sácame la mierda que te sube esa moral, moral, moral y
mucha moral, moral como mierda, moral que
demuestro, cantando canciones, canciones de guerra.
Ayayay ayayay mi moral, mi moral solo dos meces me
quedan ya, y toda esta mierda ya pasara 1, 2, 3, 4.
Las piernas me duelen, hay que rico, huy que rico ajjaja
le digo, que risa me da que algunos ya no pueden.
(Canción guerrera)

En la instrucción militar, el sargento, gritaba “aquí no hay lugar para la fragilidad”, porque a nos entrenaban y formaban con gritos, insultos y sanciones, me endurecieron en cuerpo y alma. Aprendíamos a soportar el cansancio extremo, el dolor, el hambre y la soledad, a encontrar fuerzas donde no las hay. Mi promo el más cueteado, decía ¿Tú crees que con unas simples palabras vas a asustarme o lastimarme?, al referirse al un civil, No sabes lo que significa forjar carácter a golpes de disciplina, ni lo que es templar el espíritu en el fuego de la adversidad.

“Sácame la mierda que te sube esa moral, moral como mierda”, entonábamos entre gritos, sudor y tierra, mientras el cuerpo, lejos de ser solo un músculo en entrenamiento, se convertía en un soporte simbólico de una masculinidad moldeada por la violencia ritual y la obediencia absoluta. En este proceso, Gramsci (1971) conceptualiza la hegemonía como

una forma de consenso e interiorización de valores que orientan las prácticas y las formas de actuar de los sujetos. En el contexto militar, este proceso se expresa en la aceptación de ideales como la fuerza, la subordinación y la lealtad a la jerarquía institucional. Bajo esta lógica, la corporalidad deja de entenderse como una experiencia individual para convertirse en una experiencia colectiva, unificada por el dolor y legitimada por la capacidad de soportarlo.

3.2.8. El armamento en relación al cuerpo de la mujer

En las instrucciones de la etapa básica, el sargento enfatizaba que "el armamento es como una mujer". Nos hacía formar en fila con el fusil al hombro mientras caminaba de un lado a otro, observándonos con una mirada severa. "Nunca jueguen con el gatillo", decía con voz firme, advirtiendo que hasta de la punta de una escoba podía salir un tiro. Era una advertencia que todos debíamos tomar en serio. Aunque en un inicio sus palabras me parecieron extrañas, pronto comprendí que aquel discurso buscaba inculcarnos un sentido de responsabilidad, aunque recurriera a una metáfora cargada de connotaciones de género.

Con el transcurso del entrenamiento, esa idea se reforzaba constantemente. "El fusil es una extensión de tu cuerpo", repetía el sargento, "y si no lo cuidas bien, si lo dejas sucio o sin mantenimiento, puede fallarte en el momento más crucial". Nos exigía limpiar las armas con dedicación, revisando cada una de sus piezas con atención. La analogía era recurrente: "Así como hay que cuidar a una mujer, hay que cuidar el fusil. Si no lo respetas, te va a traicionar". Al comienzo, me resultaba difícil comprender este tipo de comparaciones, pues nunca había escuchado una asociación tan estrecha entre el armamento y el cuerpo femenino. Con el paso del tiempo, entendí que estas enseñanzas formaban parte de una cultura institucional profundamente arraigada, en la que la disciplina, la obediencia y la jerarquía prevalecían sobre cualquier intento de cuestionamiento.

> El armamento (…) lo tratábamos como si fuera nuestra mujer, porque era parte de nosotros, y teníamos que respetarlo. No solo nos entregaban el arma, sino que también nos daban el número de serie, y teníamos que memorizarlo. Prácticamente, desde el inicio ya nos adoctrinaban: teníamos que estar siempre con el armamento, como si fuera inseparable. (Entrevista, cabo Chester, 2025)

En esa misma línea, incluso había instrucciones y prácticas donde teníamos que descansar con el arma al lado. Los monitores y los instructores hacían una especie de dinámica, casi como un juego, donde nosotros debíamos estar con los ojos cerrados, pero

siempre agarrando el armamento. Y aquel que se dejaba quitar su arma en ese ejercicio, era sancionado, era castigado.

Imagen 13: La relación simbólica de entrega del armamento “cuerpo de la mujer”.



Nota: Fotografía representa un armento de guerra, Galil 5.56, archivo fotográfico del autor, 2023.

Lo más sorprendente de todo era que la instrucción de nuestros superiores influía en nuestra manera de pensar. Al escuchar al monitor, me daba cuenta de que muchos de mis compañeros asentían con la cabeza, asimilando la comparación sin cuestionarla. Para ellos, el fusil era un arma y un símbolo de poder, control y masculinidad. “Si no sabes manejar tu arma, no eres un verdadero soldado”, solía repetir el sargento. “Y si no sabes manejar a una mujer, tampoco lo eres”.

Según Pariona (2004), “el género es el conjunto de ideas sobre la diferencia sexual que atribuye características ‘femeninas’ y ‘masculinas’ a cada sexo, a sus actividades y conductas, y a las esferas de la vida” (p. 24). Desde esta perspectiva, la comparación establecida por el sargento entre el manejo del fusil y el “manejo” de una mujer constituye la expresión de un orden simbólico que asigna al varón atributos de control, dominio y autoridad sobre objetos y personas. En consecuencia, cuando los soldados asienten y

naturalizan esa analogía, interiorizan una concepción de masculinidad que vincula la competencia militar con la capacidad de ejercer control sobre lo femenino. De este modo, se reproduce una matriz de género que delimita lo que significa "ser un verdadero soldado" y, al mismo tiempo, "ser un verdadero hombre", inscribiendo en el pensamiento y en las prácticas cotidianas una visión androcéntrica que articula el poder, el arma y la mujer como territorios legítimos de dominio masculino.

En ocasiones, nos enseñaban que el armamento debía considerarse como una mujer, es decir, como algo propio y cercano. Decían que el gatillo era comparable con una parte íntima del cuerpo femenino, estableciendo una analogía directa con el aparato reproductor femenino. Si uno jugaba con el gatillo, podía desencadenarse un disparo, de la misma manera que "jugar con una mujer" podía terminar en un embarazo no planificado. También utilizaban la metáfora de que "hasta el palo de una escoba puede salir un tiro", advirtiéndonos sobre el peligro de manipular las armas sin el debido cuidado. Para nosotros, el armamento llegaba a percibirse como un objeto casi diabólico, pues sabíamos que, si no lo manejábamos correctamente, podía volverse en nuestra contra y causarnos daño.

En el cuartel, el concepto de disciplina se materializa en prácticas concretas, objetos y técnicas propias de la violencia militar que organizan la vida cotidiana. En ese sentido, la disciplina también estructura una forma particular de comprender las relaciones humanas, atravesadas por jerarquías, obediencia y mecanismos de corrección corporal que operan como dispositivos permanentes de control y regulación. La metáfora que equipara el fusil con la mujer expresa aquello que debe ser controlado, cuidado y administrado con responsabilidad, revelando una pedagogía moral y corporal basada en el dominio, la vigilancia del "otro". Bajo esta lógica, el adiestramiento militar refuerza estereotipos de género que, lejos de limitarse al espacio castrense, se proyectan y naturalizan en la vida civil, reproduciendo formas de dominación que atraviesan la vida social en su conjunto.

Acabada la instrucción básica, comprendí que la relación entre el soldado y su arma trascendía el ámbito estrictamente técnico. Era una relación construida a través del lenguaje, de la repetición de determinadas ideas y de la forma en que se transmitía la disciplina dentro de la institución militar.

"El armamento es como una mujer", repetía el sargento mientras inspeccionábamos nuestras armas con el peso de la disciplina grabado en los hombros. Esa frase, cargada de interpretaciones simbólicas, evidencia cómo el entrenamiento militar no solo transmite una

técnica operativa, sino también una pedagogía de género que naturaliza relaciones de control, posesión y vigilancia. Robles et al. (2021) subrayan que este tipo de construcciones discursivas configuran esquemas interpretativos rígidos que refuerzan la hegemonía masculina y la jerarquía como formas naturalizadas de organización social. La metáfora que equipara el fusil con la mujer refleja una pedagogía sexista incrustada en la práctica militar y contribuye a estructurar una subjetividad disciplinada, en la que el soldado aprende a comprender el mundo y su propia corporalidad desde una lógica de control, mediante la repetición simbólica del dominio sobre lo femenino.

3.3. La construcción de la virilidad y poder en los jóvenes del servicio militar

3.3.1. Construcción de la virilidad

La virilidad en el servicio militar se construye a través de prácticas y discursos que exaltan el dominio del cuerpo, la resistencia al dolor y la capacidad de actuar sin expresar emociones consideradas "débiles". En este proceso, los jóvenes son sometidos a pruebas físicas y psicológicas orientadas a fortalecer su carácter y reafirmar una masculinidad asociada con el control, la agresividad y la autoridad. La formación militar moldea así una identidad masculina en la que la sumisión a las normas castrenses se traduce en un ideal de hombre fuerte y disciplinado, reforzando modelos tradicionales de género que vinculan la virilidad con la capacidad de ejercer poder y violencia legitimada. Como promoción, ya habíamos interiorizado la idea de que: "Un día más es un día menos; un día menos es un día más. Ya los días se pasan volando; ahora los meses vienen y se van".

En las sanciones colectivas, nuestro monitor nos decía: "Uno les habla, uno es paciente, les da las indicaciones, pero no hacen caso. A ver si así aprenden", dijo el sargento con voz firme. "¡A empezar de todo! ¡Veinte canguros, contando!". Como promoción, obedecimos al instante, sintiendo el peso del castigo en nuestras piernas, mientras otro sargento, en silencio y con determinación, se llevaba el gallardete. "¡El gallardete no se suelta, carajo!", gritó de repente. "¡Se hacen planchas con una mano y con la otra sostienen el gallardete!". La disciplina era dura y la exigencia, innegociable. Cuando el desfile salía mal, teníamos que repetir una y otra vez hasta que saliera perfecto. "¡Qué cólera!", exclamaba el sargento con un tono de sarcasmo que todos comprendíamos. El sudor empapaba los uniformes, pero la moral debía mantenerse firme. "Soy el resultado de una raza superior", gritábamos con orgullo. "Porque yo tengo… ¡cuerpo de acero! ¡Pecho de acero! ¡Hombros de acero! ¡De acero! ¡De acero, can!". Así, en cada grito, en cada ejercicio y en cada castigo, forjábamos nuestro temple y nos convertíamos en soldados.

Asimismo, siempre que ingresábamos a la cuadra era obligatorio gritar con voz enérgica desde la puerta: "¡Permiso, mi monitor, para ingresar a la cuadra de los dioses, donde la baja reina y los perros como yo rugen! ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya!". Acto seguido, debíamos hacer tres volantines antes de cruzar la entrada, cumpliendo con una tradición que reforzaba la disciplina y el rigor del entrenamiento. Luego, se acompañaba con cánticos militares como el siguiente: "Mándame los rayos, los truenos, Señor, para demostrar quién es el mejor. Miren, miren cómo miran, asustados, ahuevados, cuando pasa, cuando grita este grupo… ayayyaay, ayayay… tú podrás… on dos, on dos".

"¡Se hacen planchas con una mano y con la otra sostienen el gallardete!", gritaba el sargento, mientras el sudor impregnaba los uniformes y la sanción colectiva se convertía en una pedagogía del cuerpo que no admitía fisuras ni disidencias. Esta escena encarna lo que De Stéfano (2022) muestra, al señalar que el castigo colectivo y los rituales de ingreso a la cuadra, como los tres volantines y el grito de ingreso, configuran una forma de masculinidad homosocial que se afirma en la subordinación compartida y en la constante demostración de fuerza. Estas prácticas de sanción y afirmación ritual no solo refuerzan la disciplina militar, sino que también actúan como dispositivos de producción de subjetividades que instauran una identidad viril inseparable del sufrimiento, la obediencia y la violencia, inscribiéndola en el cuerpo como condición de legitimidad y pertenencia.

3.3.2. Presión social para la validación de la masculinidad

La presión social para la validación de la identidad masculina en el contexto del ritual de la perrada dentro de la instrucción militar se manifiesta a través de dinámicas de poder que obligan a los jóvenes reclutas a demostrar resistencia, obediencia y dominio sobre sus propias emociones. En este espacio, la masculinidad se impone como un estándar inquebrantable que debe alcanzarse mediante el sometimiento a pruebas físicas y psicológicas extremas. La violencia simbólica, expresada en insultos y actos de humillación, actúa como un mecanismo de cohesión grupal, en el que quienes no se ajustan al modelo de virilidad hegemónica son marginados y ridiculizados. De este modo, la perrada se convierte en un rito de paso que sanciona el tránsito de la identidad civil hacia la identidad militar, donde la masculinidad se valida por la resistencia física y por la capacidad de soportar el maltrato sin mostrar signos de vulnerabilidad.

Este proceso de validación dentro del cuartel refuerza un modelo de hombría basado en la fortaleza y la disciplina extrema, al tiempo que configura un sistema jerárquico en el que los superiores y, posteriormente, los soldados de mayor antigüedad reproducen los mismos patrones de violencia que alguna vez experimentaron. La presión social dentro del servicio militar voluntario obliga a los jóvenes a ajustarse a este modelo cultural, generando una identidad colectiva que excluye cualquier manifestación de fragilidad o disidencia. Así, el ritual de la perrada funciona como una estrategia de adaptación a la vida castrense y como un dispositivo de producción de subjetividades masculinas alineadas con los valores de la institución militar, perpetuando una visión rígida y excluyente de la masculinidad.

En el contexto del ritual de la perrada y de la formación militar, la presión social por la validación de la masculinidad recae sobre los reclutas y sobre los cabos y sargentos encargados de ejercer la disciplina. Aquellos que muestran una actitud catalogada como “de niñita” hacia sus subordinados o priorizan la reprimenda verbal en lugar del castigo físico son objeto de sanción social dentro de la jerarquía castrense. Sus compañeros de promoción, ya sean de igual o mayor rango, los califican despectivamente como “teta” o “muy teta”, equiparándolos con la figura materna mediante expresiones como “eres una madre” o “una madrezota”. En el imaginario militar, estas referencias refuerzan la idea de que la masculinidad hegemónica debe desvincularse del cuidado y la protección, ya que tales cualidades son percibidas como signos de debilidad.

Imagen 14: La presión social para la validación de la masculinidad.



Nota: Fotografía evidencia el arrojo de tierra a los reclutas tras equivocarse en la instrucción de orden cerrado, archivo fotográfico del autor, 2021.

Los sargentos representan figuras de control, y operan como agentes de reproducción de un sistema de dominación basado en la obediencia incondicional y la

jerarquía estricta. De modo que los sargentos se convierten en agentes de "filtros culturales" al repetir este proceso. Como expresó el sargento segundo Diablo: "Hoy eres mi perro, una escoria, mañana tendrás a tus perros y les harás lo mismo", revelando la lógica cíclica en la que los soldados sometidos hoy serán los verdugos del mañana. Esta estructura jerárquica se refuerza en interacciones diarias, como lo evidencia el siguiente diálogo entre un sargento primero y un sargento segundo:

> "¿Qué carajo haces hablando con tu perro? Parece que le vas a dar teta, te comportas como una madre, una madre sobreprotectora. A esos debes tratarlos como lo que son, perros. En el cuartel se trata con dureza y firmeza. No estamos aquí para demostrar cariñitos. Asegúrate de que sea la última vez; la próxima vez, ambos recibirán sanciones para que aprendan. Es por eso que existen los grados". (Cuaderno de campo, cuadra, 14 de julio de 2022).

La conversación evidencia cómo la presión social dentro del cuartel busca deslegitimar cualquier práctica que no encaje en el modelo de masculinidad militar, estableciendo un esquema de poder que castiga la empatía y premia la dureza. Así, la estructura militar se convierte en un espacio donde la masculinidad se valida mediante el ejercicio de una disciplina implacable, perpetuando un modelo de liderazgo basado en la coerción.

"Parece que le vas a dar teta, te comportas como una madre", increpó el sargento primero al sargento segundo, reafirmando con esa frase el imperativo castrense de separar toda forma de cuidado del ejercicio del mando y, con ello, reforzar un modelo de masculinidad que se legitima por oposición a lo femenino. Vásquez (2017) ya advertía que la figura del superior militar no solo encarna autoridad, sino que representa una forma idealizada de virilidad que debe mantenerse invulnerable, impasible y castigadora. En este mismo sentido, Connell (1995) sostiene que la masculinidad hegemónica se afirma en estructuras jerárquicas donde la ternura o el afecto son leídos como signos de debilidad, una lógica que, en el mundo militar, se convierte en una regla institucional. Ramos (2022a), a partir de su análisis etnográfico del ritual de la perrada, revela que el desprecio por aquello que se considera "maternal" forma parte de un proceso sistemático de legitimación del poder mediante la humillación y la violencia ritualizada. Así, los sargentos actúan como agentes disciplinadores y como piezas clave en la reproducción de un filtro cultural que transforma a los "perros" de hoy en los "cachacos machos valientes" de mañana, como lo ejemplifica el testimonio del sargento Diablo. La masculinidad militarizada no se sostiene únicamente en el mando vertical o en el castigo físico, sino también en un universo

simbólico que estigmatiza el afecto, desvaloriza el cuidado y refuerza la autoridad mediante una pedagogía de la crueldad legitimada como virtud viril dentro del orden jerárquico.

3.3.3. Represión emocional para reforzar la hombría

La represión emocional se impone como una prueba fundamental de hombría, donde el control de las emociones constituye un requisito para ser reconocido como un verdadero soldado. Desde el primer día en el cuartel, los reclutas son sometidos a situaciones de estrés, insultos y exigencias físicas extremas, diseñadas no solo para evaluar su resistencia corporal, sino también para comprobar su capacidad de suprimir cualquier muestra de dolor, miedo o vulnerabilidad. Expresar sentimientos de angustia o sufrimiento es inmediatamente sancionado con burlas y humillaciones, mediante términos como "maricón", "ahuevado" o "no sirves para esto". En este sentido, la masculinidad militar se define por la fuerza física y por la capacidad de soportar el sufrimiento en silencio, reforzando un modelo en el que la dureza emocional es sinónimo de fortaleza.

Esta dinámica se reproduce dentro de la estructura jerárquica, donde los soldados de mayor rango, que alguna vez fueron reclutas, repiten el mismo patrón de represión emocional como parte del entrenamiento. La presión social ejercida por superiores y compañeros impide cualquier intento de expresar emociones que puedan interpretarse como signos de debilidad. Como expresó el sargento segundo Salvaje durante una formación: "Aquí nadie llora, aquí nadie se queja. Un soldado que llora es una vergüenza". Estas palabras reflejan la exigencia de un autocontrol absoluto, en el que cualquier señal de fragilidad es vista como una traición a los valores del cuartel. Así, la represión emocional se convierte en un dispositivo de legitimación de la masculinidad castrense, asegurando que quienes logran interiorizar este modelo sean reconocidos como verdaderos hombres, mientras que aquellos que no consiguen adaptarse son marginados o etiquetados como indignos de la vida militar.

La represión emocional en la formación militar constituye una exigencia estructural y un pilar central en la construcción de la masculinidad dentro del cuartel. En este espacio, el dolor, la fatiga y la desesperación deben ocultarse bajo una apariencia de fortaleza inquebrantable, ya que cualquier manifestación de vulnerabilidad es percibida como un fracaso en la transición de civil a soldado. Desde el primer día, los reclutas aprenden que las emociones no tienen lugar en la vida castrense y que el sufrimiento representa una

prueba más de disciplina y virilidad. En mi experiencia, fue entonces cuando comprendí el verdadero valor de un abrazo, de un "te quiero", de una hora extra de sueño y de un plato de comida caliente. En la rutina del cuartel, donde la fatiga es constante y el descanso constituye un privilegio escaso, pequeños gestos que antes parecían insignificantes adquirieron un significado esencial para la supervivencia emocional. Aprendí lo que significan el dolor, el frío y la lucha diaria; entendí que nada cae del cielo, excepto la lluvia, y que incluso los hombres más fuertes también lloran, aunque en silencio y lejos de la mirada de sus compañeros.

Sin embargo, el sistema militar no permite que estas reflexiones sean expresadas abiertamente. La formación está diseñada para endurecer el carácter, eliminando cualquier rastro de fragilidad emocional. En los días de visita, cuando los reclutas tienen la oportunidad de ver a sus familias, la presión por demostrar que han cambiado se hace evidente. El sargento lo dejó claro en una de sus arengas: "¡No los quiero ver chillando con sus mamás y sus enamoradas los días de visita! Aquí las lágrimas se pagan, ¿o no?". Y nosotros respondimos con una voz enérgica: "¡Sí, mi sargento!". Aquella frase era una advertencia y una orden que consolidaba el mandato de la represión emocional como parte del proceso de transformación. Su discurso continuó con mayor severidad: "Tienen que demostrar que han cambiado, que son diferentes. Siempre con la frente en alto, carajo. Aquí es donde entiendes que un minuto puede ser una eternidad". Estas palabras reforzaban la idea de que el dolor debía soportarse sin quejas y establecían una prueba de resistencia simbólica frente a la sociedad y a la familia. Aprendí que está bien llorar, pero nunca bajar la moral; que llevar el apellido en el pecho significa resistir, soportar y no rendirse. Cada día en la formación militar representa una nueva prueba de resistencia y, aunque el camino sea duro, la consigna es clara: jamás debía considerarse inalcanzable. En el cuartel, la masculinidad se mide por la capacidad de enfrentar el sufrimiento sin expresarlo, forjando así una identidad militar donde el sacrificio y la represión emocional constituyen las principales pruebas de hombría.

"Un soldado que llora es una vergüenza", mencionó el sargento segundo Salvaje, dejando en claro que en el cuartel no hay espacio para la angustia ni mucho menos para su expresión. Esta afirmación encarna un mandato de género que se inscribe en el cuerpo y en la voz de los reclutas desde los primeros días de formación, donde, como advierte Ramos (2022b), el silencio emocional se convierte en una exigencia estructural para la validación de la masculinidad dentro del campo castrense.

3.3.4. Forjando "hombres de acero": los castigos y sanciones que refuerzan la virilidad

En el ritual de la "perrada", los jóvenes del servicio militar voluntario reciben una instrucción de orden cerrado en la que los castigos y las sanciones operan como un mecanismo de validación de la virilidad, consolidando un modelo de masculinidad hegemónica sustentado en la resistencia al dolor y la obediencia al superior. En este contexto, los reclutas son sometidos a pruebas físicas y psicológicas que buscan eliminar cualquier evidencia de debilidad asociada a lo femenino y a lo civil, reafirmando el ideal del "hombre de acero". La violencia simbólica y física se convierte en una pedagogía de la fortaleza, donde cada castigo refuerza la jerarquía militar y distingue a quienes logran soportar la disciplina extrema como verdaderos soldados, dignos de ser "cachacos machos". Así, la virilidad se define en términos de aguante y sacrificio.

Sin embargo, esta construcción de la virilidad no es homogénea ni está exenta de contradicciones. El sufrimiento no solo se evidencia como un filtro cultural para la integración militar, sino que también opera como un dispositivo de exclusión para quienes no logran adaptarse, etiquetándolos como "débiles" o indignos del uniforme. En este sentido, la presión social dentro del cuartel moldea la identidad de los reclutas y los enfrenta a una paradoja: la masculinidad hegemónica que se impone mediante el castigo se convierte en una trampa en la que el hombre debe demostrar constantemente su dureza, sin espacio para la vulnerabilidad. Así, el ritual de la "perrada" genera un sistema de relaciones de poder donde la violencia es naturalizada y reproducida como garantía de pertenencia y reconocimiento dentro del mundo militar.

Imagen 15: Castigo de chinches individual.



Nota: La fotografía muestra a un recluta en un castigo de chinches, tras la orden de un sargento, archivo fotográfico del autor, 2022.

Recuerdo que, cuando nos castigaban con los “chinches”, el sargento gritaba con furia: “¡Manos atrás, mierdas! ¿Ustedes, perros, piensan que así es la huevada, concha de su madre? ¡Por ustedes, mierdas, está así, pe, cagadas! ¡Perros de mierda!”. Cuando un compañero de mi promoción ya no aguantaba y, disimuladamente, apoyaba la mano en el piso para descansar, el sargento lo veía de inmediato y rugía: “¡Oh, qué chucha esperan, concha de su madre!”.

El castigo de los “chinches” era particularmente doloroso. Consistía en colocarse de cabeza, en una posición similar a una plancha invertida, pero sin apoyar las manos, de modo que la frente y los pies eran los únicos puntos de contacto con el suelo, mientras la espalda y el trasero permanecían elevados. Sentía un intenso dolor en la frente, acompañado de una mezcla de sufrimiento físico y tristeza. Lo peor era saber que soportábamos ese castigo por errores cometidos por otros compañeros.

Otra sanción especialmente cruel era el “chocomiel”, que consistía en introducirnos tierra en la boca si no gritábamos con suficiente fuerza. A veces, cuando alguno tenía

amigdalitis, el dolor era insoportable. Aunque a mí solo me introdujeron un poco de tierra por no gritar lo suficientemente fuerte, otros compañeros recibieron un castigo mucho más severo. El hecho más grave que presencié ocurrió cuando, a un compañero, durante la etapa básica, le cubrieron la boca con un trapo mojado y luego le arrojaron agua con aceite. A mí me obligaron a sostenerle los brazos para evitar que se moviera, pues, de lo contrario, me habrían sometido al mismo castigo.

Imagen 16: Castigo de chinches colectivo.



Nota: La fotografía evidencia a un grupo de reclutas en posición de chinches, tras lo lavar su gamela donde ingerirán sus alimentos, archivo fotográfico del autor, 2022.

Algunas órdenes recurrentes fueron las siguientes:

> ¡Todo hoy, hoy, hoy! ¡Rampas, rampas, mierda! ¡Todo, voltea! ¡Voltéate ya! ¡Chao! ¡Tu jungla, tu jungla, tu jungla, tu jungla! ¡Rampas, conchatumare! ¡Oye! ¿Qué chucha hacen parados? ¡Chao, chao, chao, chao, chao, chao! ¡O sea, tu jungla, sequesito, la cagada! ¡Rápido, rápido, rápido, rápido! ¡Ya, mierda! ¡Tienen treinta segundos, mierda, ya! ¡Manchas, seco te está haciendo! ¡O sea, tu jungla, todo seco! ¡Mójense bien de espalda! ¡Échense bien de espalda, échense bien, por pendejo! ¡Todo sequesito, quiere irse ya! ¡Oye, como un cocodrilo, rápido, rápido, mójate bien! ¡Tú entra aquí, tú entra! ¡Ya, ya! ¡Voltéate, rápido, rápido, rápido, rápido! ¡Ya! ¿Qué esperas? ¡Tu jungla! ¡¿Qué esperas?! ¡Tus hombros están secos, tus hombros están secos, la cagada! ¡Chao, chao! ¡Ya, rápido, como un sapo, como un sapo, como

> un sapo! ¡Ya, mójate bien, mójate bien, mójate bien, mójate bien! ¡Ahí, un rato, un rato, un rato! ¡Tu jungla! ¡Mójate rápido! ¡Oye, oye, no creo, no! ¡Rápido, rápido! ¡Ya, da tu volantina y jungla también! (Cuaderno de trabajo de campo, 2021)

> De cuándo eres zorro, cuando eras reemplazo, ustedes mismos saben que ahí se les saca la mierda, ahí sí nada de "que no, que esto", se les saca la mierda, se les mete palo, de todo. Pero cuando son zorros, se les jode: zorros, perros, bolos, lacras, sin nada en el pecho. Ya saben, el que la caga, tiene que pagar. No esperen que a ustedes los estén llamando la atención a cada rato ni que siempre los estén sancionando. Pero si saben que la están cagando, ahí es diferente, pe. Si ustedes quieren que uno reaccione como reaccionaban con mi promoción, así, puta, mi sargento Baco, así me decían: "Tú eres antiguo, tú vas a pagar todo. Tu promoción tiene que estar primero, y luego debes dar parte a la promoción que viene después. Es decir, quien me seguía en la promoción de enero del 21, yo tenía que entregarle el turno a esa promoción, y a su vez, esa promoción debía hacer lo mismo con la que le seguía. Si faltaba alguien de mi promoción, nos ponían en chinches hasta que llegara el ausente. Tenía que llegar sí o sí, no sé, como perros. (Trabajo de campo, el sargento Loco, 2021.

Los ejercicios militares, a menudo percibidos como prácticas de, buscan moldear la disciplina y el respeto absoluto por la jerarquía. Sin embargo, pueden influir en la capacidad de tomar decisiones propias. Es importante reflexionar sobre estos métodos desde distintas perspectivas y comprender su impacto en la formación del soldado. Son recuerdos imborrables, siempre presentes en mi mente y corazón.

> «¡Ya, callarse! ¡Atención! Todos salen con combatientes, listos. Una vuelta pequeña, grande; salimos por acá hasta abajo y luego regresamos para continuar nuestras actividades. ¡Listo, atención! ¡Tercien armas! ¡Yaaaa! ¡Firmes! ¡Descansen armas! Miren al frente, motivados, que esto no es una sanción; esto es fortalecimiento del cuerpo. ¡Tercien armas! ¡Yaaaa! Todos salen con combatientes. ¡Quiero escuchar! ¡Paso ligero, yaaaa! ¡Firmes! ¡Una sola voz, calla! Aquí somos un grupo humano. ¡Paso ligero, yaaaa! ¡Marchen, combatientes! ¡On dos, on dos! ¡Las canciones! Recuerden que el dolor pasa, el sudor se seca y el cansancio termina, pero hay algo que nunca desaparecerá: la satisfacción de haber logrado todo lo que se propusieron. ¡Abajo, perro! ¡Planchas! ¡Un, dos! ¡A empezar! ¿Oh, ya no puedes? ¡Aguanten, mierda! Yo también pasé por eso, pero esto fortalece el cuerpo. Cuando sean antiguos, ya nadie los va a joder. Si mi cuerpo no aguanta, lo hará por las malas. ¡Tendido de cama, eso! ¡Diez segundos! No quiero ver apatía ni tristeza en sus caras. ¡Ustedes tienen que estar contentos, felices y orgullosos de dónde vienen! No cualquier joven hace lo que ustedes hacen voluntariamente; no cualquiera decide estar aquí. Mientras ustedes se esfuerzan y se forjan, otros están abajo, bailando, perdiendo el tiempo. ¿Cuántos anoche se habrán ido a chupar? ¿Cuántos estarán ahora dedicándose a webiar? Pero ustedes no. Ustedes eligieron este camino y eso es lo que los hace diferentes.» (Trabajo de campo, instructor, 2021).

> Me gusta el sufrimiento me gusta la maldad, me gusta cuando sufro me gusta de verdad, tres doble cero la hora del golpe, vengo de cero la hora de verte la 5ª sección comienza atacar. Un día más un día menos, nada es para siempre, todo

> llega, todo pasa comandito. Risas y llantos cambiaron mi vida, tengo motivos para continuar, tengo motivos para soportar una de ellas es por mi madre. Nada ruda para siempre, todo tiene su final, así como empezamos así terminaremos, moral y mucha moral, moral promoción 1, 2, 3, 4. 1, 2, 3, 4. Levanta la cara perra de mierda, alza la cara perra de mierda tu no mereces ser militar, te meto un globo y te vas a quejar, tu sigues siendo hijito de mamá.
> (Canción militar).

Las "chinches" consistían en ponerte de cabeza: levantar los brazos, alzar la cadera y apoyar solo la cabeza en el suelo. Debías permanecer en esa posición hasta que el monitor decidiera dejarte salir de ahí. Nadie aguantaba más de 30 segundos o un minuto, porque empezabas a marearte y todo se te nublaba. Otro castigo era el "palo". Si no tenías bien hecha la cama o si tu ropa no estaba correctamente doblada según el reglamento, te daban con un palo. Era un golpe fuerte que te dejaba el trasero rojo. Otro castigo frecuente era quedarte haciendo planchas hasta que terminara la revisión completa. Las manos te quedaban rojas y adoloridas.

Todo dependía de la voluntad del monitor. Había días en que estaba tranquilo y otros en los que, si amanecía de mal humor, todos terminábamos haciendo la "técnica del gusanito". Esta consistía en estar completamente desnudos, agachados en cuclillas, en fila, agarrándonos de una sola mano y caminando así alrededor de toda la cuadra, descalzos y con el frío golpeándonos. Era una experiencia humillante y dura y, sinceramente, había momentos en los que uno ya no soportaba ese castigo.

Boesten y Gavilán (2023) señalan que el ejercicio del poder busca la subordinación de los reclutas y la reproducción de dichas relaciones de dominación por parte de quienes antes fueron subordinados, generando un circuito de violencia legitimada que atraviesa generaciones. El ritual de la perrada constituye un mecanismo de integración simbólica a la institución, además de un dispositivo de jerarquización afectiva y disciplinaria donde la violencia opera como lenguaje, y la masculinidad como una performance obligatoria, sostenida sobre el sufrimiento y la exclusión de todo aquello que no resista.

3.3.5. La autoridad del sargento: entre el agotamiento y la disciplina

En esas noches interminables, donde el cuerpo ya no responde, pero la orden aún exige firmeza, aprendí que el descanso no es un derecho, sino una concesión que depende de la voluntad del sargento. En mi condición de recluta, la duda no tiene espacio, pues si él dice "planchas", hago planchas; si dice "corran", corro. La autoridad del sargento no se explica,

se impone. No necesita alzar la voz para que todos obedezcamos; basta con su presencia. Su figura representa la ley no escrita del cuartel, esa que se cumple sin preguntar. Es él quien regula la moral, administra el cansancio y decide si la fatiga es razón suficiente para detenerse o solo una excusa más que debe ser castigada.

La lógica que rige su autoridad está marcada por una pedagogía de la dureza: no basta con formar bien o resistir el entrenamiento; también hay que demostrar que uno es capaz de someterse sin cuestionamientos. Un gesto mal interpretado, una mirada fuera de lugar o una demora de segundos puede ser motivo para aplicar un castigo colectivo. Y, sin embargo, esa disciplina se vive desde el miedo; al mismo tiempo, se naturaliza como una forma de respeto. Porque al final, uno termina creyendo que ese sargento que lo maltrata es también quien lo está formando. Nos enseñan que, para mantener el orden, alguien debe cargar con la dureza. "Yo también soy de carne y hueso", decía nuestro sargento, "pero la vida me obligó a ser de hierro".

Con el paso de las semanas, comprendí que su autoridad es coercitiva y performativa: se construye en el acto, en el gesto, en el silencio contenido antes de ordenar un castigo. En la marcha, cuando el cansancio nos hacía tambalear, el sargento lanzaba su arenga: "¡Vamos, carajo, levanten las piernas, que ni mi hijo se queja así!". Y uno no sabía si reír o llorar. Su burla era también una forma de empujarnos más allá del límite. En ese equilibrio inestable entre disciplina y agotamiento se forja el temple del soldado. Aprendimos que no es el cuerpo el que se rinde primero, sino la voluntad. Y ahí está el sargento, siempre atento, dispuesto a recordárnoslo con una frase, un grito o una orden que lo dice todo: "¿Descansar? ¡Eso es para los civiles!". Su autoridad funciona como una práctica performativa de coerción y como un modelo de lo que significa ser un "buen soldado", reforzando el ethos militar y asegurando la cohesión del grupo en situaciones límite.

Imagen 17: Representación del grado vs con la antigüedad.



Nota: La fotografía muestra un cabo dando indicación que no le mire al ojo porque es el de mayor grado de antigüedad, archivo fotográfico del autor, 2022.

Los soldados enfrentan demandas físicas y mentales extremas, mientras que los sargentos son responsables de equilibrar la necesidad de disciplina con el bienestar de sus subordinados. En ese sentido, la autoridad del sargento influye en las decisiones relacionadas con el descanso y el castigo, lo que afecta directamente la moral y la cohesión del grupo.

En las Fuerzas Armadas, la figura del sargento representa una autoridad inquebrantable. Los sargentos encarnan la disciplina y el orden, y su experiencia y entrenamiento los convierten en líderes respetados. Los reclutas, “perros” o “zorros”, observan a sus sargentos asignados como ejemplos a seguir y se someten a sus órdenes en su quehacer cotidiano. La toma de decisiones de los sargentos abarca desde la organización de tareas hasta el manejo de situaciones delicadas, como el descanso y el castigo. Las Fuerzas Armadas del Perú mantienen una estructura jerárquica que incluye a oficiales, técnicos, suboficiales y personal de tropa.

La vida militar es una lucha constante entre el agotamiento y la disciplina. Los jóvenes del servicio militar voluntario acuartelado se someten a intensas jornadas de entrenamiento físico e instrucción militar. En este contexto, la necesidad de descanso es evidente, pero a menudo entra en conflicto con la búsqueda de la excelencia y la obediencia absoluta. La disciplina se convierte en un componente crítico para mantener la unidad y el rendimiento; sin embargo, la falta de descanso conduce a la fatiga y al desgaste físico y emocional.

La forma en que los sargentos manejan las decisiones relacionadas con el descanso y el castigo tiene un impacto directo en la moral y la cohesión del grupo. Un exceso de agotamiento y sanciones puede generar desmotivación y resentimiento entre los soldados, erosionando la confianza en la autoridad y debilitando la unidad.

> Renegando, me ponía en chinches, pero al final ya, nunca le falté el respeto a nadie. Los únicos que realmente me llegaron al pincho fueron los de la promoción que se fue hace poco: Manco, Paco, esos huevones que se pasaban de pendejos, de manos largas, y eso no me gustaba. Esa fue la única vez que falté el respeto. Y puta, a cada rato me agarraban a mí o hacían formar a mi promoción. Siempre terminaban haciéndome formar a mí. Al final me agarraron bronca porque decían que por mi culpa formaban, y la verdad, sí era mi culpa, porque me llegaba al pincho que se pegaran de mano. Pero si uno demuestra que está tranquilo y aun así lo buscan para joderlo, hay que pararse firme. ¿O te vas a correr por un problema? Eso es de cabros. Si te toca, paras el pecho, ya pues, ya lo pagaste, ¿qué más vas a hacer? Si te van a meter palo, que te meter palo. Cuando yo hacía algo malo, esos perros me metían palo entre seis o siete. Ya pues, me pegaban, ¡pa, pa! Pero al final, el palo no te mata, aunque sí te duele. Y si te tiran mal, ya pues, ese huevón está cagado. Pero al final, ni pincho. Me tiraban y yo me reía nomás. ¿Entienden o no? Yo sí me paraba firme, ponía el pecho. A ver, ¿qué me iban a hacer? Y si me querían tirar un puñete, ya pues, yo tampoco soy manco. Aquí nadie es manco, así es. Si ya la cagaste, para el pecho. Nuestro monitor siempre nos decía “ustedes, como los menos antiguos, son la última promoción, así que para todo son voluntarios”. (Trabajo de campo, soldado negro, 2021).

> ¡Formen de tres, perros! ¡Oh, alínense, atentos, pe! ¡Oe, perros, atención! ¡Formar, mierda! ¡Ciento tres y están formando, csm! ¡Perros, formar, mierda! ¡Columna de dos, mierdas! ¡Voy a tomar a los tres últimos! Nosotros les jodemos a cada rato por el bien de ustedes, para que luego lo repitan con sus perros. Si no les hiciéramos nada, nuestra compañía estaría hecha mierda. Si no les hiciéramos nada, ¿cómo actuarían ustedes después, como último comando? Mi promoción nomás, ¿creen que solo está para joder a los bolitos? Un sargento te grita, te hostiga, te ofende y a pesar de todo, te enseña, porque nunca olvida que también fue recluta. (Trabajo de campo, sargento Baco, 2021).

El riguroso entrenamiento militar exige disciplina, moral y valor. En cada instrucción, los soldados son preparados para defender su patria y estar siempre listos para

cualquier situación. La formación es compleja y sigue parámetros específicos: se inicia con el método de demostración y desempeño, seguido de etapas prácticas y evaluaciones, concluyendo con perfeccionamientos continuos según la especialidad de cada soldado. Además, los exámenes para los ascensos son fundamentales, aunque, sin verdadera vocación ni compromiso, este proceso no se podría completar.

El técnico Rambo indicó que algunos comandantes carecen de liderazgo; un capitán que no sabe comandar, que duda en sus órdenes y casi suplica a su tropa no inspira respeto. Recordó que, en sus tiempos, la instrucción era más rigurosa. Mencionó: «Visto o no visto la piedra, entran por la derecha y salen por la izquierda. ¡Los dos últimos se quedan conmigo!», y señaló que la tensión se sentía en el aire. En el año 86, los entrenamientos eran más estrictos, con patrullajes y rampas exigentes, pero su efectividad era incuestionable. Ahora, en cambio, los instructores apenas echan arena a la vista y parecen necesitar mejor capacitación para instruir con mayor rigor. Asimismo, señaló que tampoco le convence la mezcla de damas y varones en los cuarteles. En sus tiempos, los soldados eran solo tigres y, según su percepción, eso fortalecía el sentido de hermandad y disciplina. Añadió que la formación militar de la vieja escuela forjaba soldados valientes que combatieron de frente al terrorismo y al narcotráfico, luchas que hoy, desde su punto de vista, parecen olvidadas por los gobiernos de turno. Finalmente, expresó: «Honor y gloria para los caídos en la guerra interna y para los héroes que dieron su vida por la pacificación nacional, ahora empañada por la corrupción».

En plena rotación de vueltas, el sargento ordenó con su tono implacable: «¡Gallardete! Si ya no pueden acá, se cuadran. ¡Marchen! ¡Marchen! ¡Marchen!», mientras nos miraba con burla y sarcasmo y decía: «¡Ohhh, ya no pueden! ¡Si ya no pueden acá, para qué descansan!». Otro sargento añadió, de manera desafiante: «¿Dónde está la moral?», y el instructor intervino: «¡Marquen el paso! ¡Marchen!». El agotamiento pesaba, pero nadie se detenía. Mientras tanto, el sargento seguía provocándonos: «¡Ya no pueden acá, ya no pueden acá! ¿Para qué descansan? Mi hijo Willom levanta más la pierna que todos ustedes». De pronto, el instructor detuvo la marcha: «¡Alto! ¿Dónde está Willom?», y uno de mis promociones respondió al llamado: «¡Presente, mi instructor!». El instructor se acercó y preguntó con voz firme: «¿Qué has dicho ayer? ¿Qué has dicho? ¿No quieres? ¡No me mires, habla mirando allá! ¡Habla fuerte! ¿Ya? ¿Para qué te cansas? ¡Habla!», mientras bebía lentamente su gaseosa Inka Kola helada, disfrutándola de manera exagerada, antes de lanzar la provocación: «¿Quién quiere? ¡Qué rico está!». Entre el agotamiento y la sed, algunos no pudieron evitar relamerse los labios, hecho que no pasó desapercibido para uno

de los sargentos, quien comentó con burla: «¡Mira, mira al cadete! ¡Lame, lame el cadete!». Luego, dirigiéndose a Willom, le dijo: «Tienes cinco segundos para hablar; si no, siguen rotando. ¿Ya?». Willom, intentando no reír, respondió: «Lo que dije fue: "Vamos, vamos, gallardete, no te hagas quitar"», desatando la risa general, encabezada por el propio sargento. El instructor, aún con la botella en la mano, repitió con tono inquisitivo: «¿Así has dicho?». Sin embargo, el sargento lo interrumpió con burla: «¿Has querido decir "así has dicho"? A ver, habla lo que has hablado. ¿Has querido decir así, pero no has dicho así? ¿Ya? ¡Ohhh, ya no puedes! ¡Mira, mira!». Entre risas y agotamiento, entendimos que, en cualquier momento, la broma podía convertirse en más vueltas y más castigo. Así era la instrucción: un equilibrio entre rigor y sarcasmo, entre disciplina y burla, donde la resistencia mental y física lo era todo. El sargento, señalando a uno de mis promociones, exclamó con burla: «¡Mira, mira, nariz! Ahí está abrazando su armamento, ¿así será?». Al observar que sostenía incorrectamente el arma sobre el pecho, el instructor intervino con su tono implacable: «¡Oh, perro Willom, última oportunidad por lo que te voy a dar! A ver, habla, ¿qué dijiste ayer? ¡Ya, mierda!», mientras bebía su gaseosa con total tranquilidad. Uno de mis promociones, con la intención de romper el momento, le dijo: «¡Salud!». El instructor, sin perder el ritmo, respondió con burla: «¡Salud tu hermana! ¡Ya, mierda!». Mi promoción, sin dudar, replicó: «Eso fue lo que dije, mi instructor». El instructor giró hacia el sargento y preguntó: «¿Qué dijo? ¿Cómo habló?». El sargento, imitando a mi promoción, soltó con tono exagerado: «Vengo, vengo, vengo, concha su mare…», y el otro sargento añadió con la misma burla: «¡Llegó, llegó, concha su mare! ¡Llegó, llegó, llegó, concha su mare!». Enseguida, el instructor retomó su tono serio: «Perro Willom, ¿pueden seguir rotando o no?». Mi promoción respondió con firmeza: «Sí, mi instructor». El sargento, sin perder la oportunidad, lanzó: «Pero si ya no pueden…». El instructor ordenó entonces con fuerza: «¡Ah, derecha, derecha!». Luego dio la orden: «¡Armamento arriba!», que consistía en levantar el armamento por encima de la cabeza con ambas manos. Con una sonrisa burlona, preguntó: «¿Quién quiere descansar? ¿Quién quiere gaseosita? Levanten la mano para que descansen; de ahí no me digan que están cansados… ¿Quién quiere descansar?». Miró a uno de mis promociones, el más agotado, y le preguntó directamente: «¿Quieres descansar?». Con voz enérgica, respondió: «¡No, mi instructor!». El sargento, sin perder el sarcasmo, comentó: «¡Si hace rato querían descansar!». Luego agregó con ironía: «¡La moral se demuestra corriendo, gritando! ¡Puta, ya no pueden! ¡Así nomás están corriendo!». Mientras tanto, el instructor empezó a verter su gaseosa al suelo, diciendo: «¡Quién quiere! ¡Está helada y rica!». Finalmente, el sargento se dirigió a otro de mis promociones:

«¡Manchas, no quieres descansar! Te voy a dar gaseosa…». Mi promoción, con astucia, respondió: «¡Saliendo a calle ya, mi sargento!». El sargento, sin poder contener la risa, replicó: «¡Graciosito estás!», y todos estallamos en carcajadas, incluido el instructor.

> Puta, si dicen "cantar", ustedes son los primeros, aunque no sepan. ¡On dos, on dos! Ustedes, perros, son los primeros en reaccionar. Ya les he dicho que ustedes mismos ya saben: "¡Un voluntario presente!". Ahorita ustedes son voluntarios para todo hasta que lleguen sus bolitos, ya les he dicho, ustedes, perros, tienen que estar formando primero. No esperen el golpe ni que los estén sancionando. Si esperan eso, facilito... Ya les he dicho: uno habla, y si no quieren cumplir, uno va a ser más cagado con ustedes, y nada más. ¿Acaso yo me voy a cansar? Como dicen, al final no te cansas, es la verdad, no te cansas, pe, huevón. Puta, te sientas, te paras, abres la boca: chinches, un dos; planchas, un dos. Ustedes, como menos antiguos, tienen que cumplir. Y si no cumplen, normal, no pasa nada. ¿No quieres hacer? Habrá otra manera en que te jodan. (Trabajo de campo, sargento Demente. 2021).

"En esas noches interminables, donde el cuerpo ya no responde, pero la orden aún exige firmeza", comprendí que el descanso no era un derecho, sino "una concesión que depende de la voluntad del sargento". Vásquez (2017) advierte que el respeto no proviene únicamente del miedo, sino de la identificación simbólica con el superior: "ese sargento que lo maltrata es también el que lo está formando", quien "regula la moral, administra el cansancio y decide si la fatiga es razón suficiente para detenerse o solo una excusa más que debe ser castigada". La autoridad del sargento en el cuartel no solo representa una posición jerárquica, sino que también constituye un dispositivo de producción de virilidad, donde la obediencia absoluta, la resistencia al dolor y la negación del deseo propio, expresada en frases como "¿Descansar? ¡Eso es para los civiles!", se convierten en pruebas obligadas para convertirse en soldado y ser reconocido como hombre.

3.3.6. La moral

Aprendí lo que era la moral cuando, agotado, me quedaba atrás al correr. Frente a mí, algunos compañeros con más peso seguían adelante, y mi mente solo me repetía: "Si ellos pueden, tú también puedes". No sé de dónde saqué las fuerzas, pero, de pronto mis piernas respondieron y seguí avanzando. El sargento preguntó: "¡Soldado! ¿Cómo está la moral?" Toda mi promoción respondimos: "¡Alta, muy alta, como el sol eterno de los incas!". En el cuartel entendí que el comando no nace, sino que se hace. La mente domina al cuerpo. No se trata solo de resistencia física, sino también de la fortaleza mental y de la actitud con la que el combatiente enfrenta sus desafíos para superar sus propios límites.

> Moral, esa mierda que se siente en el pecho, esa fuerza que va más allá de lo material, esa energía inhumana que te impulsa a avanzar cuando sientes que ya no puedes más. Es esa furia interna que te permite decir: "Yo quiero ser". Ese poder que corre por tus venas, que enciende tu cuerpo con ira y coraje, que te hace gritar: "¡Yo puedo y seré diferente al resto!". Yo quiero portar en mi pecho la chapa inmortal, esa chapa que distingue a los hombres con valor, a aquellos que enfrentan la muerte con decisión y sin miedo. No cualquiera tiene ese privilegio, pero el que lo posee sabe que ya ha renunciado a la vida y, aun así, ama lo que hace. (Entrevista, sargento Loco, 2022).

Además, la manera en la que la moral encuentra su eficacia simbólica y logra cambiar la actitud del personal militar es a través del despliegue de canciones militares. Su composición alude a la supremacía de la capacidad del militar frente al dolor, la insensibilidad y la virilidad. A continuación, se muestra el siguiente canto que ilustra la formación de la moral mediante la violencia:

> No le temen a la muerte, mucho menos al dolor. El dolor es temporal, pero la satisfacción es eterna. No te sientas vencido, aun estando derrotado. No te sientas esclavo, aun siendo prisionero. Llénate de furor y siéntete bravo, que, en combate, incluso malherido, hay que seguir. Sé cómo Cristo, que nunca llora, o como el diablo, que nunca reza. El monitor ordenó ¡Al golpe, una vuelta! ¡Al golpe, una vuelta! En el infierno me estaban esperando para que les dijera que quiero ser comando. Y yo, rotando, le dije al demonio: "Mándame la lluvia, los truenos, Señor. Quiero rotar y sentir el dolor". Mi táctico era un condenado, un loco demente, un comando de acero. Lucifer se pregunta: "¿Por qué tanta demencia? ¿Por qué tanta moral, si ya les he sacado la mierda?". Levanta la cara, revienta ese pecho y demuestra que tienes moral como mierda, moral como mierda. A mi Dios le voy rogando que alivie el sufrimiento por el que ahora estoy pasando. ¡Padre Pachacútec, ilumina la luna, porque esta noche es noche de locura, locura, locura de nunca acabar!
>
> (Canción militar)
>
> ¡Abran la boca, carajo! ¡Un, dos! ¡Un, dos! ¡Uno, dos, tres, cuatro! ¡Abre, abre esa boca y demuestra tu moral! ¿Falta poco? ¿Falta mucho? ¡No interesa, no importa! Lo importante es que todos juntos comenzamos y todos juntos terminamos. ¡Mira, mira! ¡Banderín gallardete va flameando! ¿Quiénes son? ¡Promoción Julio 21! "No se escucha." ¡Sí se escucha! "No parece." ¡Sí parece! "¿Ya no pueden?" ¡Sí podemos! "¿Ya no cantan?" ¡Sí cantamos! "¿Ya no rugen?" ¡Sí rugimos! ¡Rugir, ra, ra! ¡Rugir, rugir, ra, ra, ra! ¡Uno, dos, tres, usha! ¡Usha, perro, vista al frente! ¡No merece, no se atreva a mirar! ¡Este es un grupo de valientes, traductores, mensajeros de la muerte! ¡Usha, pierna derecha, izquierda! ¡Firme, fuerte, con moral, con honor!
>
> (Canción de trote militar)

A las orillas del agua dulce, una promoción avanza rotando en formación. El sonido de las botas golpeando el suelo marca el ritmo implacable de la carrera. Durante el recorrido, uno a uno los soldados se van quedando atrás; el cansancio comienza a cobrarse víctimas. "¡Vamos, promito, que tú sí puedes!", grita un compañero con la voz quebrada, pero con la moral firme. Antes de llegar a la vuelta, el instructor lanza una orden con dureza: "¡No hay al golpe de mierda ya! ¡Vamos, promitos, moral, carajo, que todo llega, que todo

pasa! ¡On dos! ¿Dónde está la moral que decías tener?". El agotamiento pesa, los cuerpos tiemblan, pero la mente debe resistir. "¡Promover! ¿Quién da más? ¿Estos brazos, estas piernas o mi mente poderosa? ¡Puedes mucho más! ¡On dos!", arenga el instructor. Al aproximarse a la curva, su voz vuelve a rugir: "¡Aquí cantar al golpe, mierda!". La tropa responde: "¡Una vuelta!". "¡No se escucha! ¡Una vuelta, on dos!", exige el sargento, y el eco de su orden retumba en el aire espeso. De repente, este añade con un tono más grave: "¡Oh, alinéense! Entre la jungla y el desierto se escucha una voz, se escucha un lamento, se escucha el lamento de un miserable, que me decía tener piedad...". Su tono se endurece: "¡Pero a mi mente llegó un recuerdo! ¡Sácale la mierda para que no joda! ¡Sácale la lengua para que no grite!". En medio de la formación, uno de mis promos, tambalea; su paso se vuelve pesado y la fatiga se apodera de él. Camina despacio, el dolor lo consume. El instructor lo señala con desprecio y grita: "¡Ese zorro con esa moral muy baja!". La mirada de todos se posa en él. La prueba no ha terminado y nadie tiene permitido flaquear.

"Aprendí lo que era la moral cuando, agotado, me quedaba atrás al correr", y en esa escena aparentemente simple comprendí que, en el cuartel, la moral es una disposición emocional y una fuerza simbólica que organiza los cuerpos, las emociones y los límites físicos bajo el mandato de la virilidad militar. La moral castrense es una construcción colectiva y performativa que se expresa en gritos, canciones, castigos y desafíos físicos, mediante los cuales el soldado reafirma su pertenencia y su resistencia. "¡Soldado! ¿Cómo está la moral? ¡Alta, muy alta, como el sol eterno de los incas!", gritábamos mientras las piernas flaqueaban y el sargento, sin piedad, recordaba: "¡La moral se demuestra corriendo, gritando!". Esta pedagogía del aguante, descrita por Vásquez (2017), forja cuerpos fuertes y masculinizados, así como subjetividades endurecidas que deben negar la fragilidad y celebrar el sufrimiento como mérito. Así, "el comando no nace, se hace", porque la instrucción militar moldea una masculinidad que convierte el cansancio en desafío y la resistencia en gloria. La moral, como repetimos una y otra vez, "es esa furia interna que te permite decir: 'yo quiero ser'", una consigna que transforma el dolor en poder simbólico y el sacrificio en sello de honor. La moral militar es una disposición colectiva ante la adversidad y una categoría performativa de género que mide la hombría por la capacidad de ocultar el colapso, sobreponerse a la fatiga y continuar gritando incluso cuando el cuerpo ya no responde: "¡Levanta la cara, revienta ese pecho y demuestra que tienes moral como mierda, moral como mierda!".

3.3.7. ¡Soldadito primero se cumple la orden y luego se reclama!

El orden en la vida militar se configura a partir de la repetición y la automatización de prácticas específicas. La formación en filas, la sincronización en los desplazamientos y el uso de uniformes son expresiones de una estructura organizativa y de dispositivos simbólicos que refuerzan la homogeneización y la cohesión del grupo. Estas prácticas contribuyen a la desindividualización del sujeto y lo integran en un colectivo con una identidad común, donde el interés personal se subordina al bien mayor representado por la nación peruana.

En la primera semana, cuando recibí la primera orden, no reaccioné con resistencia ni de manera conflictiva; simplemente la acepté, porque no estaba acostumbrado a recibir órdenes. Sin embargo, internamente sentía cierto recelo. Toda mi vida había sido alguien muy independiente, que hacía las cosas a su manera, bien o mal, pero siempre bajo sus propias reglas.

Entonces, cuando comenzaron a darme instrucciones, las acataba, pero debo reconocer que muchas veces no las cumplía del todo bien o simplemente las delegaba a otra persona. Eso no pasó desapercibido. Los superiores empezaron a notar esa actitud y, con el tiempo, comenzaron a agarrarme de punto, a llamarme desobediente y a corregirme constantemente.

> Pero ho, puta, si yo me pongo loco para joder, ahí sí es otra cosa. Así que ustedes tranquilos, nada más. "Oh, corre, anda, limpia ese lado", y ustedes responden: "¡Comprendido, mi antiguo!", "¡Mi cabo!", "¡Mi sargento!", y así, perros. Todo es "¡Comprendido!". Ustedes hacen las cosas tranquilas, como deben ser, como se los he dicho. Ustedes están aquí para cumplir órdenes del más antiguo. Como son mis subordinados, porque son los menos antiguos, están para cumplir mis órdenes. (Cuaderno de trabajo de campo, 2021)

Siendo las 18:30, estábamos en la cuadra cuando el monitor ordenó: "¡Atención, firmes! Cámbiense con ropa de civil". El instructor nos había dicho que nos habíamos portado bien y que el comandante había autorizado nuestra primera salida a la calle para comer pollo o pizza. La emoción y la alegría inundaron el ambiente. Todos nos cambiamos como un rayo. En ese momento, el sargento dijo: "¿Qué esperan? Voy a dar cuenta al instructor". Otro sargento intervino: "¡Cámbiense con buzo!". Acto seguido, el primer sargento ordenó: "Muestren su tarjeta del Banco de la Nación en la mano" y preguntó a uno de mis promociones: "¿Quieres salir o no?". Todos respondimos: "¡Sí, mi monitor!". Al

más tranquilo de mi promoción, el sargento le dijo: "Repite después de mí: 'Quiero ir a cachar, di, quiero ir a cachar unas perras'". Entre risas, otro de mis promociones fue interrogado: "¿Quieres salir o no?", y él, dudando, respondió: "No, mi monitor". Todos bromeamos: "¡Que se quede de cuartelero!", entre carcajadas. Finalmente, él dijo: "Sí, quiero salir", y el sargento, entre risas, añadió: "Escuchen bien, al que no quiere no importa, voy a dar cuenta al comandante". Salimos al exterior de la cuadra, formados y listos. El monitor, con todo el pulmón, ordenó: "Si no rugen, la salida se cancela". Todos rugimos hasta quedarnos sin voz. Cerca de la puerta, el monitor gritó: "¡Alto, firmes, media vuelta, derecha, derecha!", y, con tono sarcástico, el sargento dijo: "Jajajaja, perros, ¡se la creyeron! Ni yo salgo, ¿ustedes creen que van a salir? ¡Cambiarse con buzo y los de imaginaria con uniforme para la lista de retreta!". Finalmente, ordenó: "Escuchen bien, perros, llenen y rayen el cuaderno de imaginaria… Ojalá me llamen la atención. ¡Su felicidad va a cambiar, sarnas! Aquí no han venido a ver el cuartel, ¡han venido a formarse, carajo!".

En medio de la cuadra, el ambiente estaba encendido. Entre risas, música y cánticos, todos disfrutábamos del raro momento de distracción, pero mi promoción, aquel que tenía la pierna herida, se mantenía al margen, con la mirada perdida y el ánimo por los suelos. De pronto, la voz del sargento retumbó en toda la cuadra: "¡Ese zorro ya está muriendo!". Las miradas se dirigieron a él, pero nadie se atrevió a decir nada. La música apenas había bajado el volumen cuando el instructor cortó la celebración de golpe: "¡Atención, firmes!". En cuestión de segundos, la relajación se transformó en tensión. "¡Canguros, on dos!", ordenó, y respondimos con energía: "¡Tres, cuatro!". "¡Doscientos!", gritó sin piedad. "¡Vamos!", respondimos con fuerza. Pero el tono no le convenció. Su voz se volvió aún más cortante: "¡Callarse, voz de ganso[14]! ¡Doscientos!". Esta vez respondimos con menos ímpetu: "Vamos...". "¡Voz de ganso, perros!", nos reprendió. Sin alternativa, cumplimos la orden, con el sudor escurriendo por nuestras frentes. Luego, sin previo aviso, volvió a sonar la música. "¡Cantar, perros! ¡Bailar, perros!", exigió el sargento y, como si nada hubiera pasado, seguimos con el momento de distracción, sabiendo que, en cualquier instante, la calma podía convertirse nuevamente en

Cuando desfilábamos y fallábamos en la instrucción, el instructor daba la orden de "comer tierra", es decir, el famoso chocómel. Pero, si nos poníamos poca tierra, el sargento, con más ganas, nos llenaba la boca con una buena cantidad, asegurándose de que aprendiéramos la lección. Con el transcurso de los días, el sargento monitor estuvo a cargo

[14] Se refiere hablar despacio en decir “susurrando”.

de mi promoción. Nosotros, como “perros” sin nombre, teníamos que pedir permiso para todo.

En coherencia con Walter Pariona Cabrera (2005), quien afirma que “Los padres para mostrar que son ‘fuertes’ gritan y profieren lisuras, castigan más que la madre. El castigo físico o psicológico (…) es una expresión de la dominación simbólica, patriarcal que tiene por finalidad modelizar una realidad androcéntrica en el imaginario de los hijos (as)” (p. 48), la práctica de “comer tierra” en el cuartel puede entenderse como una de las formas de humillación que excede la corrección disciplinaria, pues obligar a los soldados a ingerir tierra y a pedir permiso para todo no solo impone obediencia, sino que también escenifica una masculinidad autoritaria que se afirma mediante el castigo corporal y la degradación simbólica. De ese modo, se modela en los “perros” una subjetividad subordinada que internaliza la jerarquía como principio natural del orden militar y de la virilidad hegemónica.

El monitor advirtió: "Depende de ahora, si lo hacen bien, rugen, y si no, le voy a decir al instructor que me regale en la noche, ¿comprendido o no?". "¡Comprendido!", respondimos como tropa con fuerza, pero el monitor no quedó convencido. "Puede estar mejor, ¿comprendido o no?". "¡Comprendido, mi monitor!", gritamos aún más fuerte, sintiendo la presión en cada palabra. "Falta masacre, esa garganta todavía tiene aire, les voy a hacer gargame, comer tierra, ¿comprendido o no?". "¡Comprendido, mi monitor!", retumbó la respuesta, mientras el sargento volvió a advertir: "Última oportunidad, ¿comprendido o no? Voy a dar parte al instructor. Pobre de aquel perro que se mueva o que alguien me diga que alguno se está moviendo. Tenlo por seguro, van a salir sudando en la cuadra". Luego, la orden retumbó en el aire: "¡A la derecha, derecha! ¡De frente, marchen! ¡Alto! ¡Media vuelta, derecha! ¡A la derecha, derecha! ¡Alinearse! ¡A la derecha, derecha! ¡Uno, dos, tres, mierda!". La instrucción continuó, sin margen para el error.

“¡Se la creyeron, perros! Ni yo salgo, ¿ustedes creen que van a salir?”, con esta frase, el sargento desvaneció la ilusión de libertad que había provocado en nosotros minutos antes. Esta escena encarna un patrón pedagógico profundamente militarizado, en el que el engaño, la burla y la humillación colectiva se convierten en dispositivos de disciplina emocional.

3.3.8. Un soldado no duerme, solo descansa

En el cuartel aprendí que el sueño es un privilegio ajeno. Allí no se duerme; se permanece en un descanso ligero, con un ojo abierto y el oído atento. Cada noche era una espera incierta, un espacio entre el silencio tenso de la cuadra y el grito sorpresivo del monitor: "¡Perro de mierda, ponte en posición, que no viniste de vacaciones!". En ese ambiente, el cuerpo no se entrega al sueño, se repliega apenas, como si supiera que el descanso puede ser interrumpido en cualquier momento.

Esa frase "el soldado no duerme, solo descansa" la escuché por primera vez en la voz grave de un sargento primero. Lo dijo con orgullo, como si fuera una virtud castrense, una señal de entrega total al deber. Pero en realidad era un mecanismo de control: una forma de extender la disciplina hasta las horas nocturnas, para que el cuerpo tampoco se relaje del todo. Dentro de esa lógica, descansar es recuperar energía, y permanecer disponible. En el fondo, lo que se impone es un modelo de masculinidad inquebrantable, que mide la hombría no por la capacidad de soñar, sino por la habilidad de resistir sin quejarse. Y en esa lógica, el sueño es visto como debilidad. Un lujo civil. Algo que no corresponde a los hombres de verdad a los "cachacos de acero".

En la cama, cuando dormí por primera vez allí, era como si estuviera apartándome de mi familia, como independizándome o algo así. Era como si yo estuviera tomando decisiones propias, pero ya sentía que empezaba a asumir responsabilidades por mí mismo. Me sentía un poco solitario durante las primeras veces, pero después fui conociendo más la vida de los compañeros que también estaban adentro.

Quería dormir un poquito más, pero al final tenía que levantarme, sí o sí, porque decían: "¡Vamos a levantarse!". Y el que no quería levantarse recibía un castigo; a veces le echaban agua o, incluso, podía recibir un golpe.

Al finalizar el día, bajo la orden de descansar sin dormir, debíamos estar listos para responder al llamado de "¡Atención!" y, en menos de tres segundos, levantarnos de la cama y colocarnos en posición firme. Una de esas noches, en medio del silencio forzado, mi promo comenzó a roncar. De repente, el sargento, molesto por la interrupción, se levantó de su descanso, se acercó y, sin dudarlo, le dio una cachetada mientras gritaba: "¡No ronques, mierda, perro! ¿Por qué roncas, perro? ¡No ronques, mierda!".

Aquí aprendimos a valorar cinco minutos de sueño, a quedarnos dormidos en cualquier lugar: de pie, sentados o en el suelo. Cambié mucho porque solo tenía un par de minutos para comer; no disfrutaba siquiera mi propio alimento. Todo eso era parte de forjar

mi carácter: recibir insultos, soportar golpes, aguantar el dolor, el cansancio, el desvelo, el hambre y la fatiga.

La frase “el soldado no duerme, solo descansa” se refiere a que nosotros teníamos que estar siempre alerta. Siempre, no como el civil común, que descansa tranquilo y luego realiza sus actividades. Para nosotros, eso de dormir, entre comillas, no era del todo cierto. Más bien, teníamos que permanecer atentos, incluso durante el descanso, porque en un momento de guerra el enemigo podía estar justo al costado nuestro o acechando alrededor. Por eso, siempre debíamos estar activos y preparados para cualquier eventualidad que pudiera presentarse. Así es como la formación militar nos enseñaba a comportarnos: mantenernos constantemente preparados.

Estas actividades eran tareas propias de la formación militar: tender nuestras camas, trapear el suelo y recibir instrucciones sobre diversos temas. También se impartían cursos relacionados con la vida militar, aunque no recuerdo bien el nombre técnico. No teníamos permiso ni siquiera para ir al cafetín; todo debía estar autorizado.

Pasando a la siguiente parte, al final del día, cuando llegaba la hora de dormir, lo hacíamos relativamente temprano, salvo cuando había castigos. En los días normales, luego de la formación, íbamos a nuestras cuadras, recibíamos las últimas instrucciones del monitor o del instructor sobre lo que haríamos al día siguiente y, después de eso, teníamos apenas unos minutos para nuestras actividades de aseo personal: cepillarnos los dientes, ordenar nuestro taburete y acomodar nuestras cosas. Incluso, para templar la cama, teníamos literalmente segundos; todo estaba cronometrado.

Aquel que no tenía su cama bien templada “pagaba el plato”, y no solo él. Era un camarote de dos camas, y si uno de los dos no templaba bien la suya, no solo su “camacho” (compañero de cama) sufría las consecuencias, sino que, en ocasiones, toda la cuadra era castigada. Los castigos iban desde lo más básico, como memorizar una canción, hasta medidas más severas, como los castigos físicos. Tenías que aprender la canción sin importar la hora: podías estar repitiéndola desde las 10 de la noche hasta la 1 o 2 de la madrugada. No importaba si te tomaba toda la noche; no dormías hasta que lograbas aprenderla.

“En el cuartel aprendí que el sueño es un privilegio ajeno”. Esta frase, dicha casi como un suspiro, resume una pedagogía del cuerpo militar que convierte incluso el descanso en una extensión del régimen disciplinario. Como señala Foucault (1975), en las instituciones disciplinarias el control no se limita al horario diurno, sino que se prolonga sobre los cuerpos durante el descanso, vigilados y obligados a permanecer siempre “alertas”. “Dormir en el cuartel es estar bajo vigilancia”; dicha vigilancia funciona como

una técnica que produce cuerpos disponibles, preparados para actuar ante el primer grito: "¡Perro de mierda, ponte en posición, que no viniste de vacaciones!".

Ramos (2022b) observa que esta hiperdisponibilidad genera sujetos cuya identidad se construye a partir de la subordinación de sus necesidades básicas al cumplimiento del deber, donde incluso la falta de sueño puede convertirse en una muestra de virtud. La repetición de la frase "el soldado no duerme, solo descansa" encarna lo que Butler (2001) denomina performatividad del género: una práctica reiterativa que moldea el cuerpo y sus hábitos conforme al ideal de virilidad militar, donde "el sueño es visto como una señal de debilidad, un lujo civil que no corresponde a los hombres de verdad".

"¡No ronques, mierda, perro! ¿Por qué roncas, perro?", gritó el sargento antes de abofetear a un compañero. Aquí, incluso el cuerpo que duerme de manera inadecuada es sancionado. El sueño, dentro del contexto militar, deja de ser únicamente una necesidad fisiológica y se convierte en una frontera simbólica entre la vida civil y la lógica militar, entre la vulnerabilidad y la disciplina. Dormir "relativamente temprano, salvo cuando había castigos", evidencia que incluso el descanso estaba condicionado por la obediencia y la disponibilidad permanente del cuerpo.

CONCLUSIONES

Tras el análisis de los resultados de la investigación, se llegaron a las siguientes conclusiones:

1. El ritual de la "perrada" constituye un rito de paso que transforma la identidad civil del recluta en una identidad militar mediante prácticas de disciplinamiento corporal y simbólico. Durante este proceso predomina la jerarquía castrense, expresado en la obediencia jerárquica, la normalización del castigo y la aceptación de relaciones de subordinación como condición para el reconocimiento y la pertenencia al grupo militar.
2. Los cambios socioculturales observados durante el acuartelamiento muestran que la construcción de las masculinidades se sustenta en la interiorización de una masculinidad hegemónica promovida por la institución militar. Esta se reproduce mediante la resistencia al dolor, el control de las emociones, la disciplina y la negación de la vulnerabilidad, configurando nuevas formas de relacionarse con el cuerpo, la autoridad y los demás soldados.
3. La virilidad opera como un mecanismo de legitimación del poder dentro del cuartel. A través de los castigos, los insultos, las prácticas ritualizadas y la jerarquía militar, se consolida un modelo de masculinidad que refuerza el predominio de la jerarquía castrense, reproduce relaciones de dominación y regula quiénes son reconocidos como integrantes legítimos del colectivo militar.

RECOMENDACIONES

1. Se recomienda Se recomienda que el Ejército del Perú reglamente formalmente el proceso de incorporación de los reclutas, estableciendo con claridad qué prácticas están permitidas y cuáles deben prohibirse, garantizando en todo momento el respeto de los derechos humanos, la dignidad y la integridad física y emocional de los jóvenes, sin recurrir a violencia física, humillaciones, insultos o castigos degradantes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Agreda, A., & Flores, V. (2023). Discursos de masculinidad: estudio psicosocial con representantes estudiantiles en Ecuador. *Revista Punto Género,* (19), pp. 158–185. https://doi.org/10.5354/2735-7473.2023.71214

Arxer, S. L., & Murphy, J. W. (2020). *La construcción simbólica de la comunidad.* Springer.

Barragán, I. (2023). De varones y masculinidades: apuntes para una agenda de investigación en construcción. Masculinidades y autoridad militar en el Astillero Río Santiago (1953-1973). *Anuario Del Instituto De Historia Argentina*, *23*(1), e186. https://doi.org/10.24215/2314257Xe186

Bauman, Z. (2018). *Retrotopía.* Polity Press.

Boesten, J., & Gavilán, L. (2023). Intimidades militares: Veteranos peruanos y narrativas sobre sexo y violencia. *Latin American Research Review, 58*(4), 762–778. https://doi.org/10.1017/lar.2023.18

Boesten, J., & Gavilán, L. (2023). *Perros y promos. Memoria, violencia y afecto en el Perú posconflicto*. Instituto de Estudios Peruanos.

Bonino, L. (1991). *Micromachismos: la violencia invisible en la pareja Luis Bonino Méndez.* Micromachismos: La Violencia Invisible En La Pareja, 19. https://www.joaquimmontaner.net/Saco/dipity_mens/micromachismos_0.pdf

Bourdieu, P. (1979). *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto.* Taurus.

Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas: Sobre la teoría de la acción*. Anagrama.

Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Anagrama.

Bourdieu, P. (2001). *El sentido práctico.* Siglo XXI Editores.

Bridges, T. (2019). *Explorando las masculinidades: Identidad, desigualdad, continuidad y cambio.* Oxford University Press.

Butler, J. (2007). *El Género en Disputa: El Feminismo y la Subversión de la Identidad*. https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/52974

Butler, J. (2009). Performativity, Precarity and Sexual Politics. AIBR. *Revista de Antropología Iberoamericana,* 4(3). https://doi.org/10.11156/aibr.040303e

Camerin, F., & Córdoba-Hernández, R. (2025). *Los cuarteles abandonados como vacíos urbanos: Reutilización y regeneración en los casos italianos de Lupi di Toscana y Santa Caterina*. *Urbano*, *28*(51), 116–127. https://doi.org/10.22320/07183607.2025.28.51.10

Castelblanco Caro, W. E., & Niño Rico, C. O. (2022). Subjetividad y socialización política en objetores de conciencia al servicio militar obligatorio. *Polisemia,* 18(34), 48–63. https://doi.org/10.26620/uniminuto.polisemia.18.34.2022.48-63

Connell, R. W. (1995). *Masculinidades*. University of California Press.

Connell, R. W. (2003). *Masculinidades*. Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género.

Connell, R. W., & Messerschmidt, J. W. (2005). Hegemonic masculinity: Rethinking the concept. *Gender & Society*, 19(6), 829859. https://doi.org/10.1177/0891243205278639

Connell, R., Messerschmidt, . J. W. ., de Stéfano Barbero, M., & Morcillo, S. (2021). Masculinidad hegemónica. Repensando el concepto. *RELIES: Revista Del Laboratorio Iberoamericano Para El Estudio Sociohistórico De Las Sexualidades*, (6), 32–62. https://doi.org/10.46661/relies.6364

Coser, L. A. (1976). *Las funciones del conflicto social.* Editorial Amorrortu.

Creswell, J. W. (1998). *Indagación cualitativa y diseño de investigación: Selección entre cinco tradiciones (Investigación cualitativa y diseño de investigación: Elección entre cinco tradiciones).* Thousand Oaks, CA: Sage.

De Stéfano Barbero, M. (2022). Por qué la vulnerabilidad importa. La relación entre masculinidad, emociones y vulnerabilidad en el ejercicio de violencia contra las mujeres en la pareja. *Anthropologica*, *40*(49), 167-189. https://doi.org/10.18800/anthropologica.202202.008

Denzin, NK y Lincoln, YS (Eds.). (2012). *Manual SAGE de investigación cualitativa. Volumen I: El campo de la investigación cualitativa* (3.ª ed.; M. R. Simón, Trad.). Madrid: Morata.

Duarte-Sckell, J. (2021). Elementos para comprender la construcción de la masculinidad militar paraguaya en el siglo XX. *Historia y sociedad*, (41), 143–166. https://doi.org/10.15446/hys.n41.88427

Durand, J. (2014). *Coordenadas metodológicas. Dé cómo armar el rompecabezas.* En C. Oehmichen Bazán, La etnografía y el trabajo de campo en las ciencias sociales (pp. 261 284). Universidad Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas.

Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI Editores.

Fraser, N. (2020). *Lo viejo está muriendo y lo nuevo no puede nacer: Del neoliberalismo progresista a Trump y más allá.* Verso Books.

Fuller, N. (2018). *El cuerpo masculino como alegoría y como arena de disputa del orden social y de los géneros.* En N. Fuller (ed.), Difícil ser hombre. Nuevas masculinidades latinoamericanas. Lima: FEPUCP.

García, R., & López, S. (2020). Disciplina y masculinidad en el ejército: Un estudio de caso. *Revista de Ciencias Sociales,* 38(1), 101118. https://doi.org/10.1080/rcs.2020.05.002

Gas Barrachina, S. (2022). Representaciones audiovisuales de la virilidad anatómica como estrategia para enfrentar la masculinidad hegemónica. *Ambigua: Revista De Investigaciones Sobre Género Y Estudios Culturales*, (9), 58–70. https://doi.org/10.46661/ambigua.7429

Gavilán, L. (2023). *La muerte y el ritual de desprecio*. *Argumentos, 4*(1), 35–55. https://doi.org/10.46476/ra.v4i1.154

Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas.* Editorial Gedisa.

Gigante, M. (2023). Desconstrução de mitos homofóbicos no Exército Brasileiro e mapeamento de repercussões históricas a partir do testemunho "Soldados não Choram": Deconstruction of homophobic myths in the Brazilian Army and historical repercussions on testimony "Soldados não Choram". *Simbiótica. Revista Eletrônica*, *10*(2), 210–237. https://doi.org/10.47456/simbitica.v10i2.39833

Gil Flores, J (1994). *Análisis de datos cualitativos.* PPU, Barcelona

Goffman, E. (1959*). La presentación de la persona en la vida cotidiana.* Doubleday.

Gramsci, A. (1971). *Selecciones de los cuadernos de la cárcel*. International Publishers.

Grompone Velásquez, A. (2022). Ser masculinos para ser modernos (y al revés). Las narrativas sobre la civilización y género en las élites intelectuales peruanas, 1884-1915. *Anthropologica*, *40*(49), 57-84. https://doi.org/10.18800/anthropologica.202202.004

Gutmann, M. C. (1999). Traficando con hombres: La antropología de la masculinidad. *Horizontes Antropológicos*, 5(10), 245-286. http://dx.doi.org/10.1590/S0104-71831999000100010

Harris, M. (1982). *El materialismo cultural*. Alianza Universidad

Hurtado, L. (2023). *Imaginando el Perú y la patria desde el cuartel: Memoria, texto e imagen en el manual militar de primer año de 1942*. *Journal of Educational Media, Memory, and Society*, *15*(1), 70–88. https://doi.org/10.3167/jemms.2023.150105

Jara Boza, Y. (2021). *De frailes a escolta: Valor histórico del Cuartel de Barbones de Lima (1825–1879)*. *Devenir. Revista de Estudios sobre Patrimonio Edificado*, *8*(15), 9–30. https://doi.org/10.21754/devenir.v8i15.980

Kaufman, M. (1997). *Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres.* En T. Valdés, & J. Olavarría (eds.), Masculinidades: poder y crisis (p. 67). Santiago de Chile: Isis Internacional, FLACSO.

Kimmel M., S (1997). *Homofobia, temor, verguenza y silencio en la identidad masculina.* En T. Valdés, & J. Olavarría (eds.), Masculinidades: poder y crisis (p. 49). Santiago de Chile: Isis Internacional, FLACSO.

Kuch, I. E., & Dittrich, A. (2024). Homens: parte do problema ou da solução? Behaviorismo, política e masculinidades. *Acta Comportamentalia*, 32(2), 289–308. https://doi.org/10.32870/ac.v32i2.88351

Lévi-Strauss, C. (1997). *El pensamiento salvaje*. Fondo de Cultura Económica.

Lima, J. P. N., & Oliveira, E. A. (2024). "Quando dois homens se encontram": dilemas e estranhamentos com as masculinidades em um trabalho clínico. *Psicoperspectivas*, 23(2). https://dx.doi.org/10.5027/psicoperspectivasvol23issue2fulltext3191

Loayza, J. (2023). Leva militar y violencia en contra de la juventud en el Perú. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, 21*(1), 304–327. https://doi.org/10.11600/rlcsnj.21.1.5504

López Marín, T. I. (2022). La paternidad como ejercicio de la masculinidad igualitaria. *iQual. Revista de Género e Igualdad*, (5), 127–144. https://doi.org/10.6018/iqual.490701

Margarita-Ospina, A. (2020). La psicología del poder: una reflexión en tiempos de pandemia. *Ratio Juris (UNAULA)*, *15*(30), 277–282. https://doi.org/10.24142/raju.v15n30a15

Martínez, P. (2019). La construcción de la masculinidad en espacios militarizados. *Revista Iberoamericana de Estudios de Género,* 27(3), 289305. https://doi.org/10.1002/rieg.2019.003

MartínezHoyos, M. F., & Carmona Parra, J. A. (2023). Masculinidades y perspectiva decolonial en América Latina. *Masculinidades Y Cambio Social*, 12(3), 273–292. https://doi.org/10.17583/mcs.11708

Méndez, F., & Ortiz, H. (2019). Identidad y disciplina: La masculinidad en contextos de servicio militar voluntario. *Journal of Military Sociology*, 45(4), 331345. https://doi.org/10.1177/jms.2019.011

Menjívar Ochoa, M. (2015). Masculinidad y poder. *Revista Espiga*, *2*(4), 1–8. https://doi.org/10.22458/re.v2i4.735

Mizrahi, I. (2022). Invisible propaganda política: la conversión del "afeminado" en hombre nuevo y ciudadano soldado en el discurso dialógico (o paródico) de "Juan Manso" de Miguel de Unamuno. *ConSecuencias*, *3*(1), 28–50. https://doi.org/10.6017/cs.v3i1.15929

Morilla Espinoza, L. Y., & García Romero, M. J. (2023). Estilos de personalidad y sintomatología ansiosa en jóvenes que realizan el servicio militar en Chorrillos y Rímac. *CASUS. Revista De Investigación Y Casos En Salud*, *7*(1), 01–09. https://doi.org/10.35626/casus.1.2023.464

Muñoz-Díaz, J. (2022). La masculinidad subalterna y racializada en las memorias de Lurgio Gavilán Sánchez. *Anthropologica*, *40*(49), 111-136. https://doi.org/10.18800/anthropologica.202202.006

Neri López, J. M. (2022). La subversión de la virilidad. Mito, sacrificio y mística en el pensamiento de Georges Bataille. *En-Claves Del Pensamiento*, (32), e558. https://doi.org/10.46530/ecdp.v0i32.558

Pariona Cabrera, W. (2005). *Dominación simbólica y formas rituales que reproducen las inequidades de género en el espacio privado de las liderezas de la FEDECMA – Ayacucho* (Tesis de maestría, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga). http://repositorio.unsch.edu.pe/handle/UNSCH/1105

Pariona Cabrera, W. (2004). *Género en los Andes*. En *Lecturas antropológicas de la cultura en Ayacucho* (pp. 21–49). Naokim Editores.

Patiño-Gaviria, C.-D., Cadavid-Marulanda, Y.-M., Pabón-Valencia, L.-V., Duque-Monsalve, L.-F., & Sandoval-Casilimas, C.-A. (2021). Emocionalidades en tensión: From Militarized Masculinity to Forms of Relationship among Genders that Build Cultures of Peace. *ÁNFORA*, *28*(51), 17–48. https://doi.org/10.30854/anf.v28.n51.2021.720

Pineda Roa, C. A., Galindo Ascanio, G. K., González-Moreno, D. P., & Chaparro Clavijo, R. A. (2019). Validación de un Inventario de roles de masculinidad hegemónica en varones colombianos. *Diversitas*, *15*(2), 257-270. https://doi.org/10.15332/22563067.5401

Poo, A. M., & Vizcarra, M. B. (2020). Cambios en los significados de la masculinidad en

hombres del sur de Chile. *Interdisciplinaria. Revista de Psicología y Ciencias Afines, 37*(2), e12. https://doi.org/10.16888/interd.2020.37.2.12

Ramos López, J. (2022a). Dilemas socioculturales de las masculinidades hegemónicas en tiempos de pandemia. *Revista Interquorum.*

Ramos Lopez, J. (2022b). "¡Cállate perro!": Lenguaje y construcción de la identidad militar en los rituales de "La *Perrada*". *Pacarina del Sur, 14*(49). https://www.pacarinadelsur.com/index.php?option=com_content&view=article&id=2083&catid=15

Ramos Lopez, J. (2022). *Qaris, machos y cachacos: Masculinidades de los jóvenes acuartelados posguerra en Ayacucho*. Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga. http://repositorio.unsch.edu.pe/handle/UNSCH/6247

Ramos López, J., Sosa Bitulas, L. A., Jayo Cuadros, R. N., Gonzalez Paucar-huanca, L., y Rojas Orellana, F. (2024). *El impacto de las masculinidades hegemónicas en la adopción de etiquetas en la comunidad de diversidad sexual y de género*. En A. B. Benalcázar (Ed). Ciencias Sociales Aplicadas y Humanidades sobre América Latina. Volumen IIII. (pp. 138-155). Religación Press. http://doi.org/10.46652/religacionpress.238.c388

Reckwitz, A. (2020). *La sociedad de las singularidades.* Polity Press.

Robles, C., Rearte, P., Robledo, S., Santoriello, F., González, S. M., & Yovan, M. (2021). La convivencia entre la masculinidad hegemónica y las nuevas masculinidades. ¿Es posible el ejercicio de una masculinidad antipatriarcal?. *Revista De Investigación Del Departamento De Humanidades Y Ciencias Sociales*, (19), 87-107. https://doi.org/10.54789/rihumso.21.10.19.6

Rodríguez Castillo, L. (2010). Antropología del poder y la política en México. *Gazeta de Antropología*, (26), 2-30. https://doi.org/10.30827/digibug.6778

Rodríguez-Páez, N. (2016). La problemática del servicio militar obligatorio en Colombia y el derecho a la objeción de conciencia. *Derecho Y Realidad*, *14*(28), 57–78. https://doi.org/10.19053/16923936.v14.n28.2016.7812

Ros Matturro, A. (2020). El soldado que no fue: interrogando el ejército, la obediencia debida y el nunca más. *Kamchatka. Revista De análisis Cultural.*, (15), 97–125. https://doi.org/10.7203/KAM.15.15497

Segato, R. L. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia: Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Universidad Nacional de Quilmes.

Spivak, G. C. (1988). ¿Puede hablar el subalterno? En C. Nelson & L. Grossberg (Eds.), *Marxismo y la interpretación de la cultura* (pp. 271-313). University of Illinois Press.

Straccia, Patricio Hernán & Pizarro, Cynthia Alejandra (2019). Ecología política: aportes de la sociología y de la antropología. Cuadernos de Desarrollo Rural, *16*(84). https://doi.org/10.11144/javeriana.cdr16-84.epas

Téllez Infantes, A., & Verdú Delgado, A. (2011). El significado de la masculinidad para el análisis social. *Revista Nuevas Tendencias En Antropología*, 2, 80–103. http://www.revistadeantropologia.es/Textos/N2/El significado de la masculinidad.pdf

Torres, M., Pérez, A., & Delgado, R. (2021). Construcción de la masculinidad en las fuerzas armadas: Un enfoque crítico. *Estudios Socioculturales*, 19(2), 150168. https://doi.org/10.1080/es.2021.12.006

Turner, V. (1988). *El proceso ritual: Estructura y antiestructura*. Taurus.

Turner, V. (1980). *La selva de los símbolos: Aspectos del ritual ndembu*. Siglo XXI Editores.

Turner, V. (1999). *La selva de los símbolos*. Madrid, España: Siglo XXI.

Turner, V. W. (2002). Mukanda, circuncisión de muchachos: Las políticas de un ritual no político. En I. Geist (Comp.), *Antropología del ritual*. Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).

Van Gennep, A. (1909). *Les rites de passage*. Émile Nourry.

Vargas, C. (2020). Masculinidades en la formación militar: Un análisis crítico. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, 52(1), 88104. https://doi.org/10.1177/rlcs.2020.001

Vásquez Hincapié, D. J., & Téllez Navarro, R. F. (2017). Del servicio militar obligatorio a la voluntariedad. *Via Inveniendi Et Iudicandi*, *12*(1), 11-35. https://doi.org/10.15332/s1909-0528.2017.0001.06

Vergara, A. (2013). *Etnografía de los lugares. Una guía antropológica para estudiar su concreta complejidad.* México D.F.: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Vidiella, J., Herraiz, F., Hernández, F., & Sancho, J. M. (2010). *Masculinidad hegemónica, deporte y actividad física.* Movimento, 16(4), 97.

Villagra, M. E. (2024). *El servicio militar voluntario como estrategia clave para fortalecer la seguridad nacional*. Centro de Estudios Estratégicos del Ejército del Perú. https://ceeep.mil.pe/2024/12/19/el-servicio-militar-voluntario-como-estrategia-clave-para-fortalecer-la-seguridad-nacional/

Voks, D. J. (2021). Virilidade e os discursos masculinistas: um "novo homem" para a sociedade brasileira. *Sexualidad, Salud y Sociedad - Revista Latinoamericana*, 37, e21204. https://doi.org/10.1590/1984-6487.sess.2021.37.e21204a

Weber, M. (1993). *Economía y sociedad: Esbozo de sociología comprensiva*. Fondo de Cultura Económica.

Zimmermann, T., & Schibilski, A. (2024). Projeto "Reinventando Masculinidades" em Amambai, MS: a Polícia Militar construindo uma proposta de ação humanizadora. *Revista Brasileira De Segurança Pública*, 18(1), 92–115. https://doi.org/10.31060/rbsp.2024.v18.n1.1746

ANEXOS

7.1. Matriz de Consistencia Cualitativa

Título: Ritual de la *perrada* y construcción de masculinidades en jóvenes del servicio militar voluntario acuartelado, cuartel Fuerte los Pockras Ayacucho 2021-2023.

Problema de Investigación	Preguntas Norteadoras	Objetivos	Categoría/Subcategorías	Metodología
En el contexto del servicio militar voluntario, el ritual de la "*perrada*" en el cuartel Fuerte Los Pockras de Ayacucho representa un proceso simbólico de socialización donde se reproducen las normas de la masculinidad hegemónica y las jerarquías internas del poder militar. Pese a su relevancia, no existen estudios profundos que analicen su significado sociocultural ni su influencia en la formación de identidades masculinas. Esta investigación buscará comprender cómo dicho ritual actúa como un rito de paso que legitima la virilidad y la obediencia, revelando los mecanismos simbólicos que configuran las masculinidades dentro del espacio castrense.	**Pregunta general** ¿Cómo se manifiestan y qué matices presentan las masculinidades hegemónicas en los jóvenes del servicio militar voluntario acuartelado durante el ritual de la *perrada*? **Preguntas específicas** ¿Cuáles son los cambios socioculturales en las masculinidades de los jóvenes del servicio militar voluntario acuartelado durante los ritos de paso de la *perrada* durante 2021 al 2023? ¿Qué significado tiene la virilidad de los jóvenes del servicio militar voluntario acuartelado durante los ritos de paso del servicio militar voluntario? ¿Qué rituales de paso atraviesan los jóvenes del servicio militar voluntario acuartelado en su proceso de integración al servicio?	**Objetivo general** Comprender y explorar los matices de las masculinidades hegemónicas en los jóvenes del servicio militar voluntario acuartelado, durante el ritual de la *perrada*. **Objetivos específicos** Describir los cambios socioculturales de las masculinidades de los jóvenes del servicio militar voluntario acuartelado, durante los ritos de paso de la *perrada* durante 2021 al 2023. Analizar el significado de la virilidad en los jóvenes del servicio militar voluntario acuartelados durante los ritos de paso del servicio militar voluntario. Analizar los rituales de paso que atraviesan los jóvenes del servicio militar voluntario acuartelados en su proceso al servicio.	**Masculinidad** Identidad masculina Virilidad Normas de masculinidad Estereotipos Imperativos de género Machismo **Poder** Jerarquía Control Subordinación Presión social Roles de género **Ritos de paso** Pruebas Desafíos *Perrada* Ceremonias Transformación Adaptación Inclusión **Jóvenes** Socialización Compañerismo Fraternidad Cambios de valores Adaptación cultural Transformación de hábitos **Cuartel** Disciplina Léxico militar Conducta Modificación del lenguaje Asimilación cultural	**Tipo de investigación:** Básica, exploratoria, cualitativa y explicativa, sustentada en el uso de fuentes primarias. **Diseño de investigación:** No experimental y diacrónico, orientado al análisis de procesos sociales en un contexto temporal determinado. **Método:** Etnográfico, inductivo y de enfoque cualitativo, centrado en la observación directa y la interpretación de significados culturales en el entorno militar. **Técnicas:** Observación participante, historia de vida entrevistas semiestructuradas aplicadas a los soldados voluntarios. **Instrumentos:** Guía de observación, cuestionario de entrevista, cuestionario de encuesta y guía de preguntas.

7.2. Instrumentos de investigación

7.2.1. Guía de entrevista

UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN CRISTÓBAL DE HUAMANGA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

ESCUELA DE FORMACIÓN DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL

Estimado compañero soldado, la siguiente ENTREVISTA tiene por finalidad recoger la información, para realizar un estudio de investigación titulado: **Ritual de la *perrada* y construcción de masculinidades en jóvenes del servicio militar voluntario acuartelado, cuartel Fuerte los Pockras Ayacucho 2021-2023**. Es de gran importancia su colaboración, sus respuestas sinceras, los que serán útiles para efectos de estudio. La información será confidencial y anónima.

I. GENERALIDADES

Lugar de nacimiento:

Departamento:
Edad:
Rango:
Grado de instrucción:

II. SERVICIO MILITAR VOLUNTARIO

1. ¿Qué te motivó a ingresar al cuartel?
2. ¿Cómo fue tu experiencia el primer día en el servicio militar?
3. ¿Extrañas la vida civil? ¿Por qué?
4. ¿Qué significa para ti ser un soldado?
5. ¿Qué significa ser un hombre fuerte dentro del cuartel?
6. ¿Los soldados deben reprimir emociones como el miedo o la tristeza? ¿Por qué?
7. ¿Has presenciado burlas o sanciones hacia quienes no cumplen los estándares de masculinidad?
8. ¿Qué ocurre con los soldados que no logran superar las pruebas o desafíos?
9. ¿Cómo se fortalece la hermandad o el compañerismo entre los soldados?
10. ¿Qué importancia tiene la "*perrada*" en tu formación como militar?
11. ¿Tu forma de hablar, caminar o comportarte cambió desde que ingresaste? ¿Cómo?
12. ¿Es necesaria la obediencia absoluta para ser un buen soldado?
13. ¿Cómo influye el rango militar en el respeto o la hombría dentro del cuartel?
14. ¿Qué ocurre cuando un subordinado desafía la autoridad de un superior?
15. ¿Qué papel cumple el lenguaje o las expresiones propias del cuartel en la identidad del soldado?

7.2.2. Guía de historia de vida

UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN CRISTÓBAL DE HUAMANGA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

ESCUELA DE FORMACIÓN DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL

Estimado compañero soldado, la siguiente ENTREVISTA tiene por finalidad recoger la información, para realizar un estudio de investigación titulado: **Ritual de la *perrada* y construcción de masculinidades en jóvenes del servicio militar voluntario acuartelado, cuartel Fuerte los Pockras Ayacucho 2021-2023**. Es de gran importancia su colaboración, sus respuestas sinceras, los que serán útiles para efectos de estudio. La información será confidencial y anónima.

I. GENERALIDADES

Lugar de nacimiento:

Departamento:

Edad:

Rango:

Grado de instrucción:

II. SERVICIO MILITAR VOLUNTARIO

16. ¿Qué te motivó a ingresar al cuartel?
17. ¿Cómo fue tu experiencia el primer día en el servicio militar?
18. ¿Extrañas la vida civil? ¿Por qué?
19. ¿Qué significa para ti ser un soldado?
20. ¿Qué significa ser un hombre fuerte dentro del cuartel?
21. ¿Los soldados deben reprimir emociones como el miedo o la tristeza? ¿Por qué?
22. ¿Has presenciado burlas o sanciones hacia quienes no cumplen los estándares de masculinidad?
23. ¿Qué ocurre con los soldados que no logran superar las pruebas o desafíos?
24. ¿Cómo se fortalece la hermandad o el compañerismo entre los soldados?
25. ¿Qué importancia tiene la "*perrada*" en tu formación como militar?
26. ¿Tu forma de hablar, caminar o comportarte cambió desde que ingresaste? ¿Cómo?
27. ¿Es necesaria la obediencia absoluta para ser un buen soldado?
28. ¿Cómo influye el rango militar en el respeto o la hombría dentro del cuartel?
29. ¿Qué ocurre cuando un subordinado desafía la autoridad de un superior?
30. ¿Qué papel cumple el lenguaje o las expresiones propias del cuartel en la identidad del soldado?

7.2.3. Guía de observación

UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN CRISTÓBAL DE HUAMANGA

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

ESCUELA DE FORMACIÓN DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL

Aspectos a Observar

Cambios socioculturales en las masculinidades durante los ritos de paso

- ✓ Dinámicas de interacción entre los jóvenes antes, durante y después del ritual
- ✓ Expresiones verbales y no verbales que refuercen o desafíen los modelos de masculinidad hegemónica
- ✓ Relación con superiores y pares: liderazgo, sumisión, resistencia
- ✓ Presencia de prácticas de humillación, resistencia o reafirmación de la identidad grupal
- ✓ Transformaciones en la autoimagen y percepción del rol masculino antes y después del ritual

Significado de la virilidad en los jóvenes acuartelados

- ✓ Pruebas o desafíos físicos y emocionales asociados con la virilidad
- ✓ Uso de discursos sobre fuerza, resistencia y valentía en el contexto del ritual
- ✓ Castigos o sanciones relacionadas con la percepción de debilidad o falta de virilidad
- ✓ Formas de reconocimiento o validación de la masculinidad dentro del grupo

Ritual de paso y su impacto en la integración a la vida militar

- ✓ Estructura del ritual: fases, duración, actores involucrados
- ✓ Símbolos y elementos utilizados en el ritual y su significado dentro del grupo
- ✓ Reacciones emocionales y físicas de los participantes antes, durante y después del ritual
- ✓ Narrativas de los jóvenes sobre su experiencia y su significado dentro de la vida militar
- ✓ Efectos del ritual en la cohesión grupal y la identidad militar

7.3. Glosario

Antiguo – Soldado con más tiempo de servicio que ejerce autoridad sobre los nuevos.
Adjunto – Soldado asignado al servicio de un oficial.
Baja – Nombre del grupo antes de reincorporarse a la vida civil; también pérdida de un soldado.
Baquetón – Fierro delgado usado para limpiar el cañón del fusil.
Bolo – Recluta recién ingresado, sin experiencia militar.
Cachaco – Soldado del Ejército del Perú; símbolo del "hombre fuerte y disciplinado".
Cangurear – Castigo físico que consiste en dar saltos en cuclillas.
Caputo – Haba tostada.
Castigo colectivo – Sanción grupal aplicada cuando uno comete una falta.
Cuerpo militar – Resultado del adiestramiento; cuerpo disciplinado, controlado.
Cuerpo miserable – Cuerpo civil antes de la formación militar, asociado a la debilidad.
Chapa – Apodo o sobrenombre asignado en el cuartel.
Chinches – Castigo físico o ejercicio forzado, te pones cabeza abajo manos atras y los pies en posición de planchas
Charli– Trabajadora sexual.
Civil – Persona no militar; representa lo débil y lo emocional.
Comando – Mando superior dentro de la jerarquía militar.
Corcho – Soldado torpe o de poco entendimiento.
Cuartelero – Soldado encargado de vigilar y mantener la habitación de la tropa.
Diana – Toque de trompeta que marca el inicio de la rutina diaria.
Entrega de armas – Ceremonia en la que el soldado recibe su fusil, símbolo de integración al cuerpo militar.
Fales – Fusiles automáticos ligeros, armas de combate usadas por el ejército.
Furriel – Soldado secretario de los oficiales.
Gamela – Bandeja donde se sirve la comida.
Globo – Castigo que consiste en golpear con la mano abierta en la cara.
Imaginaria – Guardia nocturna que vigila mientras los demás duermen.
Izamiento de bandera – Acto ceremonial que refuerza la identidad y obediencia colectiva.
La *perrada* – Ritual de iniciación violento que marca el paso de civil a militar.
Más antiguo paga plato – Regla no escrita: el superior asume el castigo por la falta del inferior.
Moral – Código ético que regula la conducta y la disciplina militar.
Mujer – Término simbólico para referirse al fusil.
Obediencia – Valor central del régimen militar; sumisión como virtud.
Pelado – Recluta recién ingresado, con el cabello cortado como signo de inicio.
Perro – Soldado nuevo; al inicio insulto, luego símbolo de pertenencia.
Promoción en un puño – Expresión que significa unión y hermandad entre soldados.
Pus – Soldado débil o torpe, considerado inferior.
Ranchero – Encargado de la cocina o de servir alimentos.
Reemplazo – Soldado que ocupa una vacante o sustituye a otro.
Retén – Grupo de reemplazo que mantiene el orden o cubre guardias.
Ritual del corte de pelo – Acto de separación del pasado civil.
Ritual del porte y postura – Control del cuerpo y la expresión militar.
Ritual del saludo militar – Gesto que simboliza respeto y jerarquía.
Sargento – Mando medio que impone disciplina y transmite órdenes.
Sarna – Soldado joven o débil; designación que mezcla desprecio y pertenencia.

Silencio – Modo de obediencia; callar es someterse a la jerarquía.
Superior – Mando con autoridad sobre otros; su palabra tiene peso de ley.
Tierra a la boca – Orden de lanzarse al suelo como muestra de sumisión.
Tirarse la pera / tirar vaca – Faltar al deber o al trabajo militar.
Tuco – Terrorista o enemigo del Estado.
Zorro – Soldado astuto, que ya ha aprendido a moverse dentro del régimen militar.
Aquí se viene a formar hombres, no maricones – Frase que expresa el ideal de masculinidad hegemónica del cuartel, donde la hombría se define por la dureza física y emocional.
El cuartel enseña lo que la calle no – Expresión que revaloriza la formación militar como escuela de vida, disciplina y obediencia.
El cuartel te cambia – Reconocimiento de la transformación subjetiva que impone la vida militar. Se percibe como renacimiento moral y físico.
El cuerpo aguanta – Frase que legitima la resistencia física como medida de virilidad y fortaleza moral.
El más antiguo manda – Regla jerárquica que otorga poder al soldado con más tiempo de servicio. Legitima la autoridad informal dentro de la tropa.
El soldado es mago – Expresión que resalta la capacidad del soldado para resolver cualquier necesidad con ingenio, improvisar ante la falta de recursos y sobrevivir con lo mínimo. Refleja la creatividad y la resistencia dentro de la obediencia.
El soldado no llora – Norma moral que reprime las emociones y refuerza la idea de que la virilidad se mide por la capacidad de soportar el sufrimiento en silencio.
El soldado obedece, no pregunta – Fórmula disciplinaria que sintetiza la estructura vertical del poder. Expresa la obediencia absoluta como virtud.
En el cuartel se sufre, pero se aprende – Sentencia que condensa la lógica disciplinaria del servicio militar. El sufrimiento se presenta como aprendizaje.
En la tropa todos somos hermanos – Expresión de solidaridad y pertenencia. Sirve para justificar la disciplina colectiva y la lealtad grupal.
La baja se relaja – Comentario sobre la pérdida de disciplina en los últimos días de servicio. Advierte al soldado mantener la "mística militar" hasta el final.
La moral siempre arriba – Mandato simbólico que exige mantener el ánimo y la disciplina pese al cansancio o la represión.
La *perrada* te hace hombre – Frase usada para justificar la violencia del ritual de iniciación. Se entiende que el dolor forma carácter y transforma al civil débil en un hombre fuerte.
Más antiguo paga plato – Principio de responsabilidad jerárquica; el superior asume la falta del inferior como forma de cohesión del grupo.
Soldado que no quiere ser general no es buen soldado – Proverbio que legitima la ambición y la superación dentro del sistema jerárquico.

ACTA DE SUSTENTACIÓN DE TESIS

En la ciudad de Ayacucho, siendo las dieciséis horas con treinta (16:30) del miércoles 28 de octubre de 2026, se reúnen en la sala de sesiones del Consejo de Facultad los miembros del jurado evaluador de la tesis, bajo la presidencia del Dr. Néstor Godofredo Taipe Campos (presidente), e integrado por los docentes: Dr. Walter Pariona Cabrera (Miembro), Mtra. Ángela Pilar Béjar Romero (Miembro), Dr. Lucio Alberto Sosa Bitulas (Asesor) y el secretario docente Mg. Juan Teófilo Cáceres Curo, encargados de la recepción, calificación y sustentación de la tesis presentada por el Bachiller **JUAN RAMOS LOPEZ**, titulada: **RITUAL DE LA PERRADA Y CONSTRUCCIÓN DE MASCULINIDADES EN JÓVENES DEL SERVICIO MILITAR VOLUNTARIO, CUARTEL FUERTE LOS POKRAS 2021–2023**; mediante la cual aspira optar el título profesional de Licenciado en Antropología Social.

El Dr. Néstor Godofredo Taipe Campos, preside la sustentación por encargo del decano con el MEMORANDO N° 571-2026-UNSCH/FCS-D. Verificado el quórum reglamentario, el presidente del jurado solicita al secretario docente dar lectura a la RESOLUCIÓN DECANAL No 214–2026-UNSCH-FCS/D, emitida conforme al Reglamento General de Grados Académicos y Títulos Profesionales de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga, aprobado mediante Resolución de Consejo Universitario N.° 3403-2024-UNSCH-CU, de fecha 20 de agosto de 2024. Culminada la lectura, el presidente de la comisión autoriza a bachiller iniciar la sustentación, disponiendo de un tiempo de treinta (30) minutos. La exposición da inicio a las dieciséis horas con treinta y dos minutos (16: 32).

A las dieciséis horas con cincuenta minutos (16: 50), el bachiller concluye la exposición de su tesis y se da inicio a la ronda de preguntas por parte de los jurados, en el orden siguiente: Dr. Walter Pariona Cabrera, Mtra. Ángela Pilar Béjar Romero, Dr. Néstor Godofredo Taipe Campos, y Dr. Lucio Alberto Sosa Bitulas en su condición de asesor, quien realiza algunas aclaraciones sobre puntos no esclarecidos por la sustentante.

Acto seguido, el Mg. Juan Teófilo Cáceres Curo (secretario docente) consolida la hoja de calificación, cuyos resultados se detallan a continuación:

Nombre del jurado evaluador	Contenido de la tesis	Exposición y claridad	Respuestas a las preguntas	Promedio
Dr. Néstor Godofredo Taipe Campos	16	16	16	16
Dr. Walter Pariona Cabrera	17	15	17	16
Mtra. Ángela Pilar Béjar Romero	16	16	15	16
Dr. Lucio Alberto Sosa Bitulas	18	18	18	18

El promedio final obtenido es de diecisiete (17).

Finalmente, el presidente del jurado comunica a la sustentante el resultado de la calificación y le hace extensivas las felicitaciones correspondientes.

El acto académico concluye a las diecisiete horas con cincuenta minutos (17: 50), firmando en señal de conformidad el presidente y el secretario docente.

Dr. Néstor Godofredo Taipe Campos
Presidente

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
UNSCH
Juan T. Cáceres Curo
DNI. 41978288
SECRETARIO DOCENTE

CONSTANCIA DE ORIGINALIDAD

N° 007-EPAS/FCS/UNSCH

1. **Nombres y Apellidos de los investigadores:**

JUAN RAMOS LOPEZ– CÓDIGO DE MATRÍCULA: 10192105 DNI: 76291814

2. Escuela Profesional: ANTROPOLOGÍA SOCIAL

3. Facultad: CIENCIAS SOCIALES

4. Tipo de trabajo Académico Evaluado: TESIS DE PREGRADO

5. Título del Trabajo Académico: RITUAL DE LA PERRADA Y CONSTRUCCIÓN DE MASCULINIDADES EN JÓVENES DEL SERVICIO MILITAR VOLUNTARIO, CUARTEL FUERTE LOS POKRAS 2021-2023

6. Software de Similitud: TURNITIN

7. Fecha de Recepción: 16 de noviembre del 2026

8. Fecha de Evaluación: 18 de noviembre del 2026

9. Porcentaje de similitudes: 2%

10. Evaluación de Originalidad:

Porcentaje de Similitud	Resultado
*2%	** APROBADO

Consignar el porcentaje de similitud

****Consignar APROBADO si se encuentra dentro del rango de porcentaje establecido o DESAPROBADO si excede el porcentaje permisible de similitud.***

Ayacucho 18 de noviembre de 2026

Mg. Pocho Jesús Marcelo Mucha
Docente-Instructor-EPAS
D. A. de Ciencias Histórico-Sociales

RITUAL DE LA PERRADA Y CONSTRUCCIÓN DE MASCULINIDADES EN JÓVENES DEL SERVICIO MILITAR VOLUNTARIO, CUARTEL FUERTE LOS POKRAS 2021-2023

por Juan Ramos Lopez

Fecha de entrega: 18-nov-2026 05:07p. m. (UTC-0500)
Identificador de la entrega: 3093688305
Nombre del archivo: TESIS_JUAN_RAMOS_LOPEZ.pdf (4.4M)
Total de palabras: 60640
Total de caracteres: 338364

RITUAL DE LA PERRADA Y CONSTRUCCIÓN DE MASCULINIDADES EN JÓVENES DEL SERVICIO MILITAR VOLUNTARIO, CUARTEL FUERTE LOS POKRAS 2021-2023

INFORME DE ORIGINALIDAD

2%	2%	1%	0%
INDICE DE SIMILITUD	FUENTES DE INTERNET	PUBLICACIONES	TRABAJOS DEL ESTUDIANTE

FUENTES PRIMARIAS

1	www.pacarinadelsur.com Fuente de Internet	1%
2	Submitted to Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga Trabajo del estudiante	<1%
3	hdl.handle.net Fuente de Internet	<1%
4	www.scilit.net Fuente de Internet	<1%
5	Paz, Herbert Ernesto Bernal. "Cuando el Deber Llama: El Uso de Instalaciones Militares Como Medio para Efectivizar la Presencia Del Estado en el Departamento de Amazonas", Pontificia Universidad Catolica del Peru - CENTRUM Catolica (Peru), 2022 Publicación	<1%
6	idoc.pub Fuente de Internet	<1%
7	periodicos.ufes.br Fuente de Internet	<1%
8	mail.revistas.upel.edu.ve Fuente de Internet	<1%
9	pdfcoffee.com Fuente de Internet	<1%
10	repositorio.unicach.mx Fuente de Internet	<1%
11	Derecho Y Realidad. "Preliminares", Derecho y Realidad, 2018 Publicación	<1%
12	tesis.pucp.edu.pe Fuente de Internet	<1%
13	Villagran, Ignacio. "Cosmologia y legitimacion en la genesis del sistema imperial-burocratico en China", El Colegio de Mexico, 2022 Publicación	<1%

14	Submitted to Universidad Católica Boliviana "San Pablo" Trabajo del estudiante	<1 %
15	dgsa.uaeh.edu.mx:8080 Fuente de Internet	<1 %
16	digibug.ugr.es Fuente de Internet	<1 %
17	revistaletras.unmsm.edu.pe Fuente de Internet	<1 %
18	mulpix.com Fuente de Internet	<1 %

Excluir citas	Activo	Excluir coincidencias	< 30 words
Excluir bibliografía	Activo		